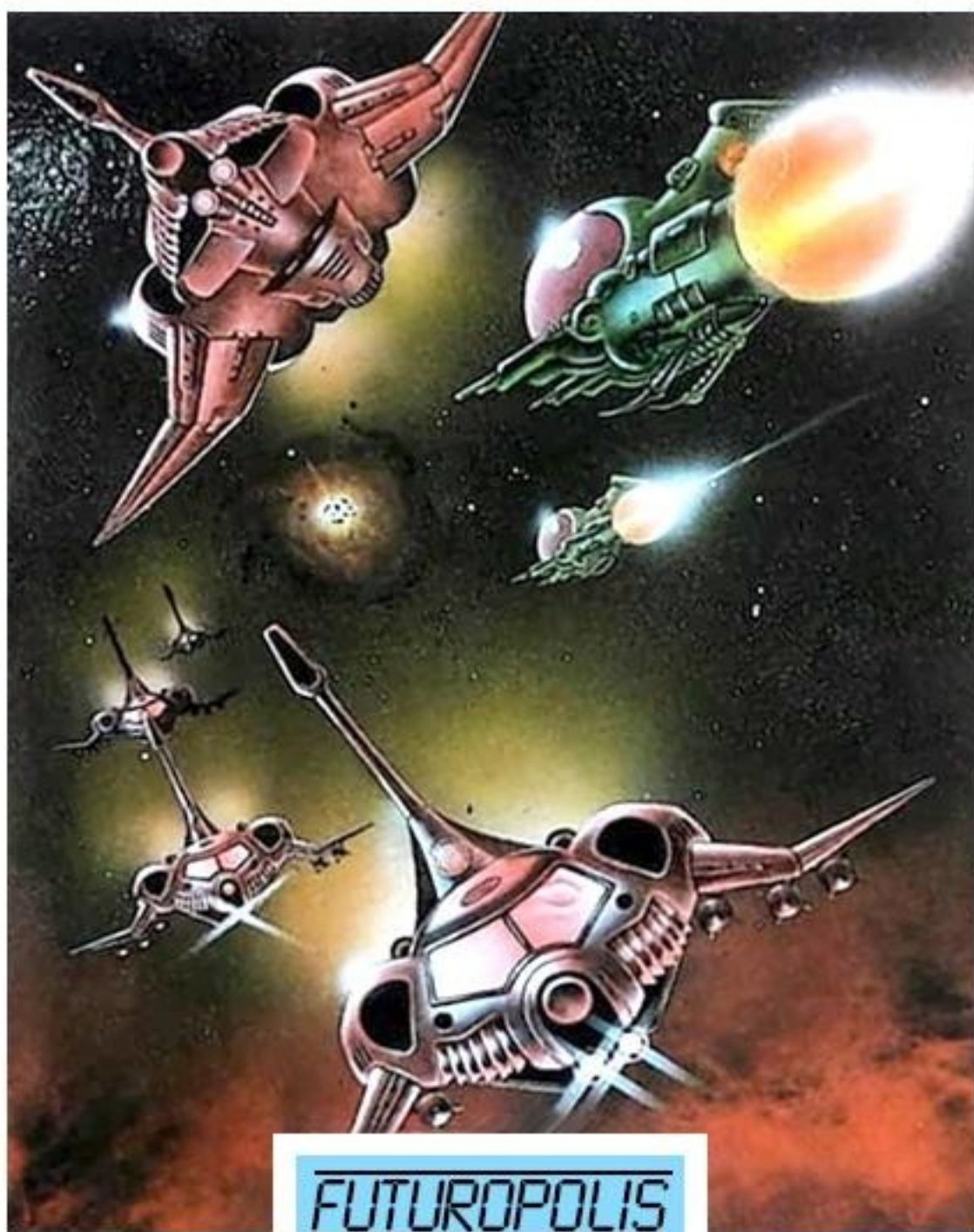


Gordon R. Dickson

DORSAI

Cielo Dorsai I



FUTUROPOLIS

se

Lectulandia

Con ferocidad sus hombres abrieron fuego desde los árboles. Durante varios segundos reinó una confusión total en el suelo. No es fácil descubrir de inmediato desde qué dirección te están disparando con un rifle de agujas. Durante unos cinco minutos, los soldados lucharon bajo el engaño de que los rifles que los diezmaban provenían de una emboscada a nivel del suelo. Sin piedad dispararon contra todo lo que creyeron ver a la altura de sus ojos; cuando descubrieron su error, fue demasiado tarde. El fuego de ciento cincuenta rifles se concentró en su decreciente número; y si la puntería de uno solo de sus soldados era la de un Dorsai, la del resto resultó suficiente para la tarea encomendada. En menos de cuarenta minutos, desde el momento en que Donal despertó a sus hombres y les ordenara subirse a los árboles, la batalla había terminado.

Lectulandia

Gordon R. Dickson

Dorsai

Futurópolis 13: Ciclo Dorsai - 1

ePub r1.0

XcUiDi 17.05.18

Título original: *Dorsai!*
Gordon R. Dickson, 1959
Traducción: Elías Sarhan

Editor digital: XcUiDi
Digitalización y OCR: Grupo de digitalización de exvagos
ePub base r1.2

Este libro se ha maquetado siguiendo los estándares de calidad de www.epublibre.org. La página, y sus editores, no obtienen ningún tipo de beneficio económico por ello. Si ha llegado a tu poder desde otra web debes saber que seguramente sus propietarios sí obtengan ingresos publicitarios mediante archivos como este.

más libros en lectulandia.com

Colección Futurópolis

En 1987 una pequeña librería madrileña se lanza al mundo editorial inaugurando una colección de fantasía y ciencia ficción. Con un formato de 195×130 mm, encuadernación en rústica, y un diseño general en el que en un color de tapa en azul-morado, se inserta una ilustración referida a la novela. La que inaugura la colección es *Almuric* de Robert E. Howard, el creador de Conan el bárbaro, con una portada de Frank Frazzetta.

Desde el año 1987, y durante 8 años hasta 1995, la colección Futurópolis publicó un número total de 40 títulos encuadrados en los géneros de la ciencia ficción y el fantástico más general. Ese primer año son sólo tres títulos los que se publican, pero a partir de 1988 ya se editan 7 libros y en el siguiente año 10. La cadencia de salida es variable y no siempre se mantiene en torno a la media docena de volúmenes al año. La colección fue dirigida en un primer momento por Francisco Arellano, que actuó también de traductor en muchos de los títulos.

Futurópolis cuenta entre sus autores a plumas tan conocidas como las Roger Zelazny, Michael Moorcock, Gordon R. Dickson, Philip J. Farmer, Jack Vance o Poul Anderson. En muchas ocasiones se publican sagas como la de Dorsai de Dickson o la serie de Ambar de Zelazny que entre las dos suman la cantidad de once títulos. Títulos más que interesantes se publican en estos años: *Los clanes de la Luna Alfana* de Philip K. Dick, *Por el tiempo* de Robert Silverberg o *La gran cruzada* de Poul Anderson, son una muestra de los contenidos publicados. En el año 91, y hasta el final, se editan casi exclusivamente a autores españoles. Aquí debutaría, por ejemplo, Rodolfo Martínez con su libro de ámbito cyberpunk *La sonrisa del gato*. Estos autores son los que en esos años están en plena actividad creadora: Rafael Marín, que publica cuatro títulos, Ángel Torres Quesada que vé su continuación de *las Islas del infierno* con *Whiarga*, Elia Barceló con la controvertida *Consecuencias naturales*, Saiz Cidoncha y su space opera *Memorias de un merodeador estelar*, Gabriel Bermúdez también publicará dos títulos y finalizará la colección en el número 40 Juan Carlos Planells con su primera novela *El enfrentamiento*, una ucronía de excelente factura.

Títulos que forman la colección:

1. *Almuric (Almuric)* de Robert E. Howard (1939).
2. *Criaturas de luz y tinieblas (Creatures of Light and Darkness)* de Roger Zelazny (1969).
3. *El perro de la guerra y el dolor del mundo (The War Hound and the World's Pain)* de Michael Moorcock (1981).
4. *Los nueve príncipes de Ámbar (Nine Princes in Amber)* de Roger Zelazny

(1970).

5. *Las armas de Avalón (The Guns of Avalon)* de Roger Zelazny (1972).
6. *Emphyrio (Emphyrio)* de Jack Vance (1969).
7. *El signo del Unicornio (Sign of the Unicorn)* de Roger Zelazny (1975).
8. *El caballero de espadas (The Knight of the Swords)* de Michael Moorcock (1971).
9. *La reina de las espadas (The Queen of Swords)* de Michael Moorcock (1971).
10. *El rey de espadas (The King of the Swords)* de Michael Moorcock (1971).
11. *La mano de Oberon (The Hand of Oberon)* de Roger Zelazny (1976).
12. *Las cortes del Caos (The Courts of Chaos)* de Roger Zelazny (1978).
13. *Dorsai (Dorsai!)* de Gordon R. Dickson (1959).
14. *Soldado no preguntes (Soldier, Ask Not)* de Gordon R. Dickson (1967).
15. *Nigromante (Necromancer)* de Gordon R. Dickson (1962).
16. *Las ballenas volantes de Ismael (The Wind Whales of Ishmael)* de Philip José Farmer (1971).
17. *La estrategia del error (The Tactics of Mistake)* de Gordon R. Dickson (1970).
18. *La estrella escarlata (The Ginger Star)* de Leigh Brackett (1974).
19. *Los perros de Skaith (The Hounds of Skaith)* de Leigh Brackett (1974).
20. *Piratas de Skaith (The Reavers of Skaith)* de Leigh Brackett (1973).
21. *Las máscaras de los illuminati (Masks of the Illuminati)* de Robert Anton Wilson (1981).
22. *Pesadillas y Geezenstacks (Nightmares and Geezenstacks)* de Fredric Brown (1961).
23. *Por el tiempo (Up the Line)* de Robert Silverberg (1969).
24. *El espíritu de los dorsai (The Spirit of Dorsai)* de Gordon R. Dickson (1979).
25. *Los clanes de la Luna Alfana (Clans of the Alphan Moon)* de Philip K. Dick (1964).
26. *El dorsai perdido (Lost Dorsai)* de Gordon R. Dickson (1980).
27. *La gran cruzada (The Great Crusade)* de Poul Anderson (1960).
- 28.
29. *Eterno oscuro (Eterno oscuro)* de Miguel Ángel Lladó (1991).
30. *El síndico (The Syndic)* de C. M. Kornbluth (1993).
31. *Crisei (Crisei)* de Rafael Marín Trechera (1992).
32. *Arce (Arce)* de Rafael Marín Trechera (1992.)
33. *Génave (Génave)* de Rafael Marín Trechera (1992).
34. *Salud mortal (Salud mortal)* de Gabriel Bermúdez Castillo (1993).
35. *Wyharga (Wyharga)* de Ángel Torres Quesada (1993).
36. *Instantes estelares (Instantes estelares)* de Gabriel Bermúdez Castillo (1994).
37. *Consecuencias naturales (Consecuencias naturales)* de Elia Barceló (1994).

38. *Memorias de un merodeador estelar (Memorias de un merodeador estelar)* de Carlos Saiz Cidoncha (1995).
39. *La sonrisa del gato (La sonrisa del gato)* de Rodolfo Martínez (1995).
40. *El enfrentamiento (El enfrentamiento)* de Juan Carlos Planells (1996).

UNO

CADETE

El muchacho era raro.

Él mismo lo sabía. Incluso se lo había escuchado a sus mayores —su madre, su padre, sus tíos, los oficiales de la Academia— cuando hablaban entre ellos, asintiendo con gesto confidencial; y no sólo una vez, sino muchas, en sus cortos dieciocho años de vida, incluido este mismo día. Ahora, mientras vagaba solo por los vacíos campos de entrenamiento bajo la larga y ambarina luz crepuscular, antes de regresar a su casa y a la cena de graduación que le esperaba, admitió la singularidad... ya estuviera de verdad en sí mismo, o, únicamente, en lo que los demás pensaban de él.

—Un muchacho raro —había oído que el Comandante de la Academia le dijo una vez al Oficial de Matemáticas—, nunca sabes cómo reaccionará.

En casa, su familia estaría esperando su regreso... inseguros de cómo reaccionaría. No sabrían si aceptaría su Primera Salida. ¿Por qué? Nunca les había dado un motivo para que dudaran. Era un Dorsai de los Dorsai, su madre una Kenwick, su padre un Graeme, nombres tan antiguos que su origen se remontaba a la misma prehistoria del Planeta Madre. Su valor era incuestionable, su palabra, sin tacha. Había sido el primero de su clase. Sus mismos huesos y sangre eran la herencia de una larga línea de grandes soldados profesionales. Ninguna mancha deshonrosa mancilló jamás los nombres de esos guerreros, no hubo nunca que quemar ninguna casa ni sus habitantes tuvieron que esconder la vergüenza familiar bajo otros nombres, debido a algún fracaso por parte de uno de los hijos de la familia. Y, sin embargo, dudaban.

Llegó hasta la cerca que separaba las altas vallas de los fosos de saltos y se apoyó sobre ella con ambos codos, la túnica de Cadete Mayor marcó sus hombros. Bajo el fulgor enorme de la puesta de sol, se preguntó de qué modo era raro. ¿Dónde estaba su diferencia?

Mentalmente se separó de su cuerpo y se examinó. Un joven esbelto de dieciocho años..., alto y fuerte, pero no para los cánones de los Dorsai. Tenía el rostro de su padre, marcado y anguloso, la nariz recta, pero sin los huesos sólidos de éste. El color de su piel era oscuro como la mayoría de los Dorsai, el cabello liso y negro, un poco áspero. Sólo sus ojos —esos ojos indeterminados que no tenían un color definido, sino que variaban del gris al verde y al azul, desprendiendo de sus estados anímicos — no pertenecían a ninguna rama de la familia. ¿Acaso sólo los ojos eran los culpables de su reputación de persona rara?

Claro, también estaba su carácter. Había heredado en su totalidad esas frías y repentinamente peligrosas furias de los Dorsai, que habían hecho que nadie en su sano juicio quisiera enfrentarse a ellos sin una buena causa. Pero eso lo sabía todo el mundo; y si los Dorsai pensaban que Donal Graeme era raro, no podía ser únicamente por ese motivo.

Quizá fuera, se preguntó en ese momento contemplando la puesta de sol, incluso en su cólera demasiado calculador... demasiado controlado. Y, mientras pensaba en ello, toda su peculiaridad, toda su singularidad lo inundó súbitamente junto con esa extraña sensación de disociación corporal que se apoderaba de él, esporádicamente, desde su nacimiento.

Siempre le llegaba en momentos como éste, en que se sentía dominado por la fatiga y una gran emoción. Recordó la primera vez, cuando era muy joven, en la capilla de la Academia durante la misa vespertina, casi desmayado de hambre después de un largo día de interminables ejercicios militares y más duras lecciones. El crepúsculo; igual que ahora, se deslizó lentamente a través de las altas ventanas en las desnudas y relucientes paredes y en los solidográficos de famosas batallas, iluminándolas. Él estaba entre las filas de sus compañeros de clase, en los recios y bajos bancos, una más de las masculinas voces ordenadas según el rango, desde el cadete más joven hasta la profunda gravedad de los oficiales, entonando las solemnes notas del Himno del fin de oficio.

Un temblor frío recorrió su espalda. El encantamiento era completo. En derredor suyo, la roja y moribunda luz inundó la tierra. Muy lejos, en el cielo, el punto negro de un halcón voló en círculos. Pero aquí, al lado de la cerca y de las altas vallas, él se sintió aislado, encerrado por una especie de muralla transparente y clara que le apartaba del universo, solo e intocable, hechizado. Los mundos habitados y sus soles se hundieron, desvaneciéndose en el ojo de su mente; y sintió la peligrosa llamada de la sirena de aquel océano, con un importante y oculto propósito que le prometía *realización* a la vez que una disolución final. Allí erguido, sus olas rompieron a sus pies, y, como siempre, se esforzó en alzar la pierna y penetrar en sus profundidades, perdiéndose para siempre, pero algo en su interior gritó contra la autodestrucción y le retuvo.

Luego, súbitamente —tan de repente como había llegado—, el hechizo se disolvió. Dio media vuelta y se dirigió a casa.

Hombre

Los hombres de la casa de Eachan Khan Graeme estaban sentados alrededor de la larga y lustrosa mesa del amplio y oscuro comedor; bebían unas copas una vez que las mujeres y los niños se habían retirado. No todos se encontraban presentes, ni — salvo un milagro— era muy probable que lo estuvieran jamás, no en esta vida. De dieciséis hombres adultos, nueve luchaban en las guerras que se libraban entre las estrellas, uno se recuperaba de una operación reconstructiva en el hospital de Foralie, y el mayor, el hermano del abuelo de Donal, moría tranquilamente en su habitación en la parte trasera de la casa, con un tubo de oxígeno en su nariz y el ligero aroma de las lilas de la bahía que le recordaban a su esposa maranita, muerta cuarenta años atrás. A la mesa había cinco hombres, de los cuales, desde las tres de la tarde, Donal era uno de ellos.

Los que le acompañaban, dándole la bienvenida a su vida adulta, eran Eachan, su padre; Mor, su hermano mayor, que vino de permiso a casa desde el planeta de los Amistosos; y sus tíos gemelos, Ian y Kensie, que eran los siguientes en edad, por encima de James, que murió en Donneswort. Se hallaban sentados juntos en el extremo de la mesa, con Eachan a la cabecera, sus dos hijos a su derecha y sus dos hermanos gemelos más jóvenes a su izquierda.

—Tenían buenos oficiales cuando yo estuve allí —decía Eachan. Se inclinó hacia adelante para llenar otra vez la copa de Donal, y éste la cogió automáticamente, escuchando con atención.

—Todos los freilandeses —comentó Ian, el más sombrío de los dos oscuros gemelos—. La totalidad de su organización se anquilosa sin un combate. Kensie opina que Mará o Kultis, y yo lo corroboro; ¿por qué no?

—He escuchado que tienen compañías enteras de Dorsai allí —intervino Mor, a la derecha de Donal. La voz profunda de Eachan le respondió desde su izquierda.

—Son sólo guardias de exhibición. Los conozco. ¿Por qué hacer una tarta entera de azúcar? Al Unificador de Kultis le gusta creer que posee una guardia sin par; sin embargo, los movilizaría inmediatamente con el resto de las tropas en caso de que hubiera una guerra seria en las estrellas.

—Y, mientras tanto —añadió Kensie, una rápida sonrisa le iluminó su austero rostro—, la inactividad total. Las prácticas militares se agrian en los períodos de paz. Los escuadrones se escinden en pequeñas pandillas, los petimetres se infiltran, y un hombre de verdad —un Dorsai— se convierte en un ornamento.

—Cierto —asintió Eachan.

Donal bebió distraídamente de su copa, y la falta de costumbre al *whisky* le quemó profundamente el paladar y la garganta. Pequeñas gotas de sudor surgieron en su frente; pero las ignoró, concentrado en lo que se hablaba. Sabía que esta charla redundaba en su beneficio. Ahora ya era un hombre, y nadie podía decirle lo que tenía que hacer. La elección de su destino de servicio era suya, y le estaban ayudando

con el conocimiento que poseían de los ocho sistemas y sus costumbres.

—... Nunca me entusiasmó demasiado el deber en la guarnición —continuó Hachan—. El trabajo de un mercenario es entrenar, mantenerse y luchar; pero, una vez que las bases han sido establecidas, lo importante es la batalla. No es que considere que todos en este planeta sean buenos. Hay Dorsai y Dorsai... y no todos son Graeme.

—Volviendo a los Amistosos... —intervino Mor, y se detuvo, mirando a su padre, consciente de que lo había interrumpido.

—Prosigue —le indicó Hachan con un gesto.

—Iba a señalar —comentó Mor— que donde hay mucha acción es en Asociación... y también en Armonía; por lo menos, eso es lo que he oído. Las sectas siempre lucharán entre sí. Y necesitan guardaespaldas...

—Lo que nos faltaba, ser pistoleros personales de alguien —cortó Ian, que, al estar más próximo en edad a Mor que su padre, no sintió la necesidad de ser diplomático—. Ése no es trabajo para un soldado.

—Los deseos son vampiros —observó Eachan desde la cabecera de la mesa—. El camino del soldado es un arte puro. Nunca confié en un hombre que anhelara la sangre, el dinero o a las mujeres.

—Me han dicho que las mujeres son agradables en Mará y Kultis —sonrió Mor.

—No lo negaré —replicó Kensie alegremente—. Pero, algún día, tienes que regresar a casa.

—Dios quiera que todos volváis —interpuso Eachan sombríamente—. Yo soy un Dorsai y un Graeme, sin embargo, si este pequeño mundo nuestro tuviera algo más que intercambiar por los contratos de nuestros profesionales en los mundos exteriores, además de la sangre de nuestros mejores luchadores, sería más feliz.

—¿Te habrías quedado *tú* en casa, Eachan —preguntó Mor—, cuando eras joven y tenías dos buenas piernas?

—No, Mor —contestó Eachan pesadamente—. Pero hay otras artes, aparte del arte de la guerra... incluso para un Dorsai —contempló a su hijo mayor—. Cuando nuestros antepasados se establecieron en este mundo, hace menos de ciento cincuenta años, no lo hicieron con la idea de suministrarles carne de cañón a los ocho sistemas. Únicamente querían un mundo donde ningún hombre pudiera manipular el destino de otro hombre sin el consentimiento de éste.

—Y eso es lo que tenemos —acordó Ian con crudeza.

—Y eso es lo que tenemos —repitió Hachan—. Los Dorsai vivimos en un mundo libre donde todos los hombres pueden hacer lo que les place siempre que respeten los derechos de sus vecinos. Y ni siquiera los ochos sistemas unidos intentarían enfrentarse con nuestro mundo. Pero el precio... el precio... —Sacudió la cabeza y llenó de nuevo su copa.

—Vamos, ésas son palabras demasiado densas para un hijo que está a punto de marcharse —dijo Kensie—. Hay muchas cosas buenas en la vida tal como es.

Además, hoy estamos sometidos a la presión económica, y no militar. ¿Y, si no fuera así, quién querría a los Dorsai, salvo nosotros? Los que tienen motivos de preocupación son los mundos nuevos y ricos, como Ceta en Tau Ceti, o alguno de los mundos más ricos y más antiguos, tipo Freilandia o Newton, o el mismo Venus. Ellos son los que luchan encarnadamente por conseguir los mejores científicos, los mejores técnicos, los artistas y médicos más relevantes. Y, debido a eso, nosotros tenemos más trabajo, lo que nos proporciona un mejor sistema de vida.

—Sin embargo, Eachan tiene razón, Kensie —gruñó Ian—. Todavía sueñan con someternos y luego negociar aisladamente con nosotros para ver quién obtiene la ventaja definitiva sobre los demás mundos —se inclinó hacia Eachan y, en la difusa luz del comedor, Donal vio el súbito destello de la herida cauterizada que subía por su antebrazo como una serpiente, y se perdía en los pliegues de la manga de su corta e informal túnica—. Ése es el peligro del que nunca estaremos libres.

—Con respecto a los Exóticos... —comenzó Mor en voz baja.

—Oh, sí —respondió Kensie—. Mará y Kultis... son mundos interesantes. No te engañes si alguna vez vas allí, Mor... o tú, Donal. A pesar de todo su arte y subterfugios, que les da una apariencia de debilidad, son muy duros. Ellos nunca pelearán, pero saben contratar hombres bien preparados. También se está llevando a cabo una gran labor de investigación en Mará y Kultis, y no sólo en las artes. Si puedes, habla algún día con uno de sus psicólogos.

—Son honestos —repuso Eachan.

—Cierto —aceptó Kensie—. Lo que intuyo es que avanzan hacia una meta particular, a su propia manera. Si tuviera que elegir otro mundo en el que me hubiera gustado nacer...

—Yo siempre sería un soldado —observó Mor.

—Eso es lo que piensas ahora —replicó Kensie, y bebió de su copa—. Eso es lo que piensas ahora. Pero ésta es una civilización desquiciada, en este año 2043 de nuestro Señor, con su personalidad dividida en doce direcciones diferentes por doce culturas distintas. Hace menos de quinientos años, el hombre corriente nunca soñó con que llegaría a alzar los pies de la tierra. Y cuanto más lejos avanzamos, más rápido vamos. Y cuanto más rápido, más lejos.

—Es el grupo de Venus el que está detrás de todo eso, ¿verdad? —preguntó Donal, su reticencia juvenil había desaparecido con los vapores calientes del *whisky*.

—No lo creas —dijo Kensie—. La ciencia es sólo un camino hacia el futuro. El Viejo Venus, el Viejo Marte... Cassida, Newton, quizá ya han tenido su época. Project Blaine es un anciano rico y poderoso, pero no está al tanto de todo lo nuevo que sueñan en Mará y Kultis, o los Amistosos... ni siquiera en Ceta. Aseguraos de comprobar dos veces las cosas cuando salgáis a las estrellas, ya que sois jóvenes, y en nueve de cada diez ocasiones, la primera percepción os engañará.

—Escuchadle, muchachos —comentó Eachan desde su asiento—. La mente de vuestro tío Kensie es superior a la de cualquier hombre. Me gustaría poder daros el

mismo buen consejo. Cuéntales, Kensie.

—Nada permanece inmóvil —prosiguió Kensie... y con esas tres palabras, el *whisky* pareció inundar la cabeza de Donal; la mesa y las oscuras caras huesudas oscilaron ante él en la penumbra del comedor, y la voz de Kensie le llegó como un rugido lejano—. Todo cambia, y eso es lo que debéis tener presente. Lo que ayer era una verdad, tal vez hoy ya no lo sea. Recordadlo, y no aceptéis la palabra de ningún hombre sin reservas, incluso la mía. Nos hemos multiplicado como las plagas bíblicas, diseminándonos por las estrellas, separándonos en diferentes grupos con distintas costumbres. Y ahora, mientras aún parecemos correr hacia Dios sabe dónde, a una velocidad terrible que aumenta constantemente, tengo la sensación... como si estuviéramos todos quietos ante el umbral de algo grandioso y distinto, tal vez terrible. En verdad que es el momento de andar con cuidado.

—¡Seré el general más grande que jamás existió! —gritó Donal, y quedo tan sorprendido como los demás al escuchar las palabras titubeantes que salieron de su interior—. Todos lo verán... ¡les mostraré lo que puede ser un Dorsai!

Fue consciente de que lo miraban, aunque todos sus rostros estaban borrosos, excepto —debido a un engaño de la vista— la cara de Kensie, que quedaba en diagonal con la suya a través de la mesa. Kensie lo escrutaba con sombríos y penetrantes ojos. Donal notó la mano de su padre en el hombro.

—Es hora de irse a dormir —observó su padre.

—Ya lo veréis... —dijo Donal con voz espesa. Pero todos se estaban incorporando con las copas en la mano, volviéndose hacia su padre, que sostenía en alto la suya.

—Espero que volvamos a reunirnos otra vez —deseó su padre.

Y, allí de pie, bebieron. Lo que quedaba del *whisky* en su copa bajó como agua por la garganta de Donal... entonces, por un segundo, todo se aclaró y pudo distinguir a estos altos hombres de pie a su lado. Eran grandes, incluso para los Dorsai; su mismo hermano le sacaba media cabeza, lo que hacía que él pareciera un muchacho en su compañía. Pero, en ese mismo instante de la visión, se vio súbitamente inundado por una terrible ternura y piedad hacia ellos, como si él fuera el adulto y ellos los niños que debían ser protegidos. Abrió la boca para decirles, por una vez en su vida, cuanto los amaba, y cómo siempre estaría allí para cuidarlos... sin embargo, en ese momento, la niebla volvió a cerrarse; sólo fue consciente de que Mor lo conducía tambaleante a su habitación.

Mercenario

Donal se encogió de hombros en la ajustada chaqueta corta de civil mientras se observaba reflejado en el espejo de su diminuta cabina, que era como un cubículo. El espejo le devolvió la imagen de alguien que casi era un extraño. Tantas fueron las transformaciones producidos en él en las tres cortas semanas transcurridas. Físicamente seguía siendo igual, lo que difería era su propia apreciación personal; no era meramente la chaqueta de estilo español, ni la túnica que llevaba debajo, tampoco los estrechos pantalones que desaparecían en unas botas tan negras como el resto de su ropa, lo que le convertía casi en un desconocido ante sus ojos... sino el cuerpo en el cual estaban enfundadas. El trato con los hombres de otros mundos había alterado su punto de vista. Su relativa corta estatura general había provocado que él se tuviera por más alto, la suavidad de esas gentes le había hecho duro, sus cuerpos no entrenados hacían que el suyo pareciera equilibrado y seguro. De camino desde el mundo de los Dorsai hacia el sistema de Arturo, y rodeado por otros pasajeros Dorsai, no notó el cambio gradual. Sólo en la enorme terminal espacial de Newton, entre miles de ruidosas personas, súbitamente, se percató de ello. Y ahora, una vez que hizo transbordo con destino al planeta de los Amistosos, ante la perspectiva de su primera cena en una nave de lujo donde, probablemente, no habría ningún otro Dorsai, se contempló en el espejo y por primera vez se sintió adulto.

Abrió la puerta de su cabina y salió, dejando que se cerrara suavemente a su espalda; giró a la derecha en el estrecho corredor de paredes metálicas, con un aire ligeramente viciado por el olor del polvo de la moqueta en el suelo. Atravesó el silencio reinante hacia la sala principal y pasó por una puerta de sellado hermético, que se cerró inmediatamente cuando entró en el corredor de la siguiente sección.

Llegó a la intersección de los corredores, que formaban una pequeña cruz y que, tanto a derecha como izquierda, conducían a los lavabos de la sección de la nave que había delante... cuando casi choca con una muchacha delgada y alta que estaba de pie al lado de la fuente de agua en el punto en que los pasillos se cruzaban; llevaba un vestido azul que le llegaba hasta los tobillos, de corte severo y conservador. Ella retrocedió rápidamente y se apartó de su camino, asustada, hacia el lavabo de mujeres. Se contemplaron, inmóviles, por un segundo.

—Perdóneme —comentó Donal, dando dos pasos... no completó el tercero, ya que un impulso repentino y veloz le hizo cambiar de objetivo sin previo aviso; dio media vuelta.

—Si me lo permite... —dijo.

—Oh, excúseme.

Ella se apartó nuevamente de la fuente de agua. Él se inclinó para beber; cuando alzó la cabeza, la miró detenidamente a la cara y reconoció el impulso que le hizo volverse. La muchacha estaba aterrada; y ese extraño y oscuro océano perceptivo que yacía oculto en su singularidad, había sentido la ola casi palpable de su miedo.

Entonces la vio claramente de cerca. Era mayor de lo que en un principio había pensado..., tendría poco más de veinte años. La rodeaba una manifiesta inmadurez..., la premonición de que su total belleza florecería posteriormente en la vida, mucho más tarde que en las mujeres normales. No era hermosa; tenía un aspecto meramente saludable. Su cabello era marrón claro, casi castaño, y sus ojos eran grandes y de un verde claro que, abiertos ante el intenso escrutinio de la mirada de él, hicieron que se olvidara de todos los colores que ella le hacía asociar. Su nariz era fina y recta, su boca un poco ancha, su barbilla firme; y todo su rostro estaba tan perfectamente equilibrado, el lado izquierdo con el derecho, que se aproximaba a la afectación de la creación de algún escultor.

—¿Sí? —preguntó ella, reteniendo el aliento... y, en una repentina intuición, él vio que se encogía interiormente ante su atenta mirada.

Frunció el ceño. Sus pensamientos se habían adelantado a la situación, así que cuando habló, inconscientemente continuó por la mitad de la conversación que mantuvo mentalmente.

—Cuéntemelo —pidió Donal.

—¿Perdón? —observó ella. Su mano se dirigió a su garganta, por encima del cuello alto del vestido. Entonces, antes de que él pudiera hablar de nuevo, dejó caer la mano y parte de su rigidez desapareció—. Oh —susurró—. Ya veo.

—¿Qué ve? —preguntó Donal con un poco de brusquedad; inadvertidamente había adoptado el tono que emplearía con un cadete júnior estos últimos años si hubiera descubierto que se encontraba en algún tipo de apuro—. Tendrá que contarme cuál es su problema, si quiere que sea de alguna ayuda.

—¿Contarle...? —Ella miró con desesperación en derredor suyo, como si esperara que apareciera alguien en cualquier momento—. ¿Cómo sé que usted es quien dice ser?

Por primera vez, Donal contuvo la velocidad con la que analizó la situación, y, retrocediendo, descubrió un posible malentendido por parte de ella.

—Yo no le dije que fuera nadie —respondió—. Y, de hecho..., no lo soy. Lo único que ocurrió es que pasaba por aquí y vi que usted parecía perturbada por algo. Me ofrecí a ayudarla.

—¿Ayudarme? —Sus ojos nuevamente se abrieron y su cara palideció de repente—. Oh, no... —murmuró, e intentó pasar por su lado—. Por favor, deje que me vaya. ¡Por favor!

Él no se movió.

—Estaba dispuesta a aceptar la ayuda de alguien como yo hace unos segundos, siempre que esa persona le diera pruebas de su identidad —observó Donal—. Será mejor que me cuente toda la historia.

Eso hizo que ella se olvidara de huir. Se envaró y le miró a la cara.

—Yo no le he contado nada.

—Sólo que —comentó Donal con ironía— estaba aquí esperando a alguien. Y

que no conocía a esa persona de vista, pero pensaba que sería un hombre. Y que no estaba segura de su sinceridad, aunque temía no verlo —sintió la dureza de su voz, y se obligó a suavizarla—. También, que está muy asustada y que no posee mucha experiencia en lo que hace —la lógica desarrollaría la situación.

Pero ella ya se había controlado.

—¿Se apartaría de mi camino y me dejaría pasar? —pidió secamente.

—La lógica indica que lo que se propone es ilegal —replicó él.

Ella se hundió ante el impacto de la última palabra como si hubiera recibido un golpe; volviendo ciegamente la cara contra la pared, se apoyó en ella.

—¿Qué es usted? —le preguntó con voz entrecortada—. ¿Le enviaron para tenderme una trampa?

—Le repito —señaló Donal con un destello de exasperación— que sólo soy un pasajero que pensó que quizá podría ayudarla.

—¡Oh, no le creo! —exclamó ella, y apartó la vista de él—. Si realmente no es nadie..., si nadie le envió..., me dejará pasar. Y olvidará que me vio alguna vez.

—Lo que pide no tiene sentido —replicó Donal—. Evidentemente, necesita ayuda. Y yo estoy preparado para dársela. Soy un soldado profesional. Un Dorsai.

—Oh —dijo ella. La tensión que la dominaba se evaporó. Se irguió y lo miró a los ojos con una mirada en la que él leyó desprecio—. Uno de éstos.

—Sí —indicó. Luego frunció el entrecejo—. ¿Qué quiere decir con *uno de éstos*?

—Entiendo —contestó ella— que es usted un mercenario.

—Prefiero el término soldado profesional —observó... con un poco de rigidez por su parte.

—Lo importante es —intercaló ella— que se alquila al mejor postor.

Él sintió que le invadía una furia helada. Inclino la cabeza ante ella y se hizo a un lado, dejándole el camino abierto.

—Ha sido un error —y dio media vuelta para marcharse.

—No, espere un minuto —pidió ella—. Ahora que ya sé lo que es de verdad, no hay ningún motivo por el que no pueda utilizarle.

—Ninguno en absoluto —dijo él.

Metió la mano en una abertura de su ajustado vestido para sacar un pequeño y doblado papel de algún material impreso, y se lo pasó a él.

—Asegúrese de que esto sea destruido —subrayó—. Le pagaré... lo que sea la tarifa habitual en estos casos —sus ojos se abrieron cuando vio que él desdoblaba el papel y lo leía—. ¿Qué está haciendo? ¡Usted no tiene que leerlo! ¡Cómo se atreve!

Intentó coger la hoja, pero él la apartó distraídamente con una mano.

Su mirada recorría atentamente el impreso que ella le había dado, y sus propios ojos se abrían a la vista del retrato facsímil que mostraba, que era el de la misma muchacha.

—Anea Marlivana —comentó él—. Selecta de Kultis.

—Bien, ¿y qué si lo soy? —preguntó coléricamente—. ¿Qué ocurre?

—Nada —replicó Donal—, sólo que esperaba que sus genes implicaran inteligencia.

La boca de ella se abrió.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Únicamente que es usted una de las personas más idiotas que he tenido la mala fortuna de conocer —se guardó la hoja en el bolsillo—. Yo me encargaré de esto.

—¿Lo hará? —Su cara se iluminó. Un momento después, se retorció poseída por la ira—. ¡Oh, no lo soporto! —gritó—. ¡No lo soporto en absoluto!

Él la miró con un poco de tristeza.

—Lo hará —comentó—, si vive el tiempo suficiente.

Dio media vuelta y abrió la puerta por la que unos minutos atrás había entrado.

—Espere un segundo... —La voz de ella saltó detrás suyo—. ¿Dónde le veré una vez que se deshaga del contrato? ¿Cuánto tengo que pagarle...?

Dejó que la puerta, al cerrarse, fuera el punto que finalizara su pregunta... y, también, su respuesta.

Retornó por la sección que acababa de recorrer hasta su cabina. Una vez allí, con la puerta cerrada, analizó detenidamente la hoja que ella le había dado. No era nada más —y nada menos— que un contrato de empleo social de cinco años por sus servicios como compañía en el séquito de William, Príncipe y Presidente de la Junta de Administración del planeta Ceta, dedicado casi en exclusiva al comercio, y que era el único habitable que giraba alrededor del sol Tau Ceti. Además, era un contrato bastante liberal, ya que sólo requería de ella que acompañara a William adonde él deseara ir, aportando su presencia en los actos públicos y sociales que él pudiera precisar. No fue la liberalidad del contrato lo que le sorprendió —una Selecta de Kultis jamás sería contratada para realizar actos que no llevaran aparejados un deber de la máxima delicadeza y una pretensión ética—, sino el hecho de que ella le pidiera que lo destruyera. El robo del contrato de su empleador ya era bastante malo, su incumplimiento, infinitamente peor —pues daría pie a una rehabilitación total—, pero su destrucción estaba castigada con la pena de muerte en cualquier lugar donde funcionara algún gobierno. La muchacha, pensó, debía estar loca.

Sin embargo —y aquí entraba en acción el fino tacto de la ironía—, como era una Selecta de Kultis, no podía estar loca, de la misma manera que un simio no podría ser un elefante. Por el contrario, al ser el producto de antepasados cuidadosamente seleccionados, en ese planeta donde la selección genética y la magia de las técnicas psicológicas eran cotidianas, debía estar eminentemente cuerda. Ciertamente es que, en una primera impresión, Donal sólo descubrió que poseía una estupidez suicida. Pero, éste era un caso en el que uno tenía que fiarse de las reglas. Y las reglas indicaban que, si había algo anormal, radicaba en la situación misma y no en la muchacha involucrada en ella.

Pensativamente, Donal contempló el contrato. Con toda seguridad, Anea no sabía lo que pedía cuando tan alegremente le requirió que lo destruyera. La hoja que tenía

en sus manos, e incluso las palabras y las firmas, eran parte integral de una única molécula gigante que en sí misma era prácticamente indestructible, y que no podía alterarse o manipularse de ninguna manera salvo destruyéndola... Y Donal estaba seguro de que no había nada en esta nave que pudiera quemarla, romperla, disolverla o, de cualquiera de los modos posibles, borrarla. Y quien tuviera este contrato, a excepción de William, su propietario legal, se hacía acreedor a una orden de sentencia.

Se estiró la chaqueta corta y salió de su cabina, bajando por el largo corredor y atravesando varias secciones hasta que llegó al salón principal. Un pequeño grupo de pasajeros que también se dirigía a cenar hizo que perdiera un poco de tiempo en la entrada del salón; y, en ese momento, mirando por encima de las cabezas de las personas que tenía delante, vislumbró la larga mesa del capitán al final de la sala y a la muchacha, Anea Marlivana, entre los que estaban allí sentados.

El grupo de gente que se encontraba con ella estaba formado por un muy atractivo joven oficial —un freilandés, por su apariencia—; un hombre también joven, de aspecto desaliñado, y casi tan grande como el anterior, pero cuya imagen era la opuesta a la del militar: de hecho, parecía medio hundido en su asiento, como si estuviera borracho. Otro hombre austero y agradable, de mediana edad y un cabello gris como el hierro. La quinta persona sentada a la mesa era, obviamente, un Dorsai..., un nombre sólido y mayor, con el uniforme de mariscal freilandés. La visión de este último individuo movió a Donal a una súbita acción. Se abrió paso de inmediato entre el pequeño grupo de gente que le cerraba la entrada y se dirigió abiertamente a través de la habitación hacia la mesa alta. Una vez en ella, extendió el puño en dirección del mariscal Dorsai.

—Buenas noches, señor —dijo—. Debía haberle buscado antes de que la nave partiera; pero no tuve tiempo. Guardo una carta para usted de mi padre, Eachan Khan Graeme. Soy su segundo hijo, Donal.

Unos ojos Dorsai de color azul, tan fríos como el agua de un río, se alzaron por debajo de unas tupidas cejas grises y lo escrutaron. Durante una fracción de segundo, la situación osciló entre el orgullo Dorsai y la curiosidad del hombre ante el manifiesto descaro de Donal al mentir sobre una relación. Entonces, el mariscal cogió el puño de Donal en un duro apretón.

—Así que se acordó de Hendrik Galt, ¿verdad? —El mariscal sonrió—. No he tenido noticias de Eachan durante años.

Donal sintió que un ligero temblor recorría su columna vertebral. De toda la gente posible, había elegido fingir una amistad con uno de los soldados Dorsai de más alto rango de su época. Hendrik Galt, Primer Mariscal de Freilandia.

—Le envía sus saludos, señor —repuso Donal—, pero..., será mejor que le entregue la carta después de la cena para que usted mismo pueda leerla.

—Por supuesto —aceptó el mariscal—. Estoy en la cabina diecinueve.

Donal todavía permanecía de pie. La situación no podía prolongarse más. Y el rescate surgió —como esperaba Donal en su interior— desde el rincón más apartado de la mesa.

—¿Tal vez —indicó el hombre del cabello gris con una voz suave y agradable— su joven amigo querría disfrutar de la cena con nosotros antes de que vaya a verlo a su cabina, Hendrik?

—Será un honor —replicó Donal, con insincera presteza.

Apartó el flotador vacío que había delante suyo y se sentó, realizando un gesto cortés con la cabeza hacia el resto de la compañía que había a la mesa. Los ojos de la muchacha se posaron en los suyos desde el otro extremo. Parecían tan duros e inmóviles como esmeraldas atrapadas en una roca.

Mercenario II

—Anea Marlivana —dijo Hendrik Galt, presentando a Donal al resto de los comensales—. Y el caballero que fue tan amable de invitarle... William de Ceta, Príncipe y Presidente de la Junta de Administración.

—Es un placer —murmuró Donal e inclinó la cabeza hacia ellos.

—... El comandante de unidad, mi ayudante... Hugh Killien...

Donal y el comandante freilandés asintieron mutuamente.

—... Y ArDell Mentor, de Newton —el joven desgarrado, que estaba hundido en su flotador, alzó una descuidada y medio borracha mano en un leve gesto de reconocimiento. Sus ojos —tan oscuros que parecían casi negros bajo las claras cejas, del mismo color que su desordenado y rubio cabello— se aclararon durante una desconcertante fracción de segundo en la que miró con fijeza a Donal, y luego retornaron a la indiferencia—. ArDell —comentó Galt sin humor—, estableció un nuevo récord de puntuación en los competitivos exámenes de Newton. Su campo era la dinámica social.

—Ciertamente —musitó el newtoniano con una mezcla de bufido y risa—. De verdad lo fue. Lo fue, de verdad.

Alzó una pesada copa de la mesa ante él y hundió la nariz en su ligero contenido dorado.

—ArDell... —intervino el canoso William, con una suave reprobación en su tono.

ArDell levantó su pálido rostro y contempló al hombre mayor, bufó otra vez, o se rió, y se llevó la copa de nuevo a los labios.

—¿Se encuentra alistado en este momento, Graeme? —preguntó el freilandés, mirando a Donal.

—He recibido una oferta de los Amistosos —contestó Donal—. Pensé en elegir entre las Sectas una vez que llegue allí y tenga la posibilidad de evaluar las mejores oportunidades de acción.

—Muy Dorsai de su parte —comentó William con una sonrisa desde el otro extremo de la mesa, al lado de Anea—. Siempre la necesidad de la batalla.

—Me halaga en demasía, señor —dijo Donal—. Lo que ocurre es que los ascensos llegan más deprisa en el campo de batalla que en la guarnición, bajo condiciones normales.

—Es usted demasiado modesto —repuso William.

—Así es —interpuso Anea de repente—. Excesivamente modesto.

William se volvió y observó con mirada burlona a la muchacha.

—Vamos, Anea —sonrió—. No debes dejar que tu desprecio exótico por la violencia alimente un desprecio totalmente injustificado por este amable joven. Estoy convencido de que tanto Hendrik como Hugh están de acuerdo con él.

—Oh, claro que sí —replicó Anea, dirigiéndoles una mirada centelleante a los

otros dos hombres—. ¡Por supuesto que lo estarían!

—Bien —dijo William, riéndose—, ciertamente, debemos ser más tolerantes con una Selecta. En lo que a mí respecta, reconozco que soy lo suficientemente hombre, aunque no lo suficientemente reconstruido, para que me guste la idea de la acción personalmente. Yo..., ah, aquí llega la comida.

Calientes platos de sopa se elevaban hacia la superficie de la mesa enfrente de todo el mundo, menos de Donal.

—Será mejor que pida ahora —comentó William.

Y, mientras Donal presionaba la tecla del comunicador ordenando su cena, los otros alzaron sus cucharas y comenzaron a comer.

—¿... El Padre de Donal fue compañero suyo de clase, Hendrik? —inquirió William al mismo tiempo que eran servidos los pescados.

—No, simplemente un amigo personal —replicó el mariscal con sequedad.

—Ah —murmuró William, alzando con finos modales el tenedor con la blanca y delicada carne—. Envidio a los Dorsai por esas cosas. Su profesión les permite mantener las relaciones amistosas y emocionales separadas de su trabajo. En el mundo comercial... —Hizo un gesto con su bronceada y delgada mano—... una amistad general oscurece los sentimientos más profundos.

—Tal vez todo resida en el tipo de hombre de que se trate —respondió el mariscal—. No todos los Dorsai son soldados, Príncipe, y no todos los cetanos son intermediarios.

—Lo acepto —repuso William. Sus ojos se posaron en Donal—. ¿Qué dice usted, Donal? ¿Es usted simplemente un soldado mercenario, y sólo eso, o se ve perturbado por otros deseos?

La pregunta era franca, a pesar de la manera indirecta en que había sido formulada. Donal llegó a la conclusión de que la respuesta más adecuada sería una mezcla de ingenuidad y un toque de banalidad.

—Naturalmente, me gustaría ser famoso —respondió... y se rió con un poco de timidez—, y rico.

Vislumbró una nube que se oscurecía en el ceño de Galt. Pero no podía preocuparse por ello en ese momento. Tenía que pescar otros peces. Ya surgiría, o eso esperaba, la oportunidad de conjurar el desdén del mariscal hacia él en el futuro. En ese instante, tenía que aparentar el suficiente egoísmo como para atraer el interés de William.

—Muy interesante —comentó William alegremente—. ¿Y qué piensa hacer para conseguir esos objetivos tan agradables?

—Tenía la esperanza —dijo Donal— de que tal vez aprendería algo de los mundos viviendo en ellos..., algo que pueda servirme, tanto en mi propio beneficio como en el de los demás.

—Santo Señor, ¿no es todo? —repuso el freilandés, y se rió de una manera que invitaba al resto de la mesa a unírsele.

Sin embargo, William no se rió..., aunque Anea sumó su propia diversión a la del comandante, y ArDell bufó.

—No hace falta que sea descortés, Hugh —intervino—. Me gusta la actitud de Donal. Yo también tuve la misma idea una vez..., cuando era más joven —le sonrió de manera acogedora a Donal—. Tiene que venir para hablar conmigo también —comentó—, una vez que acabe su charla con Hendrik. Me gustan los jóvenes con ambición.

Donal y Galt bajaron por el estrecho corredor, que les obligaba a descender uno detrás del otro. Siguiendo los anchos hombros del hombre mayor, Donal quedó asombrado cuando escuchó que el mariscal le preguntaba:

—Dígame, ¿qué piensa de ellos?

—¿Señor? —dudó Donal, y eligió lo que creyó que era la persona más segura—. Me sorprende un poco la muchacha.

—¿Anea? —replicó Galt en el momento en que se detenía ante una puerta que estaba marcada con el número diecinueve.

—Pensé que una Selecta de Kultis tendría... —Donal se detuvo, sin poder encontrar las palabras adecuadas—... más control de sí misma.

—Es muy sana, muy normal y muy inteligente... pero sólo en potencia —repuso el mariscal, casi de malhumor—. ¿Qué esperaba usted?

Abrió la puerta y entró, haciéndole un gesto a Donal, y luego la cerró firmemente detrás de él. Cuando se dio la vuelta, en su voz había un tono más duro y formal.

—Muy bien —dijo con energía—. ¿Ahora dígame qué es ese asunto de una carta?

Donal tomó una bocanada de aire. Durante la cena había intentado descubrir cuál era el carácter de Galt... e iba a apostar todo en la honestidad de su respuesta, basado en lo que creyó haber vislumbrado de él.

—No existe ninguna carta, señor —contestó—. Y, en lo que a mi conocimiento se refiere, mi padre y usted nunca se conocieron.

—Eso mismo creí yo —observó Galt—. De acuerdo..., ¿de qué se trata, entonces?

Se acercó hasta un escritorio que había al otro lado de la habitación, sacó algo de un cajón y, cuando se volvió, Donal se sorprendió al verle llenar una antigua pipa con tabaco.

—Es Anea, señor —señaló—. Nunca conocí a una persona tan idiota en toda mi vida.

Y le contó, en su totalidad y con todos los detalles, la historia del episodio del corredor.

Galt estaba sentado en el borde del escritorio con la humeante pipa en la boca, de la que exhalaba pequeñas nubes de humo blanco que el sistema de ventilación aspiraba inmediatamente a medida que se formaban.

—Ya veo —comentó una vez que Donal hubo acabado—. Me inclino a estar de acuerdo con usted. Es una idiota. ¿Y qué clase de estúpido se considera usted?

—¿Yo, señor? —Donal estaba sinceramente perplejo.

—Sí, usted, muchacho —repuso Galt, y se quitó la pipa de la boca—. Aquí está, recién salido de la escuela, metiendo la nariz en una situación en la que cualquier gobierno planetario dudaría antes de hacerlo —miró con franca estupefacción a Donal—. ¿Qué pensaba... qué imaginaba..., infiernos, muchacho, *qué planeaba* conseguir de ello?

—Por supuesto que nada —afirmó Donal—. Sólo me interesaba que una situación ridícula y posiblemente peligrosa se arreglara de la manera más tranquila posible. Reconozco que desconocía la parte que William podía tener en el asunto... En apariencia, es un demonio absoluto.

La pipa castañeteó en la boca que Galt súbitamente abrió, y tuvo que cogerla con rapidez con su gruesa mano antes de que se le cayera. Se la quitó de los labios y observó atónito a Donal.

—¿Quién le dijo eso? —demandó.

—Nadie —respondió Donal—. Es obvio, ¿no es verdad?

Galt depositó la pipa sobre la mesa y se incorporó.

—No lo es, por lo menos para el noventa y nueve por ciento de los mundos civilizados —indicó—. ¿Qué hizo que fuera tan obvio para usted?

—Ciertamente —dijo Donal—, cualquier hombre puede ser juzgado por el carácter y las acciones de la gente de la que se rodea. Y este William tiene un séquito de gente frustrada y perdida.

El mariscal se irguió.

—¿Se refiere a mí? —exigió.

—Naturalmente que no —repuso Donal—. Después de todo... usted es un Dorsai.

La rigidez desapareció de Galt. Sonrió con amargura y, cogiendo de nuevo su pipa, la encendió.

—La fe que tiene en nuestro origen común es... bastante refrescante —dijo—. Continúe. ¿Basándose en esta evidencia leyó la personalidad de William?

—Oh, no sólo eso —observó Donal—. Deténgase y piense en el hecho de que una Selecta de Kultis se encuentra enemistada con él. Y los buenos instintos de una Selecta son innatos. Además, parece ser un tipo de hombre casi aterradoramente brillante, ya que domina personalidades como las de Anea y la de ese hombre de Newton, Montor..., quien debe tener una mente con un coeficiente intelectual bastante alto si obtuvo la puntuación que dicen sus exámenes.

—¿Y alguien tan brillante ha de ser un demonio? —inquirió Galt con sequedad.

—En absoluto —explicó Donal con paciencia—. Pero cuando un hombre tiene esa capacidad intelectual, ha de mostrar proporcionalmente mayores inclinaciones hacia el bien o el mal que la gente corriente. Si se vuelca hacia el mal... quizá oculte

su efecto a la gente con la que se relaciona. Pero no podrá producir los reflejos del bien que, normalmente, tendrían que emanar de sus lugartenientes y seguidores, y que, si fuera de verdad bueno, no necesitaría ocultar. Por esa carencia, se puede descubrir su personalidad.

Galt se quitó la pipa de la boca y emitió un prolongado y lento silbido. Observó a Donal.

—Por casualidad, usted no fue educado en uno de los mundos exóticos, ¿verdad? —preguntó.

—No, señor —replicó Donal—. Aunque mi abuela paterna era maranita, y también mi abuela materna.

—Este análisis de personalidad —Galt se detuvo y redistribuyó pensativamente el tabaco de su pipa con uno de sus gruesos pulgares— ¿lo heredó de su madre o de su abuela... o se le ocurrió a usted?

—Supongo que lo habré oído en alguna parte —respondió Donal—. Pero, con toda seguridad, es un proceso lógico..., cualquiera que lo meditara unos minutos llegaría a esa conclusión.

—Posiblemente, la mayoría de nosotros no piensa —dijo Galt, con la misma sequedad—. Siéntese, Donal.

Se sentaron, uno enfrente del otro, en un par de sillones flotantes. Galt dejó a un lado la pipa.

—Escúcheme —dijo en voz baja y serena—. Usted es uno de los jóvenes más raros que jamás conocí. No sé exactamente qué hacer con usted. Si fuera mi hijo, le aislaría en cuarentena y lo enviaría a casa para que madurara diez años más antes de dejarle salir de nuevo a las estrellas... de acuerdo... —Y se calló bruscamente a la vez que alzaba una mano que silenció la boca abierta de Donal—. Sé que ya es un hombre y que no se le puede enviar a ningún sitio contra su voluntad. Pero, tal como me lo parece en este momento, quizá tenga una posibilidad entre mil de convertirse en alguien notable, y novecientos noventa y nueve de que lo arrinconen calladamente antes de que se acabe el año. Mire, muchacho, ¿qué sabe de los mundos, aparte del Dorsai?

—Bien —señaló Donal—. Hay catorce gobiernos planetarios, sin contar con la estructura anárquica del Mundo de Dunin y Coby...

—¡Los gobiernos, por mi viejo trasero! —interrumpió Galt—. ¡Olvídese de sus lecciones cívicas! Los gobiernos en este siglo veinticinco son meras organizaciones. Los que cuentan son los hombres que las controlan. Project Blaine, en Venus; Sven Holman, en la Tierra; el Jefe Bright, en Armonía, el mismo planeta al que nos dirigimos..., y Sayona el Unificador, en Kultis, para los Exóticos.

—El General Kamal... —comenzó Donal.

—¡No es nadie! —exclamó Galt—. ¿Cómo puede ser alguien el Elegido de los Dorsai cuando cada pequeño cantón se aferra a su independencia con uñas y dientes? No, hablo de los hombres que manejan los hilos entre las estrellas. Los que le

mencioné, los otros —respiró profundamente—. Ahora bien, ¿qué rango cree que tiene nuestro Príncipe Mercante y Presidente de la Junta de Administración de Ceta en relación con los que le nombré?

—¿Diría que es su igual?

—Como mínimo —dijo Galt—. Como mínimo. No se engañe porque lo haya visto viajando de esta manera, en una nave comercial, y acompañado sólo por la muchacha y Montor. Es muy posible que sea el dueño de esta nave, de la tripulación y los oficiales..., y de la mitad de los pasajeros.

—¿Y de usted y del comandante? —preguntó Donal, tal vez con más franqueza de la necesaria. Las facciones de Galt se endurecieron; luego se relajó.

—Una pregunta pertinente —masculló—. Quiero que se cuestione casi todo lo que dé por sentado. Supongo que es normal que me incluya a mí. No —en respuesta a su pregunta—, yo soy el Primer Mariscal de Freilandia, todavía un Dorsai, prestando mis servicios profesionales en concepto de alquiler, y nada más. Acabamos de ceder cinco divisiones ligeras a la Primera Iglesia Disidente, en Armonía, y yo voy hacia allí para observar que operen para lo que han sido contratadas. Es un trato complicado —como todos—, en el que están implicados una serie de créditos de contrato que pertenecen a Ceta. Ahí interviene William.

—¿Y el comandante? —insistió Donal.

—¿Qué ocurre con él? —replicó Galt—. Es un freilandés, y un buen profesional. Cuando lleguemos a Armonía, dirigirá uno de los tres comandos de Fuerza durante un breve período de prueba, como demostración.

—¿Le ha tenido a su lado mucho tiempo?

—Oh, unos dos años estándar —repuso Galt.

—¿Y, profesionalmente, es bueno?

—Muy bueno —afirmó Galt—. ¿Por qué cree que es mi ayudante de campo? ¿Adónde quiere llegar?

—Es sólo una duda —dijo Donal—, y una sospecha. —Vaciló un segundo—. Aún no estoy preparado para manifestarlas.

Galt se rió.

—Guárdese para los civiles su instinto maranita de husmear en la personalidad —comentó—. Verá una serpiente bajo cada matorral. Acepte mi palabra, Hugh es un soldado bueno y honesto... tal vez un poco precipitado, pero eso es todo.

—No creo que me encuentre en posición de discutir con usted —murmuró Donal, cambiando de tema delicadamente—. ¿Iba a decirme algo sobre William cuando lo interrumpí?

—Ah, sí —comentó Galt. Frunció el ceño—: Lo resumiré para que lo entienda. La muchacha no es asunto suyo; y William es peligroso. Déjelos en paz. Y si yo puedo ayudarle para el tipo de destino que busca...

—Se lo agradezco mucho —repuso Donal—. Pero creo que William va a ofrecerme algo.

Galt parpadeó y lo contempló.

—¡Por los calzones del demonio, muchacho! —exclamó después de un segundo—. ¿Qué le hace pensar eso?

Donal sonrió con un poco de tristeza.

—Otra de mis sospechas —señaló—. Sin duda, basada en lo que usted llama mi instinto maranita para husmear en la personalidad. —Se puso de pie—. Aprecio sus advertencias, señor —extendió el puño—. Espero que pueda volver a hablar con usted alguna vez.

Galt también se incorporó y, mecánicamente, cogió el puño que le ofrecían.

—Cuando quiera —dijo—. Maldición si le entiendo.

—Dígame, señor —preguntó—. ¿Diría que soy... raro?

—¡Raro! —Galt casi explota con la palabra—. Raro como... —Su imaginación le falló—. ¿Por qué lo pregunta?

—Curiosidad —replicó Donal—. Me lo han dicho muy a menudo. Tal vez tenían razón.

Retiró el puño de la mano del mariscal. Y con esas palabras, se marchó.

Mercenario III

Cuando subía de nuevo por el corredor hacia la proa de la nave, Donal se cuestionó con un poco de tristeza sobre el íncubo que representaba su propia diferencia que aún le separaba del resto de la gente. Había pensado que lo dejaría atrás al vestir el uniforme de cadete. Sin embargo, parecía que todavía continuaba con él, que nunca dejaría su hombro. Siempre había sido así. Lo que a él le parecía claro, sencillo y directo, a los demás les parecía velado, tortuoso y complicado. Toda su vida se sintió como un extraño que pasaba por el centro de una ciudad cuyos habitantes tenían costumbres distintas de las suyas, y que le miraban con una falta de entendimiento cercana a la sospecha. Su idioma no lograba atravesar el umbral de sus motivos y no entraba en la mansión de su mente. Decían «enemigo» y «amigo», «fuerte» y «débil»... «ellos» y «nosotros». Establecían un millar de clasificaciones y distinciones arbitrarias que él no podía comprender, ya que estaba convencido de que toda la gente sólo era eso, gente..., y había muy poco que elegir entre ellos. La única manera de funcionar era tratándolos como a individuos, de uno en uno; y siempre con paciencia. Si tenías éxito en este cometido, entonces el esquema más grande, el que involucraba al grupo, salía bien.

Girando otra vez en la entrada del salón, descubrió —como casi había esperado— al joven newtoniano, ArDell Montor, hundido en un flotador en un extremo del bar que había surgido tan pronto como las mesas del comedor se replegaron en las paredes. En la sala sólo había otros dos grupos pequeños de bebedores, mas ninguno estaba relacionado con Montor. Donal caminó directamente hacia él; y Montor, sin moverse, alzó sus oscuros ojos y observó a Donal aproximarse.

—¿Puedo sentarme con usted? —preguntó.

—Será un placer —replicó el otro con una lentitud producida por la bebida.

—Esperaba que tendríamos la oportunidad de conversar —sus dedos se arrastraron por encima del teclado de la barra que había a su lado—. ¿Una copa?

—*Whisky Dorsai* —aceptó Donal.

Un segundo más tarde apareció en el mostrador una copa transparente y llena. Donal la cogió y bebió con cuidado. Toda la bebida que ingirió la noche que cumplió la mayoría de edad le había puesto al tanto de la manera en que el alcohol le afectaba; y se prometió a sí mismo no emborracharse nunca más. Es un asunto de mera estadística saber que jamás volvió a hacerlo. Alzó los ojos de la copa y vio que el newtoniano le miraba fijamente con ojos que en ese momento eran antinaturalmente claros, perdidos y penetrantes.

—Es más joven que yo —comentó ArDell—. Aunque yo no aparente ser mayor que usted. ¿Qué edad cree que tengo?

Donal lo observó con curiosidad. El rostro de Montor, a pesar de las arrugas de cansancio y disipación, a duras penas era la imagen de un adolescente que madura tarde, algo a lo que contribuía su mata despeinada de pelo y la manera tan displicente

en que estaba sentado en el flotador.

—Un cuarto de siglo estándar —replicó Donal.

—Treinta y tres años completos —dijo ArDell—. Fui un estudiante, un monje, hasta que cumplí veintinueve. ¿Piensa que bebo mucho?

—Creo que no hay ninguna duda al respecto —respondió Donal.

—Estoy de acuerdo con usted —subrayó ArDell con uno de sus repentinos bufidos risueños—. Estoy de acuerdo con usted. No hay ninguna duda al respecto... una de las pocas cosas de este abandonado universo de Dios sobre las que no hay duda. Pero eso no era de lo que esperaba que charláramos.

—¿Y sobre qué era? —Donal volvió a probar su copa de *whisky*.

—Sobre el valor —indicó ArDell, mirándolo con unos vacíos y penetrantes ojos—. ¿Es usted valiente?

—Es un artículo necesario para un soldado —repuso Donal—. ¿Por qué lo pregunta?

—¿Y no tiene ninguna duda? ¿Ninguna en absoluto? —ArDell agitó la dorada bebida de su alta copa y bebió un trago—. ¿Ningún miedo secreto de que cuando llegue el momento sus piernas no temblarán, su corazón no se desbocará, y dará media vuelta y echará a correr?

—Ciertamente, no daré media vuelta y correré —dijo Donal—. Después de todo, soy un Dorsai. Y con respecto a cómo me sentiré... todo lo que puedo decirle es que nunca me sentí de la manera que usted plantea. Incluso si lo hiciera...

Por encima de sus cabezas sonó una suave campanada, interrumpiéndoles.

«El cambio de fase se producirá en una hora y veinte minutos estándar», anunció una voz. «El cambio de fase se producirá en una hora y veinte minutos estándar. Se recomienda a los pasajeros que tomen su medicación ahora y duerman durante el cambio, para que disfruten de un trayecto más agradable».

—¿Ha tomado la pastilla ya? —preguntó ArDell—. Aún no —contestó Donal.

—¿Y lo hará?

—Por supuesto —Donal le examinó con interés—. ¿Por que no iba a hacerlo?

—¿No le parece que tomar una pastilla, evitando así la incomodidad de un cambio de fase, es una especie de cobardía? —inquirió ArDell—. ¿No es así?

—Eso es una tontería —dijo Donal—. Lo mismo que decir que es de cobardes llevar ropa encima para mantenerse caliente y cómodo, o comer, para no caer en la inanición. El primero es un acto de conveniencia; la otra una cuestión de... —pensó por un segundo—... deber.

—¿El coraje es el cumplimiento del deber?

—... A pesar de lo que usted pueda desear personalmente. Sí —observó Donal.

—Sí —comentó ArDell pensativamente—. Sí —dejó su copa vacía en la barra y presionó una tecla, pidiendo otra—. *Pensé* que usted era valiente —musitó y miró cómo descendía su copa, se llenaba, y subía otra vez.

—Soy un Dorsai —dijo Donal.

—¡Oh, ahórreme las glorias de la crianza planificada! —exclamó ArDell duramente mientras cogía su vaso lleno otra vez. Cuando se volvió para enfrentarse a Donal, éste vio que el rostro del hombre parecía atormentado—. El coraje es algo más que eso. Si sólo estuviera en sus genes... —Repentinamente se interrumpió, y se inclinó hacia Donal—. Escúcheme —casi susurró—. Yo soy un cobarde.

—¿Está seguro? —preguntó Donal llanamente—. ¿Cómo lo sabe?

—Me aterra enfermizamente —murmuró ArDell—, me aterra enfermizamente el universo. ¿Qué sabe de las matemáticas de la dinámica social?

—Es un sistema matemático de predicción, ¿verdad? —repuso Donal—. Mi educación no fue por ese camino.

—¡No, no! —señaló ArDell con impaciencia—. Le hablo de la estadística del análisis social, y su extrapolación sobre el aumento y desarrollo de la población —bajó la voz aún más—. Se acercan en paralelo a las líneas estadísticas del azar puro.

—Lo siento —indicó Donal—. No significa nada para mí.

ArDell asió de repente el brazo de Donal con una mano sorprendentemente fuerte.

—¿No lo entiende? —preguntó—. El azar puro permite que cualquier posibilidad cobre forma... incluida la disolución que debe darse, ya que la probabilidad existe. A medida que la estadística social crece en cifras cada vez más grandes, nosotros, también, consideramos esa posibilidad. Al final, se dará. Debemos destruirnos a nosotros mismos. No hay otra alternativa. Y todo porque el universo es un traje demasiado grande para que lo llevemos nosotros. Nos proporciona el suficiente espacio para crecer demasiado, y muy rápidamente. Alcanzaremos una masa estadísticamente crítica... y, entonces —chasqueó los dedos—, ¡el fin!

—Bien, ése es un problema para el futuro —comentó Donal. Pero en ese momento, como no pudo evitar reaccionar a los sentí mientes del hombre, con más gentileza añadió—: ¿Por qué le atormenta tanto?

—¿Por qué? ¿Acaso no lo ve? —dijo ArDell—. Si todo desaparecerá —de esa manera tan simple— como si nunca hubiera existido, ¿entonces qué finalidad tiene la existencia? ¿Qué quedará de nosotros? No me refiero a nuestras obras... se descomponen bastante deprisa. O al conocimiento. Eso es una simple copia que realizamos desde un libro abierto a nuestro propio idioma. Tienen que ser esos elementos que el universo no tuvo jamás y que nosotros introdujimos en él. Me refiero al amor, a la bondad... y al valor.

—Si ésa es su manera de sentir —observó Donal, liberando con suavidad su brazo—, ¿por qué bebe así?

—Porque soy un cobarde —repuso ArDell—. Todo el tiempo siento, ahí fuera, esa enormidad que es el universo. La bebida me ayuda a mantener alejado... el aterrador conocimiento de lo que nos puede hacer. Por eso bebo. Porque saco el coraje que necesito de una botella para realizar esas pequeñas cosas, como atravesar un cambio de fase sin tomar la medicación.

—¿Por qué? —inquirió Donal, casi tentado a reírse—. ¿En qué le puede

beneficiar eso?

—De una manera ínfima, me enfrento a él —ArDell lo inmovilizó con sus oscuros e implorantes ojos—. Es como decirle, en una parcela muy reducida... adelante, conviérteme en los trochos más pequeños que puedas, espárceme por tus más amplios confines. Puedo soportarlo.

Donal sacudió la cabeza.

—No lo entiende —insistió ArDell y se reclinó, hundiéndose en el flotador—. Si pudiera trabajar, no necesitaría el alcohol. Pero estos días eso no se me permite. A usted no le ocurre lo mismo. Tiene un trabajo que realizar; y posee valor... del verdadero. Pensé que tal vez podría... bueno, olvídelo. De todas formas, la valentía no es transferible.

—¿Irás a Armonía? —preguntó Donal.

—Donde vaya mi Príncipe, allí iré yo —comentó ArDell, y de nuevo se rió con su habitual bufido—. Alguna vez debería echarle una ojeada a mi contrato —se volvió hacia el bar—. ¿Otro *whisky*?

—No —declinó Donal, y se puso de pie—. Si me perdona...

—Le veré de nuevo —masculló ArDell, a la vez que oprimía las teclas para solicitar otra copa—. Nos veremos.

—Sí —repuso Donal—. Hasta entonces.

—Hasta entonces.

ArDell alzó su nueva copa de la barra. La campana sonó otra vez, y la voz les recordó que sólo quedaban setenta minutos antes del momento del cambio. Donal salió de la sala.

Media hora más tarde, después de que volviera a su habitación para leer cuidadosamente una vez más el contrato de Anea, Donal apretó el botón de la puerta del camarote de William, Príncipe y Presidente de la Junta de Administración de Ceta.

Esperó.

—¿Sí? —Le llegó la voz de William por encima de su cabeza.

—Donal Graeme, señor —repuso Donal—. Si no está ocupado...

—Oh, por supuesto... Donal. Pase —la puerta se abrió y Donal entro.

William estaba sentado en un flotador ante un pequeño escritorio, sostenía en la mano unos cuantos papeles y tenía delante una pequeña secretaria portátil. Una sola luz brillaba directamente por encima suyo, iluminando la mesa, dándole un toque plateado a su cabello gris. Donal vaciló, y escuchó el *click* de la puerta al cerrarse detrás de él.

—Siéntese donde quiera —dijo William sin alzar la vista de los papeles. Sus dedos recorrían velozmente las teclas de la secretaria—. Debo acabar algunos asuntos.

Donal se volvió en la penumbra existente fuera del cono de luz, localizó un sillón y se sentó. William continuó unos minutos con su actividad, buscando entre los

papeles e introduciendo apuntes en la secretaria.

Después de un rato, hizo a un lado los informes y liberó la mesa, la cual fue a apoyarse contra la pared más lejana. La luz que le alumbraba se difuminó y una iluminación general inundó la cabina.

Donal parpadeó ante la repentina luz. William sonrió.

—Y ahora —preguntó—, ¿cuál es la naturaleza de su trato conmigo?

Donal lo contempló y parpadeó de nuevo.

—¿Señor? —comentó.

—Creo que evitaremos perder el tiempo si ignoramos los pretextos —observó William con voz todavía agradable—. Usted impuso su presencia en nuestra mesa porque quería conocer a alguien que había allí. Dudo que fuera el mariscal... sus modales Dorsai le hubieran permitido hacerlo de otra manera. Ciertamente, no era Hugh, y considero inverosímil que fuera ArDell. Eso deja a Anea; ella es bastante bonita, y los dos son lo suficientemente jóvenes para cometer una tontería de ese calibre... pero, bajo esas circunstancias, no lo creo —William entrelazó sus delgados dedos y sonrió—. Eso me deja a mí.

—Señor, yo... —Donal comenzó a incorporarse, con la rigidez de la dignidad cuestionada.

—No, no —objetó William, haciéndole un gesto para que se sentara otra vez—. Sería una estupidez marcharse después de todas las molestias que se tomó para llegar hasta aquí, ¿no cree? —Su voz se endureció—. ¡Siéntese!

Donal se sentó.

—¿Por qué quería verme? —preguntó William. Donal irguió los hombros.

—Muy bien —replicó—, si quiere que lo exprese directamente... creo que puedo serle de utilidad.

—Por lo que —intervino William— usted piensa que puede beneficiarse, aprovechándose de mi posición y autoridad... continúe.

—Lo que ocurre, es que me he visto en la posesión de algo que le pertenece a usted.

William, sin decir una palabra, extendió la mano. Después de un momento de duda, Donal extrajo el contrato de Anea de su bolsillo y se lo dio. William lo cogió y lo desdobló, contemplándolo. Luego lo depositó como al descuido sobre la pequeña mesa que había a su lado.

—Ella quería que me deshiciera de él —explicó Donal—. Quería alquilar mis servicios para que lo destruyera por ella. Evidentemente, desconocía lo difícil que es destruir el material con que están fabricadas las hojas de los contratos.

—No obstante, usted aceptó el trabajo —observó William.

—No prometí nada —repuso Donal, incómodo.

—Quizá, desde el comienzo, su intención fuera traérmelo a mí.

—Creo —dijo Donal— que es de su propiedad.

—Oh, por supuesto —aceptó William. Le sonrió a Donal durante un buen rato—.

Supongo que se da cuenta —dijo finalmente—, de que yo no tengo por qué creer una palabra de lo que me ha dicho. Si asumo que usted lo robó y que luego se atemorizó ante lo que iba a hacer... inventando esta historia con el propósito de devolverme el contrato otra vez a mí, el capitán de esta nave sentiría un gran placer en arrestarlo a una orden mía. Y, tan pronto como arribáramos a Armonía, sería juzgado.

Un ligero temblor frío recorrió la espalda de Donal.

—Una Selecta de Kultis jamás mentiría bajo juramento —indicó—. Ella...

—No existe ningún motivo para que Anea se vea involucrada en esta situación —comentó William—. Se podría arreglar de manera conveniente sin su presencia. Mi palabra contra la suya.

Donal permaneció en silencio. William volvió a sonreír.

—Ya ve —resumió William— lo que quiero que entienda. No sólo es usted banal, sino un estúpido.

—¡Señor! —La palabra salió disparada de los labios de Donal. William hizo un gesto displicente con la mano.

—Guárdese sus iras Dorsai para alguien a quien puedan impresionar. Sé, al igual que usted, que no piensa atacarme. Tal vez, si usted fuera un tipo de Dorsai distinto..., pero no lo es. Como ya le he dicho, es banal y estúpido. Acepte estas afirmaciones como los hechos evidentes que son; entonces podremos hablar de negocios.

Miró a Donal que no dijo ni una palabra.

—Muy bien —prosiguió William—. Usted vino a verme con la esperanza de que yo pudiera encontrarle de alguna utilidad. Y, da la casualidad, de que es así. Anea, como es obvio, es, simplemente, una jovencita alocada..., pero, en beneficio de ella tanto como el mío, ya que soy quien ha contratado sus servicios, nos ocuparemos de que no se meta en problemas serios. Ahora bien, ella ya ha confiado en usted una vez, y tal vez vuelva a hacerlo. Si esto ocurriera... bajo ningún concepto la rechace. Y, con el fin de que usted esté disponible para esas confianzas —William sonrió nuevamente, y con bastante buen humor esta vez—, creo que le asignaré un puesto como Jefe de Unidad, bajo las órdenes del comandante Hugh Killien, una vez que lleguemos a Armonía. No hay ningún motivo para que su carrera militar esté reñida con los servicios que usted me pueda prestar.

—Gracias, señor —repuso Donal.

—No es nada... —Una campana resonó desde un altavoz oculto en la pared—. Ah..., el cambio de fase será en cinco minutos —William cogió una cajita de plata de la mesa que había al lado de sus pies y la abrió—. ¿Ha tomado su medicación ya? Si no es así, sírvase una.

Extendió la caja a Donal.

—Gracias, señor —dijo Donal lentamente—. Ya la he tomado.

—Entonces —replicó William, sacando una pastilla blanca y cerrando la caja—, creo que eso es todo.

—Eso mismo creo yo, señor —observó Donal.

Con una inclinación de cabeza, salió de la cabina. Una vez fuera, sólo se detuvo el tiempo suficiente para tomar una de sus pastillas de fase y se encaminó hacia su propia cabina. De camino, se detuvo en la biblioteca de la nave y repasó el carrete que mencionaba a la Primera Iglesia Disidente de Armonía; esto le retrasó tanto que cuando atravesaba la puerta que le llevaría a su sección tuvo lugar el cambio de fase.

Durante los cambios anteriores que se experimentaron en el viaje desde que saliera de los Dorsai, permaneció prudentemente dormido; pero ya había aprendido años atrás la sensación que generaban, además, había tomado la medicación. El cambio acabó antes de que realmente hubiera comenzado. De hecho, se realizó en un intervalo de tiempo imposible de ser medido. Sin embargo, *había* ocurrido; y una parte analítica e irreductible de sí mismo *supo* y recordó que había sido despedazado hasta los elementos más fraccionales de su ser, siendo diseminado por el vasto universo y reunido y montado otra vez en algún punto arbitrario a años luz del lugar en que se había consumado su destrucción. Fue este recuerdo, y no el cambio en sí, el que hizo que vacilara durante un corto espacio, antes de que reemprendiera su firme marcha hacia el camarote. Y esa memoria permanecería siempre con él.

Continuó bajando por el corredor; no obstante, aún no habían terminado las presiones del día. Cuando llegó al final de la sección, Anea surgió del cruce de los pasillos: una réplica exacta del sitio en que la encontrara por primera vez antes. Sus ojos verdes llameaban.

—¡Ha estado con él! —exclamó ella, cerrándole el paso.

—He estado... oh, con William —repuso.

—No lo niegue.

—¿Por qué habría de hacerlo? —Donal la contempló perplejo—. No creo que sea algo que deba mantener en secreto.

Ella lo observó con ira.

—¡Oh! —gritó—. No le importa nada, ¿verdad? ¿Qué hizo... con lo que le di?

—Se lo devolví a su propietario, por supuesto —indicó Donal—. Era la única medida razonable que podía tomar.

De repente, ella se puso tan pálida que Donal estuvo a punto de abrazarla, convencido de que se desmayaría. Pero ella no hizo nada tan femenino. Sus ojos, cuando lo contemplaron, tenían una mirada de asombro enorme.

—¡Bien! —Respiró—. Usted es... un traidor. ¡Mentiroso!

Y antes de que pudiera moverse o decir algo que la detuviera, ella giró como un remolino y corrió por el corredor en la dirección por la que él había venido.

Con una especie de infelicidad —ya que, a pesar de la baja opinión que tenía del sentido común de Anea, había esperado que ella escuchara su explicación—, emprendió de nuevo su solitaria marcha hacia su cabina. Recorrió el resto del camino sin encontrarse con nadie. Los corredores, inmediatamente después del cambio de fase, estaban vacíos de pasajeros.

Lo único que escuchó fue el sonido de alguien enfermo cuando pasó delante de un camarote; alzó la vista y reconoció el número de su puerta como el mismo que acababa de mirar en su reciente visita a la biblioteca.

Era la habitación de ArDell Montor; y los ruidos con toda seguridad provenían de él: sin los efectos de la medicina y atormentado por el período del cambio de fase, estaba librando su propia batalla solitaria con el universo.

Jefe de Unidad

—Muy bien, caballeros —dijo Hugh Killien.

Erguido, confiado e imponente con su traje de campaña de camuflaje, tenía apoyadas las puntas de los dedos de su mano derecha en la superficie ligeramente redonda del visor de mapas que había delante suyo.

—Si se acercan hasta el visor de aquí... —comenzó.

Los cinco jefes de unidad avanzaron hasta que los seis se encontraron agrupados alrededor del metro cuadrado del visor. La iluminación del refugio en el que se hallaban se mezclaba con la que emitía el visor, por lo que Donal, contemplando a los oficiales en derredor suyo, no pudo evitar el pensamiento de unos hombres atrapados, entre cólera y cólera, en algún pequeño rincón de ese infierno del que el enlace con el Jefe de la Primera Iglesia Disidente había hablado tan elocuentemente, hacía sólo unas horas, en la misa anterior a la batalla.

—... Nuestra posición es ésta —continuó Hugh—. Como su comandante, les garantizo que es una posición perfectamente sostenible, y que el avance que tenemos pensado realizar no viola bajo ningún aspecto el Código de los Mercenarios. Ahora bien —agregó con más energía—, como pueden ver, ocupamos una zona de cinco kilómetros de ancho y tres de profundidad, situada entre estas dos sierras. El Segundo Comando de la Unidad de Batalla 176 está a nuestra derecha, y el Cuarto Comando de Batalla a nuestra izquierda.

«Nuestro movimiento requiere que los Comandos Segundo y Cuarto mantengan totalmente su posición en nuestros dos flancos, mientras nosotros avanzamos con el sesenta por ciento de nuestras tropas y capturamos un pequeño pueblo que se llama La Fe Nos Salvará, que está emplazado *aquí...*». Su dedo índice señaló la imagen en el mapa.

«... A unos cuatro kilómetros de distancia de nuestra posición actual. Utilizaremos tres de nuestras cuatro unidades, la de Skuak, White y Graeme; y cada Unidad se dirigirá por caminos separados al objetivo. Todos ustedes llevarán su propio mapa. En los primeros mil doscientos metros hay un bosque; después, tendrán que cruzar un río, que tiene unos cuarenta metros de ancho, pero que Inteligencia nos asegura que es vadeable en esta época del año, con una profundidad máxima de un metro veinte centímetros. Una vez que lo atraviesen, se encontrarán otra vez con un bosque que pierde paulatinamente su densidad a medida que llega al borde mismo del pueblo. Empezaremos la marcha en veinte minutos. Dentro de una hora amanecerá, y quiero que las tres unidades hayan cruzado el río antes de que el sol salga por completo. ¿Alguna pregunta?»

—¿Qué se sabe de la actividad enemiga en la zona? —preguntó Skuak. Era un cassidano fuerte y fornido, que tenía aspecto de mongol, aunque su ascendencia era esquimal—. ¿Qué tipo de oposición podemos esperar?

—Inteligencia dice que sólo patrullas. Posiblemente una pequeña unidad

defendiendo el pueblo. Nada más —Hugh miró el círculo de caras que había a su alrededor—. Esto será como coser y cantar. ¿Alguna otra pregunta?

—Sí —repuso Donal, que había estado estudiando el mapa—. ¿Qué clase de incompetente militar decidió enviarnos únicamente con el sesenta por ciento de las tropas?

La atmósfera en el refugio se congeló súbitamente. Donal alzó los ojos y se encontró con los de Hugh Killien, desde el otro lado del visor, en los suyos.

—Da la casualidad —comentó el comandante, marcando sus palabras— que se lo sugerí yo al Estado Mayor, Graeme. Tal vez usted lo haya olvidado —y estoy seguro de que ninguno de los otros Jefes de Unidad lo ha hecho—, pero ésta es una campaña de demostración, para enseñarle a la Primera Iglesia Disidente que valemos nuestro precio.

—No creo que eso incluya arriesgar la vida de cuatrocientos cincuenta hombres —respondió Donal con frialdad.

—Graeme —observó Hugh—, usted es un oficial novato aquí; y yo soy comandante. Debería saber que no tengo por qué explicarle mi estrategia a usted. Pero, para que su mente se relaje, le diré que Inteligencia nos ha dado luz verde para enfrentarnos a la actividad enemiga en la zona.

—Aún así —insistió Donal—, ¿por qué tomar riesgos innecesarios?

Hugh suspiró exasperado.

—Ciertamente, no tendría que darle lecciones de estrategia —dijo mordazmente—. Creo que abusa del derecho que le concede el Código para cuestionar las decisiones del Estado Mayor. Sin embargo, y para acabar de una vez, hay una buena razón para que utilicemos el mínimo número de hombres. Nuestro ataque principal al enemigo será por esta zona. Si avanzáramos con todas nuestras tropas, el ejército Ortodoxo Unido inmediatamente reforzaría sus defensas. Mas, si lo hacemos de esta manera, dará la impresión de que nuestro avance está motivado por la ocupación de una zona de nadie natural en el frente. Una vez que nos apoderemos del pueblo, los Comandos Segundo y Cuarto podrán filtrarse para reforzarnos, momento en el que nos encontraremos en una inmejorable posición para montar un ataque en gran escala a las llanuras de abajo. ¿Responde eso a su pregunta?

—Sólo parcialmente —replicó Donal—. Yo...

—¡No tiene mi paciencia! —exclamó el freilandés—. Tengo cinco campañas en mi haber, Jefe de Unidad. No arriesgaría mi propio cuello metiéndolo en una soga. Yo mismo dirigiré la unidad de White y le dejaré a él al mando de esta zona. Usted, Skuak y yo llevaremos el asalto. ¿Está satisfecho *ahora*? Por supuesto, ante eso no se podía replicar nada. Donal inclinó la cabeza en señal de aceptación y la reunión se disolvió. No obstante, de regreso con Skuak al sitio donde estaba acampada su unidad, Donal se sintió lo suficientemente dubitativo como para plantearle otra pregunta al cassidano.

—¿Cree *usted* que me estoy alarmando ante nada? —inquirió Donal.

—¡Huh! —Gruñó Skuak—. Es responsabilidad de él. Supongo que sabe lo que hace.

Y, con esas palabras se separaron, cada uno a dirigir a sus hombres.

Cuando llegó a su unidad, Donal encontró que sus Jefes de Grupo ya habían reunido a sus hombres. Estaban en posición de firmes y formaban en tres filas de cincuenta hombres cada una, con un Jefe Superior de Grupo y un subalterno a la cabeza de cada fila. El Jefe Superior de Grupo de más rango, un veterano de Ceta, alto y delgado, llamado Morphy, le acompañaba en la inspección de los hombres.

Constituían una buena unidad, pensó Donal mientras los contemplaba. Hombres bien entrenados, con experiencia en la batalla, aunque, bajo ningún aspecto, fueran tropas de élite, ya que habían sido elegidos al azar por los Jefes de la Primera Iglesia Disidente... La única prerrogativa de William fue la elección de los oficiales para la Unidad de Batalla en la demostración de combate que harían. Todos los soldados se equipaban con una pistola y un cuchillo, aparte del armamento regular; pero éstos eran hombres de infantería, y su arma fundamental era el rifle de muelle. Si se analizaba arma por arma, cualquier asesino de callejón de cualquier gran ciudad estaba mejor equipado que ellos, con armas de fuego más modernas; pero la cuestión fundamental del armamento moderno no era superar en cantidad al enemigo, sino utilizar armas que éste no pudiera anular. Las armas químicas y de radiación podían ser manipuladas fácilmente desde lejos. De ahí que se empleara el rifle de muelle, con su cargador de cinco mil agujas y su pequeño y compacto mecanismo no metálico, que podía disparar una aguja a un blanco del tamaño de un hombre a mil metros de distancia en una ráfaga continua, con una exactitud matemática.

Sin embargo, pensó Donal, mientras caminaba entre los hombres silenciosos en la leve oscuridad que antecede al amanecer, incluso los rifles de muelle podrían ser anulados cualquier día. Con el tiempo, el armamento del soldado de infantería quedaría reducido de nuevo al cuchillo y a la espada corta. Y, nuevamente, se pondría énfasis en la preparación y destreza del soldado individual. Ya que, tarde o temprano, sin importar las fantásticas armas de largo alcance de que se dispusiera, el terreno mismo tendría que ser tomado... y para ello siempre se necesitaría al hombre de las primeras líneas.

Donal volvió a ponerse enfrente de ellos.

—Descansen, soldados —dijo—. Pero no rompan filas. Que vengan todos los Jefes de Grupo hasta aquí.

Se apartó para no ser escuchado por los soldados en formación y los Jefes de Grupo le siguieron. Se acucillaron formando un círculo y él les impartió las ordenes del Estado Mayor que acababa de recibir de Hugh, pasándoles a cada uno un mapa.

—¿Alguna pregunta? —inquirió, igual que Hugh les había preguntado a sus Jefes de Unidad.

No hubo ninguna. Esperaron que él continuara. Él, a su vez, miró lentamente en derredor suyo, calibrando a estos hombres de quienes dependería su comando.

Había tenido la oportunidad de conocerlos mejor durante las tres semanas previas a este amanecer. Los seis que le miraban representaban, en escala reducida, las diferentes reacciones que su nombramiento como Jefe de Unidad había provocado en toda la tropa. De los ciento cincuenta hombres bajo su mando, unos pocos dudaban de su capacidad debido a su juventud y falta de experiencia en el combate. Un número más grande se mostraba abiertamente más contento a causa de la reputación de los Dorsai. Y sólo quedaba en contra un grupo muy reducido, formado por ese tipo de hombres que se rebelan automáticamente, de hombre a hombre, siempre que entran en contacto con otro individuo al que sitúan en una posición mejor que la suya. Son los que, instintivamente, se oponen a los gigantes. A este tipo pertenecía el Jefe Superior del Tercer Grupo, un ex minero de Coby llamado Lee. Incluso acucillado ahora en este círculo, a pocos minutos de entrar en acción, miraba los ojos de Donal con un ligero aire de desafío, reforzado por su propia imagen: su oscuro cabello cortado a cepillo y erizado en la penumbra, su huesuda mandíbula cerrada con firmeza. Tales hombres eran elementos alborotadores en potencia a menos que se les encargara una responsabilidad que los contuviera. Donal revisó su intención original de avanzar con el Tercer Grupo.

—Nos separaremos en unidades de patrulla formadas por veinticinco hombres cada una —dijo—. Un Jefe de Grupo, Superior o Subalterno, irá con cada unidad. Avanzarán separadamente como unidades independientes, y si se encuentran con una patrulla enemiga, lucharán solas. No quiero que ninguna unidad vaya al rescate de otra. ¿Queda claro?

Asintieron. Estaba claro.

—Morphy —continuó Donal, volviéndose al delgado Jefe Superior de Grupo—. Quiero que usted vaya con la unidad de Lee, que marchará en la retaguardia. Lee avanzará con la mitad de la unidad por delante de usted. Chassen... —Miró al Jefe Superior del Segundo Grupo—, usted y Zolta ocuparán la posición tercera y cuarta desde la retaguardia. Quiero que usted vaya personalmente en la cuarta. Suki, como Subalterno del Primer Grupo, marchará delante de Chassen y justo detrás de mí. Yo conduciré la primera mitad del Primer Grupo en la vanguardia.

—Jefe —intervino Lee—. ¿Cómo estableceremos las comunicaciones?

—A través de señales de mano y por la voz. Y eso es todo. No quiero que ninguno de ustedes se acerque a nadie para facilitar la comunicación. Habrá un espacio mínimo de veinte metros entre cada unidad —Donal miró de nuevo en derredor suyo—. Nuestra misión es penetrar en el pueblo tan rápida y silenciosamente como nos sea posible. Luchen si no les queda otra salida; y retírense tan pronto como puedan.

—Según Inteligencia, éste será un paseo dominical —repuso Lee.

—Yo no opero de acuerdo con los rumores —replicó Donal llanamente, buscando los ojos del ex minero—. Tomaremos todas las precauciones. Ustedes, Jefes de Grupo, serán los responsables de que sus hombres estén equipados con todo lo

necesario, incluido un botiquín.

Lee bostezó. No fue un gesto de insolencia... no del todo.

—Muy bien —dijo Donal—. Regresen a sus Grupos.

Los hombres se separaron.

Unos minutos más tarde el sonido casi inaudible de un silbato recorrió cada unidad; emprendieron la marcha. Aún no había amanecido, pero las copas de los árboles a su espalda se hicieron más claras.

Los primeros mil doscientos metros a través del bosque, aunque los recorrieron con la suficiente precaución, resultaron ser como Lee había dicho: un paseo dominical. Cuando Donal, en la vanguardia, conduciendo la primera mitad del Primer Grupo, llegó al borde del río, la situación se hizo más tensa.

—¡Exploradores! —ordenó.

Dos nombres del Grupo se introdujeron en las aguas tranquilas y, con los rifles en alto, vadearon el espacio gris hasta la otra orilla. El destello de sus rifles en un movimiento circular, les indicó que todo estaba tranquilo; Donal condujo al resto de los hombres a través del agua.

Una vez que llegaron a la otra orilla, envió exploradores en tres direcciones —adelante y a ambos lados de la playa—, y esperó hasta que Suki y sus hombres aparecieron por la margen opuesta del río. Luego, cuando sus exploradores regresaron sin haber visto ninguna señal del enemigo, Donal los distribuyó en formación de escaramuza y continuó su avance.

El día transcurría con rapidez. Marchaban cincuenta metros y mandaban exploradores delante, y volvían a avanzar cuando les llegaba la señal de que el terreno estaba limpio. Continuaron así la incursión sin tener ningún contacto con el enemigo. Poco después de una hora, con el enorme disco anaranjado de E. Eridani suspendido blandamente sobre el horizonte, Donal observó por detrás de unos matorrales una villa pequeña, con señales evidentes de batalla y silenciosa como una tumba.

Cuarenta minutos más tarde, las tres Unidades del Tercer Comando de Batalla 176 estaban reunidas, cavando trincheras alrededor del pueblecito llamado La Fe Nos Salvará.

No descubrieron a ningún habitante. Tampoco habían tenido ningún enfrentamiento con el enemigo.

Jefe de Unidad II

El nombre del Jefe de Unidad Graeme era basura para sus hombres.

El Tercer Comando, al menos la parte que estaba metida en las trincheras alrededor del pueblo, no intentaba ocultarle este hecho. Si se hubiera mostrado más sensible a las opiniones que tenían de él, incluso se lo habrían demostrado con claridad. Pero había algo en su completa indiferencia hacia su actitud que frenaba el desprecio manifiesto que sentían. No obstante, los ciento cincuenta hombres que fueron obligados por él a acercarse al pueblo bajo el esfuerzo que suponía trasladar todo el equipo y mantener la máxima seguridad, y los otros trescientos que avanzaron de manera más relajada pero que se felicitaban por no estar a las órdenes de un oficial como ése, estaban de acuerdo en que la opinión que tenían de Donal ya no podía ser peor. Sólo hay una cosa que los veteranos odien más que sudar inútilmente en la guarnición, y ésta es sudar innecesariamente en el campo. Había corrido el rumor de que el trabajo del día iba a ser como un paseo dominical. Y así *boina* sido, excepto para aquellos que servían a las órdenes directas de un joven oficial Dorsai novato, de nombre Graeme. Los hombres no estaban contentos.

Durante el crepúsculo, cuando la última luz del sol se desvanecía a través de los tupidos árboles, que no eran sino la mutación local de las coníferas terrestres que habían sido importadas cuando el planeta fue terraformado, llegó un mensajero corriendo desde la posición de Hugh, en los Cuarteles Generales del Comando, justo fuera del pueblo enemigo. Encontró a Donal sentado a horcajadas en un tronco caído; estudiaba un mapa de la zona.

—Comunicado del cuartel —dijo el mensajero, acuclillándose al lado del tronco.

—Póngase de pie —ordenó Donal. El enlace se incorporó—. Ahora dígame cuál es el mensaje.

—Los Comandos Segundo y Tercero no se pondrán en marcha hasta la mañana —transmitió resentido el corredor.

—Mensaje recibido —repuso Donal, despidiéndolo con un gesto.

Éste dio media vuelta y se marchó rápidamente.

Una vez solo, Donal siguió estudiando el mapa hasta que la luz desapareció. Luego lo dejó a un lado, sacó un pequeño silbato negro de su bolsillo y emitió las notas precisas para llamar a su Jefe Superior de Grupo de mayor rango.

Un momento más tarde, una silueta delgada se recortó contra el cielo que apenas se discernía por encima de las copas de los árboles.

—Morphy, señor. A sus órdenes —le llegó la voz de su Jefe Superior de Grupo.

—Sí... —observó Donal—. ¿Están todos los centinelas apostados, Jefe de Grupo?

—Sí, señor —el tono de Morphy no tenía ninguna inflexión.

—Bien. Quiero que permanezcan en constante alerta. Y ahora, Morphy...

—¿Sí, señor?

—¿A quién tenemos en la Unidad que posea un buen sentido del olfato?

—¿Del olfato, señor?

Donal simplemente esperó.

—Bien, señor —replicó al fin Morphy con lentitud—. Está Lee, que casi creció en las minas, donde uno prácticamente está obligado a tener un buen sentido del olfato. Me refiero a las minas de Coby, Jefe de Unidad.

—Supuse que se refería a esas minas —subrayó con sequedad Donal—. Haga que venga Lee.

Morphy extrajo su propio silbato y llamó al Jefe Superior del Tercer Grupo. Esperaron.

—Está en el campamento, ¿verdad? —preguntó Donal después de un rato—. Quiero que todos los hombres que no estén de guardia permanezcan dentro del campo de acción del silbato.

—Sí, señor —replicó Morphy—. Llegará en un momento. Sabe que soy yo el que le ha llamado. Cada uno tiene asignado un sonido diferente con estos silbatos y, pasado un tiempo, se los reconoce como si fueran voces.

—Jefe de Grupo —indicó Donal—. Le estaría muy agradecido si no sintiera la necesidad de aclararme cosas que ya conozco.

—Sí, señor —contestó Morphy.

Otra sombra se recortó en la oscuridad.

—¿Qué ocurre, Morphy? —inquirió Lee.

—Quería verle —se anticipó Donal, antes de que el Jefe Superior de Grupo tuviera la oportunidad de responder—. Me ha dicho Morphy que usted tiene un buen sentido del olfato.

—Me las arreglo bien —afirmó Lee.

—¡Señor!

—Me las arreglo bien, señor.

—Muy bien —aceptó Donal—. Quiero que los dos le echen un vistazo a este mapa. Observen con atención. Lo iluminaré con una luz —encendió una pequeña linterna y la ocultó con la mano. El mapa quedó ante sus ojos sobre el tronco—. Miren este punto —indicó Donal—. A tres kilómetros de nuestra posición. ¿Saben qué es?

—Un valle pequeño —dijo Morphy—. Está más allá del emplazamiento de nuestros centinelas.

—Iremos allí —observó Donal. Apagó la luz y se incorporó del tronco.

—¿Nosotros? ¿Nosotros, señor? —Era la voz de Lee.

—Nosotros tres —repuso Donal—. En marcha.

Abrió el camino, adentrándose en la oscuridad con pie seguro.

Mientras atravesaban el bosque, le agradó descubrir que los dos Jefes de Grupo marchaban casi con el mismo silencio que él. La primera milla la recorrieron lenta y precavidamente; luego notaron que el terreno se elevaba.

—Muy bien. Cuerpo a tierra y avancen con cuidado —dijo Donal en voz baja.

Los tres hombres se tumbaron boca abajo y, con movimientos diestros, se arrastraron hacia la cima de la pendiente. La ascensión les llevó media hora, pero, pasado ese tiempo, yacían uno al lado del otro en el borde de la cresta observando un pozo de negrura que era un pequeño y escondido valle debajo de ellos. Donal tocó a Lee en el hombro y, cuando el otro volvió su rostro hacia él en la oscuridad, se llevó la mano hacia su propia nariz, luego señaló el valle e hizo unos gestos para indicarle a Lee que olfateara. Lee volvió a observar el valle y permaneció inmóvil varios minutos, aparentemente sin hacer nada. Sin embargo, pasado ese lapso, de nuevo giró en dirección de Donal y asintió. Donal les indicó que bajaran la pendiente.

Donal no hizo ninguna pregunta, y los dos Jefes de Grupo no emitieron ni una sola palabra hasta que no se encontraron a salvo una vez más dentro de las líneas de sus puestos de guardia. Entonces Donal se volvió hacia Lee.

—Bien, Jefe de Grupo —inquirió—. ¿Qué olió?

Lee vaciló. Su voz, cuando le respondió, tenía una nota de incertidumbre.

—No lo sé, señor —repuso—. Era algo... como acre. A duras penas pude distinguirlo.

—¿Eso es lo mejor que me puede decir? —preguntó Donal—. ¿Algo acre?

—No lo sé, señor —señaló Lee—. Tengo un buen olfato, Jefe... de hecho —una nota de beligerancia marcó su voz—, tengo un olfato muy bueno. Nunca antes había oído algo similar. Lo recordaría.

—¿Alguno de ustedes estuvo contratado anteriormente en este planeta?

—No —replicó Lee.

—No, señor —indicó Morphy.

—De acuerdo —dijo Donal. Habían llegado hasta el mismo tronco desde el que partieran hacía menos de tres horas—. Bien, eso es todo. Gracias, Jefes de Grupo.

Volvió a sentarse sobre el tronco. Los otros dos dudaron un momento, luego se marcharon juntos.

Una vez solo, Donal consultó de nuevo el mapa, permaneciendo pensativo un rato. Luego se puso de pie y buscó a Morphy, al que le ordenó que se hiciera cargo de la Unidad y que permaneciera despierto mientras él se marchaba al Cuartel General. Entonces se fue.

El Cuartel General del Comando era un refugio temporal en el que estaba un ordenanza somnoliento, un visor de mapas y Skuak.

—¿Dónde está el comandante? —preguntó Donal cuando entró.

—Se marchó a dormir hace tres horas —repuso Skuak—. ¿Qué hace usted despierto? Yo no lo estaría si no tuviera guardia.

—¿Dónde duerme?

—A unos diez metros más allá de los matorrales, a treinta grados al noroeste —dijo Skuak—. ¿Qué ocurre? ¿Va a despertarlo?

—Quizá todavía no se haya dormido —contestó Donal y salió.

Fuera del refugio y del pequeño claro donde estaba emplazado el Cuartel General, marchó con sigilo al lugar que le había indicado Skuak. Encontró una hamaca de campaña tendida entre dos árboles y vio la forma de un hombre debajo de la manta térmica. Pero cuando Donal extendió su mano para posarla sobre el hombro de la silueta, sólo encontró la suavidad de la tela de una chaqueta doblada.

Donal soltó el envoltorio vacío y dio media vuelta. Retornó por el mismo camino y salió de la zona del Cuartel General del Comando, dirigiéndose al pueblo, momento en que fue detenido por un centinela.

—Lo siento, Jefe —le dijo el centinela—. Son órdenes del comandante. Nadie puede entrar en el pueblo, y eso le incluye a él mismo. Es por si hay trampas explosivas.

—Oh, sí... gracias, centinela —aceptó Donal y, dando media vuelta, se interno en la oscuridad.

Tan pronto como desapareció de la vista del centinela, de nuevo giró y se abrió camino más allá del puesto de guardia hacia las casas del poblado. La pequeña pero brillante luna que los armonitas habían bautizado como El Ojo del Señor, flotó en el cielo, lanzando por entre las agrietadas paredes cambiantes reflejos de plata y negro. Se ocultó en los rincones dominados por la sombra y, con paciencia, comenzó su búsqueda, casa por casa y edificio por edificio.

Fue un proceso arduo y lento, y lo realizó en completo silencio. La luna ya estaba en lo más alto del cielo. Aproximadamente cuatro horas más tarde, encontró lo que estaba buscando.

En el centro del armaron de un pequeño edificio sin techo e iluminado por la luz lunar, estaba Hugh Killien, con su apariencia impecable y su aire de gran eficacia resaltado por su uniforme de batalla. Y cerca suyo —lo suficientemente próxima como para estar casi en sus brazos—, se encontraba Anea, la Selecta de Kultis. Detrás de ambos, y borroso gracias a la acción del polarizador que sin ninguna duda había sido el medio utilizado para que ella pasara sin que nadie la viera, había una pequeña plataforma voladora.

—... Amor —decía Hugh, con su resonante voz en tono tan bajo que apenas le llegó a Donal, aún oculto en las sombras fuera de la pared rota—. Mi amor, debes confiar en mí. Juntos podemos detenerlo; pero tienes que dejar que yo lleve este asunto. Su poder es tremendo...

—¡Lo sé, lo sé! —interrumpió ella con fiereza, a punto de soltar sus manos de las de él—. Pero cada día que pasa es más peligroso para ti, Hugh. Pobre Hugh... —Con ternura alzó la mano para acariciarle la mejilla—; a lo que te he arrastrado.

—¿Arrastrado? ¿A mí? —Hugh se rió con confianza—. Me involucre yo con los ojos bien abiertos —extendió el brazo para atraerla hacia sí—. Por ti...

—Ahora no es el momento para eso —comentó ella—. De todas formas, no lo

haces por mí. Es por Kultis. ¡No me usará —exclamó ardientemente— para que *mi* mundo quede bajo su poder!

—Por supuesto, es por Kultis —dijo Hugh—. Pero tú *eres* Kultis, Anea. Tú eres todo lo que amo de los exóticos. Sin embargo, no te das cuenta de que lo único que tenemos son tus sospechas. Tú *crees* que él intriga contra el Unificador, contra Sayona mismo. Mas ésa no es suficiente prueba para presentar en Kultis.

—¿Y qué puedo hacer? —gritó ella—. No puedo usar sus propios métodos en su contra. No puedo mentir, o engañar, o hacer que le sigan agentes, mientras posea mi contrato. No..., *no puedo*. ¡Es lo que significa ser una Selecta! —Cerró los puños—. Me frena mi propia mente, mi propio cuerpo —repentinamente se encaró con él—. ¡La primera vez que hablé contigo, hace dos meses, me dijiste que tenías evidencias!

—Estaba equivocado —el tono de Hugh resultó aplacador—. Algo me llamó la atención... pero me equivoqué. Yo también tengo mi propio sistema de moral interior, Anea. Tal vez no alcance el nivel de bloqueo psicológico del tuyo —se irguió, cobrando un aspecto marcial bajo la luna—, pero yo sé lo que es honorable y recto.

—Oh, ya lo sé. Lo sé, Hugh —su voz sonó triste—. Es que me desespero tanto. Tú no sabes...

—Si osó insinuarte algo personal...

—¿A mí? —Se puso rígida—. ¡No se atrevería! A una Selecta de Kultis... y, además —añadió con más sentido común del que Donal le había atribuido hasta ahora—, eso sería una estupidez. No ganaría nada con ello; y Kultis inmediatamente se pondría en guardia.

—No lo sé —Hugh frunció el ceño—. Es un hombre como otro cualquiera. Si yo pensara...

—¡Oh, Hugh! —De repente, ella se rió de manera entrecortada, como una colegiala—. ¡No seas absolutamente ridículo!

—¡Ridículo! —repitió herido.

—Oh, vamos..., no quise ofenderte. Hugh, deja de poner la cara de un elefante al que una abeja le ha picado en la trompa. No es necesario que imagines cosas. Él es demasiado inteligente para... —De nuevo se rió entre dientes, luego se calmó—. No, sólo debemos preocuparnos de su cabeza, no de su corazón.

—¿Te preocupas por mi corazón? —preguntó él en un susurro.

Ella bajó la vista al suelo.

—Hugh... me gustas —dijo—. Pero no entiendes. Una Selecta es un... símbolo.

—Si me quieres dar a entender que no puedes...

—No, no, no me refiero a eso... —Alzó los ojos rápidamente—. No tengo ningún bloqueo contra el amor, Hugh. Sin embargo, si me viera envuelta en algo..., algo pequeño y mezquino, implicaría a todos aquellos que aún viven en Kultis, para los que una Selecta significa mucho... ¿Lo entiendes?

—Entiendo que soy un soldado —repuso—, y que nunca sé si tendré un mañana

o no.

—Lo sé —dijo ella—. Y encima te envían a misiones peligrosas como ésta.

—Mi querida y pequeña Anea —comentó cariñosamente—. Qué poco comprendes lo que significa ser un soldado. Me presenté voluntario para esta misión.

—¿Voluntario? —le observó con los ojos abiertos.

—Para buscar el peligro..., las oportunidades de probarme a mí mismo —expuso con vehemencia—. ¡Para crearme un nombre, y que todas las estrellas vieran que soy el tipo de hombre con el que una Selecta de Kultis querría estar!

—¡Oh, Hugh! —grito ella con una nota de entusiasmo—. ¡Si sólo pudieras...! Si te hicieras famoso. ¡Entonces sí que podríamos oponernos a él!

Se frenó, mirándola bajo la luz de la luna con una expresión tan patética que Donal, oculto en la sombra, estuvo a punto de reírse.

—¿Tienes que hablar siempre de política? —gritó él.

Pero Donal ya se había dado media vuelta. No tenía ningún sentido seguir escuchando su conversación. En silencio se alejó; una vez que estuvo fuera del alcance de sus oídos, se olvidó del ruido y avanzó con rapidez. Su búsqueda de Hugh le había llevado en ángulo recto a través del poblado, por lo que ahora se encontraba bastante más cerca del emplazamiento de su propia unidad. La breve noche del continente norte de Armonía comenzaba a tornarse levemente gris, dando paso al amanecer. Se encaminaba hacia su propio campamento cuando le laceró la fría sensación de una de sus sospechas, basadas en su intuición.

—¡Alto! —gritó uno de sus centinelas cuando Donal dejó atrás las casas y salió a un claro—. Alto y diga... ¡señor!

—¡Venga conmigo! —espetó Donal—. ¿Dónde se encuentra el campamento del Tercer Grupo desde aquí?

—Por esta dirección, señor —respondió el hombre, indicando el camino y trotando para mantener el paso de las largas zancadas de Donal.

Salieron al emplazamiento del Tercer Grupo. Donal se llevó su silbato a los labios y silbó llamando a Lee.

—¿Qué...? —masculló la dormida voz a unos seis metros de distancia. Una hamaca osciló y descargó la huesuda figura del ex minero—. ¿Qué demonios... señor?

Donal se le acercó y con ambas manos le dio la vuelta hasta que quedó de frente al territorio enemigo y en la misma dirección por la que soplaba la brisa.

—¡Olfatee! —ordenó.

Lee parpadeó, se rascó la nariz con el puño cerrado y contuvo un bostezo. Respiró varias veces profundamente, llenando sus pulmones, y las aletas de su nariz se abrieron... súbitamente se despertó por completo.

—Lo mismo, señor —dijo volviéndose hacia Donal—. Esta vez más fuerte.

—¡Muy bien! —Donal se dirigió al centinela—. Lleve un mensaje a los Jefes Superiores de Grupo de las Unidades Primera y Segunda. Que sus nombres se suban

a los árboles, bien alto, y que ellos también lo hagan.

—¿Árboles, señor?

—¡Haga lo que le digo! ¡Quiero que todos los hombres de esta unidad se encuentren a doce metros del suelo en diez minutos... *con* sus armas! —El centinela dio la vuelta para marcharse—. Si aún le queda tiempo después de entregar el mensaje, intente transmitirlo al Cuartel General del Comando. Si ve que no puede, súbase a un árbol. ¿Entendido?

—Sí, señor.

—¡Entonces váyase!

Donal giró sobre sus talones y comenzó a despertar a los dormidos soldados del Tercer Grupo, sacándolos de sus hamacas y diciéndoles que se subieran a los árboles. La operación no se realizó en diez minutos. Habían pasado casi veinte antes de que estuvieran todos por encima del suelo. Un grupo de colegiales Dorsai lo habría hecho en la cuarta parte del tiempo que necesitaron ellos. Sin embargo, pensó Donal subiéndose al fin a un árbol, lo habían hecho dentro del límite, y eso era lo que contaba.

Él no se detuvo a la altura en que se hallaban sus hombres. De manera automática, mientras sacaba a sus soldados de las hamacas, localizó el árbol más alto de la zona; y por éste continuó su ascensión hasta que logró una visión clara por encima de la vegetación del lugar. Se cubrió los ojos del sol que salía y miró hacia territorio enemigo, escrutando el follaje.

—¿Y ahora qué hacemos? —Flotó la voz enfadada de alguien que se encontraba por debajo de su posición. Donal se quitó la mano de la frente y bajó la cabeza.

—Jefe Superior de Grupo Lee —dijo en voz baja pero que todo el mundo escuchó—. Dispárele al próximo hombre que abra la boca y que no haya sido autorizado previamente por usted o por mí. Es una orden directa.

De nuevo alzó la cabeza, esta vez acompañado por un silencio total, y volvió a escrutar el terreno.

El secreto de la observación es la paciencia. No vio nada, pero continuó sentado sin mirar nada en particular, abarcando todo el paisaje; después de cuatro minutos lentos obtuvo el premio en la forma de un ligero movimiento que se registró en su retina. No se esforzó en localizarlo, y gradualmente, como si fueran figuras que cobraran nitidez en una película, fue consciente del sigiloso avance de un grupo de hombres que se aproximaba al campamento.

Se inclinó otra vez entre las ramas.

—No disparen hasta que suene mi silbato —susurró en voz aun más baja que antes—. Pasen la orden... sin hacer ruido.

Escuchó —parecía el murmullo del viento en las ramas— cómo la orden era transmitida hasta que llegó al último soldado del Tercer Grupo y, suponía, también al Segundo y Primero.

Las pequeñas figuras, uniformadas con trajes de camuflaje, continuaron su

avance. Observándolas desde el refugio que le brindaban las hojas, distinguió una pequeña cruz negra cosida en la manga derecha de cada uniforme. Eran tropas de élite de la Iglesia Ortodoxa Unida, soldados extraordinarios y fanáticos. Al mismo tiempo que su mente reconocía ese hecho, aquellos hombres cargaron contra el campamento al unísono, lanzando aullidos que, segundos más tarde, pasaban a segundo término por el sonido metálico de las agujas de sus rifles de muelle cuando desgarraron el aire, la madera y la carne.

Aún no habían llegado hasta los árboles donde se ocultaba la unidad de Donal. Pero sus hombres eran mercenarios, y tenían amigos en el campamento que atacaba la élite ortodoxa. Los contuvo todo lo que pudo, incluso unos segundos más; y entonces, llevándose el silbato a los labios, sopló con la sordina quitada... emitiendo una nota que rebotó de uno a otro extremo del campamento.

Con ferocidad sus hombres abrieron fuego desde los árboles. Durante varios segundos reinó una confusión total en el suelo. No es fácil descubrir de inmediato desde qué dirección te están disparando con un rifle de agujas. Durante unos cinco minutos, los soldados ortodoxos lucharon bajo el engaño de que los rifles que los diezmaban provenían de una emboscada a nivel del suelo. Sin piedad dispararon contra todo lo que creyeron ver a la altura de sus ojos; cuando descubrieron su error, fue demasiado tarde. El fuego de ciento cincuenta rifles se concentró en su decreciente número; y si la puntería de uno solo de sus soldados era la de un Dorsai, la del resto resultó suficiente para la tarea encomendada. En menos de cuarenta minutos, desde el momento en que Donal despertó a sus hombres y les ordenara subirse a los árboles, la batalla había terminado.

El Tercer Grupo se deslizó de su posición por encima del terreno y uno de los primeros en bajar —un soldado llamado Kennebuc—, apoyó con tranquilidad el rifle en el hombro y atravesó con una aguja el cuello de un ortodoxo que se retorció a poca distancia en el suelo.

—¡Nada de eso! —gritó Donal con firmeza y claridad; su voz llegó a todo el campamento.

Un mercenario odia la matanza indiscriminada, ya que su trabajo no es liquidar hombres, sino ganar batallas. No sonó ningún disparo más. Tal hecho indicaba algo sobre el cambio significativo en la actitud de los hombres del Tercer Comando hacia un oficial nuevo que respondía al nombre de Graeme.

Por orden de Donal, los heridos de los dos bandos fueron agrupados, y aquellos que presentaban serias heridas fueron atendidos inmediatamente. La fuerza atacante había sido liquidada casi en su totalidad. Pero no sólo ellos sufrieron bajas. De los casi trescientos hombres que habían permanecido en el suelo cuando se produjo el ataque, todos, menos cuarenta y tres —y eso incluía al Jefe de Grupo Skuak—, habían sido bajas.

—Prepárense para retroceder —ordenó Donal y, en ese momento, el hombre que estaba ante él giró la cabeza y contempló algo detrás de Donal. Donal se volvió.

Saliendo del destrozado pueblo, pistola en mano, apareció el Comandante Killien.

En silencio, inmóviles, los soldados supervivientes del Comando lo observaron correr hacia ellos. Él se frenó ante sus miradas; buscó con los ojos a Donal. Caminando, se aproximó a unos metros del joven oficial.

—¡Bien, Jefe de Grupo! —espetó—. ¿Qué ocurrió? Informe.

Donal no le respondió directamente. Alzó la mano y señaló a Hugh; se dirigió a dos de los hombres enrolados en su unidad que estaban cerca suyo.

—Soldados —dijo—, arresten a ese hombre. Y prepárenlo para un juicio inmediato bajo el Artículo Cuatro del Código de los Mercenarios.

Veterano

Inmediatamente después de llegar a la ciudad, con el contrato cancelado en su bolsillo, y una vez que se aseó en la habitación de su hotel, Donal bajó dos plantas para hacerle una visita al Mariscal Hendrik Galt. Lo encontró en su aposento y concretó ciertos asuntos antes de marcharse a realizar la segunda visita a un hotel diferente en el otro extremo de la ciudad.

A pesar de sí mismo, sintió una ligera debilidad en las rodillas cuando anunció su presencia en el comunicador de la puerta. Fue una debilidad que la mayoría de los hombres hubieran comprendido: William, Príncipe de Ceta, era alguien al que pocas personas se hubieran enfrentado en su propio terreno; y Donal, a pesar de sus actos recientes, era todavía un hombre joven, muy joven. Sin embargo, fue invitado a pasar y, utilizando su expresión más ecuánime, penetró en la cámara.

William estaba ocupado ante su escritorio, igual que la última vez que lo viera Donal. Tal actitud no significaba afectación por su parte, como mucha gente entre las estrellas podía testificar. Muy rara vez un solo individuo consiguió en un día lo que William lograba en los negocios, diariamente, como si se tratara de un acto rutinario. Donal se aproximó hasta el escritorio y saludó con un gesto de la cabeza. William alzó los ojos.

—Me sorprende verlo —comentó.

—¿De verdad, señor? —dijo Donal.

William lo observó en silencio durante medio minuto.

—No cometo errores muy a menudo —repuso—. Quizá pueda consolarme la idea de que cuando los cometo su resultado es similar en magnitud a mis triunfos. ¿Qué especie de coraza inhumana lleva, joven, que le da la confianza de aparecer de nuevo ante mí?

—Posiblemente la coraza de la opinión pública —replicó Donal—. Se ha hablado de mí últimamente. Poseo un cierto nombre estos días.

—Sí —aceptó William—. Yo mismo conozco ese tipo de coraza por propia experiencia.

—Además —continuó Donal—, usted me mandó llamar.

—Sí —y, sin previo aviso, el rostro de William sufrió un cambio de expresión de tal salvajismo como nunca había visto Donal—. ¡Cómo se atreve! —rugió el hombre más viejo—. ¡Cómo se atreve!

—Señor —replicó Donal inexpresivamente—, no tuve otra alternativa.

—¡Ninguna alternativa! ¿Viene a verme y tiene el descaro de decirme que no tuvo... ninguna alternativa?

—Sí, señor —confirmo Donal.

William se puso de pie con rapidez y agilidad. Rodeó el escritorio y se enfrentó cara a cara con Donal, alzando los ojos un poco para que penetraran en los del joven y alto Dorsai.

—¡Le contraté para que cumpliera mis órdenes y nada más! —dijo fríamente—. Y usted, héroe de escaparate, lo estropea todo.

—¿Señor?

—Sí... *señor*. ¡Estúpido salvaje! ¿Quién le dijo que interfiriera con Hugh Killien? ¿Quién le ordenó que emprendiera alguna acción contra él?

—Señor —repuso Donal—, no tuve elección.

—¿No tuvo elección? ¿Por qué?

—Mi comando era de mercenarios —respondió Donal sin mover un músculo—. El comandante Killien nos garantizó la seguridad de acuerdo con el Código de los Mercenarios. No sólo su información resultó errónea, sino que él mismo falló en su comando mientras permaneció en el campo y en territorio enemigo. De manera indirecta, fue el responsable de la muerte de más de la mitad de sus hombres. Siendo el oficial de más rango allí presente, no tuve más elección que arrestarlo y juzgarlo.

—¿Un juicio en el mismo campo de batalla?

—Es el Código, señor —señaló Donal. Se detuvo—. Lamento que fuera necesaria su ejecución. La corte marcial no me dejó otra alternativa.

—¡Otra vez! —exclamó William—. ¡Ninguna alternativa! ¡Graeme, el espacio interestelar jamás pertenecerá a los hombres que no encuentran *alternativas*!.

Abruptamente dio media vuelta, rodeó el escritorio de nuevo y se sentó detrás de él.

—Muy bien —dijo con frialdad, sin rastro de pasión—. Márchese de aquí —Donal giró y se encaminó a la puerta cuando William cogió uno de los papeles que tenía enfrente suyo—. Deje su dirección en el comunicador —añadió William—. Le encontraré algún destino en otro planeta.

—Lamento, señor... —empezó Donal.

William alzó la vista.

—No se me ocurrió pensar que todavía me necesitaría. El Mariscal Galt ya me ha ofrecido otro destino —concluyó.

William siguió mirándole durante largo rato. Sus ojos eran tan fríos como los de un basilisco.

—Ya veo —dijo por fin con lentitud—. Bien, Graeme, quizá volvamos a mantener relaciones en el futuro.

—Espero que así sea —indicó Donal y salió de la habitación.

Pero, aún después de haber cerrado la puerta detrás suyo, creyó que todavía sentía los ojos de William atravesando el grueso panel.

Antes de que su deber en este planeta acabara, le quedaba una visita que realizar. Consultó el directorio que había en el pasillo y bajó una planta.

Por el comunicador le invitaron a pasar; y ArDell Montor, grande y desaliñado como siempre, sus ojos ligeramente empañados por la bebida, se unió a él a mitad de la

entrada.

—¡Usted! —exclamó ArDell, una vez que Donal le explicó lo que deseaba—. Ella no le verá a *usted* —encorvó sus pesados hombros, mirando a Donal; por un segundo sus ojos se despejaron. Algo triste y generoso emanó de ellos, pero fue reemplazado inmediatamente por un humor amargo—. Al zorro viejo no le gustará. Le preguntaré a ella si desea verlo.

—Dígale que deseo hablarle sobre un asunto que tiene que saber —indicó Donal.

—Lo haré. Espere aquí —ArDell salió del recinto.

Regresó unos quince minutos después.

—Suba —le informó—. A la *suite* 1890 —Donal se volvió a la puerta—. Supongo —le dijo el newtoniano casi con tristeza— que no volveremos a encontrarnos de nuevo.

—¿Por qué? Tal vez lo hagamos —respondió Donal.

—Sí —dijo ArDell. Miró a Donal penetrantemente—. Quizá sí. Quizá sí.

Donal salió y subió a la *suite* 1890. Se le abrió la puerta. Anea le esperaba, delgada y rígida, ataviada con uno de sus largos vestidos azules de cuello alto.

—¿Bien? —inquirió. Donal la contempló con cierta melancolía.

—Me odia de verdad, ¿no es así? —comentó.

—¡Usted le mató! —Centelleó ella.

—Oh, por supuesto —a pesar de sí mismo, la exasperación que ella siempre le producía surgió a la superficie—. Tuve que hacerlo... por su propio bien.

—¡Por mi propio bien!

Metió la mano en el bolsillo de su túnica y extrajo un pequeño indicador que permaneció apagado. Asombrado, comprobó que la habitación no estaba intervenida. Y luego pensó: por supuesto, siempre me olvido de quién es ella.

—Escúcheme —pidió—. Usted ha sido bellamente equipada por la selección genética y entrenada para ser una Selecta... pero sólo para ser eso. ¿Por qué no entiende que la intriga interestelar no es su fuerte?

—Interestelar... ¿De qué está hablando? —exigió ella.

—Oh, baje un momento de las alturas —dijo con expresión cansada... y con un tono más juvenil del que había usado desde que salió de su hogar—. William es su enemigo. Hasta ahí lo entiende perfectamente; pero lo que no comprende son sus razones, aunque piense que sí. Yo tampoco las conozco —confesó él—, no obstante, creo que tengo una idea aproximada. Pero si usted quiere confundirlo, lo que no tiene que hacer es seguir su juego. Haga el suyo. Sea la Selecta de Kultis. Como tal, usted es intocable.

—Si —cortó ella— no tiene nada más que decirme...

—Muy bien —dio un paso hacia ella—. Entonces, escúcheme. William intentaba comprometerla. Killien era su marioneta...

—¿Cómo se atreve? —explotó ella.

—¿Cómo me atrevo? —repitió él cansinamente—. ¿Hay alguien en esta

comunidad interestelar demente que no conozca esa frase y me la diga apenas verme? Me atrevo porque es la verdad.

—Hugh —espetó ella— era un hombre amable y honesto. ¡Un soldado y un caballero! No un... un...

—¿Mercenario? —inquirió él—. Pero lo era.

—Era un oficial de carrera —replicó con arrogancia—. Hay una diferencia.

—Ninguna —sacudió la cabeza—. No obstante, usted no entenderá que mercenario no es necesariamente la sucia palabra que alguien le enseñó que era. No importa. Hugh Killien era peor que cualquier calificativo que usted, erróneamente, pueda llamarme. Era un tonto.

—¡Oh! —Giró en redondo.

Él la cogió de un codo y le dio la vuelta. Ella se volvió con una expresión de asombro. Nunca se le había ocurrido pensar que él fuera tan fuerte. Ahora, la súbita consciencia de su propia indefensión física en sus manos la dejó en un repentino e inusual silencio.

—Será mejor que escuche la verdad —observó—. William la exhibió como un premio caro ante los ojos de Killien. Lo alimentó con la estúpida esperanza de que él podría tenerla..., a usted, la Selecta de Kultis. Hizo que usted pudiera visitar a Hugh aquella noche en la Fe Nos Salvará... sí —comentó ante su atónita expresión—, estoy al tanto de ello. Yo la vi con él. También se aseguró de que Hugh se encontrara con usted, de la misma forma que se aseguró del ataque de los soldados ortodoxos.

—No le creo... —articuló ella.

—No sea también estúpida —le dijo Donal desagradablemente—. ¿De qué otra manera se imagina que tan abrumadora fuerza de tropas ortodoxas de élite lograra atacar el campamento en el momento adecuado? ¿En qué otros hombres que no fueran los fanáticos soldados ortodoxos se podía pensar para que no dejaran que nadie escapara con vida? Se suponía que sólo un hombre lograría salvarse de ese ataque... Hugh Killien, quien entonces se encontraría en posición de reclamarla a usted como el héroe que era. ¿Se da cuenta ahora lo que vale su buena opinión?

—Hugh no hubiera...

—Hugh no lo hizo —interrumpió Donal—. Como ya le dije, era un tonto. Un tonto pero un buen soldado. William no necesitaba nada más. Sabía que Hugh sería lo suficientemente estúpido como para ir a encontrarse con usted, y lo suficientemente buen soldado para no suicidarse cuando viera que su comando era destruido. Le repito, habría regresado solo... como un héroe.

—¡Y usted descubrió toda esta trama! —Centelleó ella—. ¿Cuál es su secreto? ¿Una línea directa con el campamento ortodoxo?

—Resultó obvio dada la situación; un comando expuesto, un comandante concertando una inoportuna cita amorosa en el campo de batalla: todo hacía que el ataque fuera inevitable. Lo único que yo hice fue preguntarme qué clase de tropas usarían y cómo detectarlas. Los soldados ortodoxos sólo se alimentan con hierbas

nativas, preparadas al estilo nativo. El olor de la cocción se adhiere a sus uniformes. Cualquier veterano de alguna campaña en Armonía sería capaz de reconocer su presencia de la misma manera... si su nariz fuera lo suficientemente sensible y supiera dónde buscarlos. Y sólo había un lugar lógico...

—De todas formas —dijo ella con frialdad—, esto no tiene nada que ver con la cuestión. La cuestión es... —Repentinamente llameó ante él— que Hugh no era culpable. Usted mismo lo reconoció. ¡Era, de acuerdo con sus propias palabras, sólo un tonto! ¡Y usted hizo que le asesinaran!

Suspiró con cansancio.

—El comandante Killien —expuso él— fue ejecutado por el crimen de dirigir mal a sus tropas y abandonarlos en territorio enemigo. Fue por ello por lo que pagó con su vida.

—¡Asesino! —exclamó ella—. ¡Fuera de aquí!

—Pero —dijo él mirándola estupefacto— se lo acabo de explicar.

—No ha explicado nada —dijo ella distante—. Sólo he oído una montaña de mentiras, mentiras y mentiras, sobre un hombre al que usted ni siquiera estaba capacitado para limpiarle las botas. ¿Se marchará ahora o tendré que llamar a la seguridad del hotel?

—¿No cree lo que...? —La miró con los ojos abiertos por el asombro.

—Márchese —y le dio la espalda.

Como un hombre atontado, dio media vuelta, caminó ciegamente hasta la puerta y salió como un autómatas al pasillo. Sin detenerse, sacudió la cabeza, de la manera en que lo haría un hombre que se encuentra en medio de una pesadilla y fuera incapaz de despertarse.

¿Qué maldición tenía sobre sí? Ella no le había mentado... no podía hacerlo convincentemente. Escuchó la explicación que le había dado, y no le creyó. Era tan obvio y tan claro... las maquinaciones de William, la estupidez de Killien. Pero ella no lo veía aunque Donal se lo señalara. ¡Ella, de entre toda la gente... una Selecta de Kultis!

¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?

Acosado por los demonios de la duda y la soledad, Donal avanzó por el pasillo, de regreso al hotel de Galt.

DOS

AYUDANTE DE CAMPO

Se encontraron en la oficina del Mariscal Galt, en su casa de Freilandia; su enorme superficie y el alto techo abovedado hacía que los tres hombres que estaban de pie alrededor del escritorio parecieran pequeños.

—Capitán Llundrow, éste es mi ayudante de campo, el Comandante Donal Graeme —presentó Galt con brusquedad—. Donal, éste es Russ Llundrow, Jefe de mi Patrulla Azul.

—Es un honor, señor —dijo Donal inclinando la cabeza.

—Es un placer conocerle, Graeme —respondió Llundrow. Era un hombre bajo y compacto que apenas pasaba de los cuarenta años, de ojos y piel muy oscuros.

—Le confiaré a Donal toda la información del Estado Mayor —repuso Galt—. Ahora dígame, ¿cuál es el resumen de su operación de reconocimiento e inteligencia?

—No hay duda al respecto, planean un desembarco expedicionario en Oriente —Llundrow se volvió al escritorio y presionó unos botones en el teclado de mapas. La superficie del escritorio se hizo transparente y contemplaron un mapa sin escalas del sistema de Sirio—. Aquí estamos nosotros —indicó con su dedo índice el mundo de Freilandia—. Aquí Nueva Tierra —su dedo se deslizó al planeta hermano de Freilandia—... y aquí se encuentra Oriente —señaló un mundo más pequeño y próximo al sol—, en las posiciones relativas que ocuparán, los unos con los otros, dentro de doce días. Como ven, tendremos el sol en medio y casi entre cada uno de nuestros dos planetas y Oriente. No podrían haber escogido una posición táctica más favorable.

Galt gruñó, examinando el mapa. Donal observaba a Llundrow con curiosidad. El acento del hombre le traicionaba, indicando que era un neoterrestre, pero aquí se encontraba, con un alto cargo en el Estado Mayor de las fuerzas de combate de Freilandia. Por supuesto, los dos mundos de Sirio eran aliados naturales y formaban un mismo bando contra el grupo compuesto por Marte, Venus, Newton y Cassida; pero por el solo hecho de estar tan cercanos, existía una rivalidad natural en algunos aspectos, y cualquier oficial de carrera de uno de los dos planetas normalmente ascendía más deprisa en su propio mundo.

—No me gusta —repuso finalmente Galt—. Por lo que puedo ver, es una maniobra estúpida. Los hombres que desembarquen tendrán que llevar respiradores; ¿y qué demonios esperan hacer con la cabeza de playa una vez que la establezcan? Oriente se encuentra demasiado próximo al sol para terraformarlo, de lo contrario lo hubiéramos hecho nosotros hace mucho tiempo.

—Es posible —contestó Llundrow con calma— que lo que pretendan sea montar una ofensiva desde allí contra nuestros dos planetas.

—No, no —la voz de Galt fue dura y casi irritable. Su pesado rostro flotó sobre el mapa—. Ésa es una hipótesis tan descabellada como terraformar Oriente. No podrían mantener los suministros de su base, y menos usarla para atacar dos grandes planetas cuya población e industria se hallan totalmente desarrolladas. Además, no se pueden conquistar mundos civilizados. Es una máxima.

—Las máximas pueden quedar obsoletas —interpuso Donal.

—¿Qué? —exigió Galt, alzando la vista—. Oh... Donal. No nos interrumpa ahora. Por toda la información que poseemos —continuó hacia Llundrow—, me parece que sólo se trata de un ejercicio de práctica... ya sabe lo que quiero decir.

Llundrow asintió... de la misma forma que lo hizo Donal, inconscientemente. Los ejercicios de práctica eran algo que ningún Jefe de Estado Mayor planetario admitía, pero cuya realidad todos os militares reconocían. Eran pequeñas batallas de verdad contra un enemigo cercano, y se realizaban para darles un último adiestramiento a las tropas o para mantener la maniobrabilidad de las que habían permanecido demasiado tiempo en estado de alerta. Galt, casi el único comandante planetario de su época, estaba firmemente en contra de esta acción, y no sólo en teoría, sino en la práctica. Creía que era más honesto alquilarle las tropas a alguien, como en el reciente caso de Armonía, cuando mostraban signos de anquilosamiento. Donal, en privado, se mostraba de acuerdo con él; aunque, manifestaba, siempre existía el peligro de que cuando alquilabas tus tropas perdieran la noción de que pertenecían a tu mando en particular, y a veces se echaran a perder bajo un mando incompetente.

—¿Qué piensa usted? —le preguntaba Galt a su Jefe de Patrulla.

—No lo sé, señor —respondió Llundrow—. Parece la única interpretación racional.

—Lo mejor —interrumpió Donal otra vez— sería analizar también las interpretaciones poco racionales, y ver si alguna de ellas podría constituir un posible peligro. Y, a partir...

—Donal —intervino Galt con sequedad—, usted es mi ayudante de campo, y no mi consejero militar.

—No obstante... —persistió Donal, cuando el mariscal le cortó con un tono de mando definitivo.

—¡Eso es todo!

—Sí, Señor —aceptó Donal, callándose.

—Entonces —dijo Galt dirigiéndose a Llundrow—, analicemos esto como una oportunidad enviada por el cielo para cortarle uno o dos brazos al poderío de combate de la flota e infantería de Newton-Cassida. Regrese a su Patrulla. Le mandaré allí las órdenes.

Llundrow inclinó la cabeza. Estaba a punto de marcharse cuando surgió una interrupción producida por el leve silbido del aire de una de las grandes puertas de la

oficina al cerrarse y por el taconeo de zapatos femeninos en el lustroso suelo. Se volvieron para contemplar a una mujer alta y asombrosamente hermosa de cabello rojo que se aproximaba hasta ellos.

—¡Elvine! —dijo Galt.

—¿Interrumpo algo? —preguntó antes de llegar a ellos—. No sabía que tuvieras visita.

—Russ —dijo Galt—, ¿conoce a la hija de mi cuñada, la Rhy Elvine? Elvine, éste es mi Jefe de Patrulla Azul, Russ Llundrow.

—Es un verdadero placer —comentó Llundrow, inclinándose.

—Oh, ya nos conocemos... al menos yo le he visto antes —extendió su mano brevemente y luego se volvió a Donal—. Donal, ven a dar un paseo conmigo.

—Lo siento —repuso Donal—. Estoy de servicio.

—No, no —le despidió Galt con una mano—. De momento no hay nada más. Vaya con ella si quiere.

—Entonces, estoy a tus órdenes —dijo Donal.

—¡Qué ofrecimiento tan frío! —Y se dirigió a Llundrow—. Estoy segura de que el Jefe de Patrulla no hubiera dudado de esa manera.

Llundrow se inclinó de nuevo.

—Nunca vacilaría en nada referente a la Rhy.

—¡Ahí tienes! —exclamó ella—. Que ése sea tu modelo, Donal. Deberías pulir tus modales... sobre todo frases como éstas.

—Si tú lo dices —observó Donal.

—Oh, Donal —sacudió la cabeza—. Eres un caso perdido. Pero, de todas formas, ven conmigo.

Ella dio media vuelta y se marchó; él la siguió.

Lee, el mismo Lee que había mandado su Tercer Grupo, le esperaba.

—Bien, Jefe de Grupo —dijo Donal estrechándole la mano—. ¿Qué le trae por aquí?

—Usted, señor —replicó Lee. Miró a Donal a los ojos con el mismo aire de desafío que ya observara éste la primera vez que lo vio.

—¿Necesita un asistente personal? —Donal le escrutó.

—¿Por qué?

—Tengo mi contrato en el bolsillo desde que nos dejaron marchar después del incidente con Killien —subrayó Lee—. Si quiere saberlo, me encuentro solo. Ésa es mi cruz. Sin el uniforme, soy un simple alcohólico. Con él, es un poco mejor, pero más pronto o más tarde siempre me peleo con alguien. He estado postergando la firma de un nuevo contrato ya que no podía decidir qué es lo que quería hacer. Finalmente, descubrí que deseaba trabajar para usted.

—Tiene aspecto de estar sobrio ahora —comentó Donal.

—Puedo hacer cualquier cosa durante unos días... incluso dejar de beber. Si me hubiera presentado ante usted ebrio, nunca me habría aceptado. Donal asintió.

—No soy caro —dijo Lee—. Échele una ojeada a mi contrato. Si usted no puede pagarlo, firmaré como soldado de infantería y usted presiona algunos resortes para que me asignen como su ayudante. No bebo si estoy ocupado; y puedo serle de utilidad. Mire...

Extendió la mano en un gesto amistoso como si fuera a estrechar la de Donal de nuevo y, repentinamente, apareció un cuchillo en ella.

—Ése es un truco de matón de callejuela —repuso Donal—. ¿Cree que funcionaría conmigo?

—Con usted... no —Lee hizo que el cuchillo desapareciera—. Ésa es la razón por la que quiero trabajar con usted. Soy un personaje peculiar, comandante. Necesito aterrarme a algo. Lo necesito de la misma manera que la gente normal requiere comida y bebida, una casa y amigos. Todo está descrito en el número del índice psicológico en mi contrato, si quiere apuntarlo y asegurarse de que es la verdad.

—De momento, aceptaré su palabra —comentó Donal—. ¿Qué es lo que no va bien con usted?

—Soy un pizco impredecible —respondió Lee con su angulosa cara inexpresiva—. Incurable. Nací con una deficiencia. Lo que me han dicho es que no tengo sentido del bien ni del mal; y que no funciono con reglas abstractas. Tal como me explicaron los doctores cuando obtuve mi primer contrato, lo único que necesito es mi propio y personal dios vivo delante mío todo el tiempo. Si usted me acepta y me pide que le corte el cuello a todos los niños de menos de cinco años que encuentre, lo cumpliré. Ordéneme que me corte mi propio cuello... igual. Entonces todo funciona a las mil maravillas.

—Sus palabras no hacen que resulte muy atractivo.

—Le estoy diciendo la verdad. No puedo *decirle* otra cosa. Soy como una bayoneta que toda su vida ha buscado un rifle en el que encajar; y ahora lo he encontrado. Así que, no confíe en mí. Tómeme a prueba durante cinco años, diez años... el resto de mi vida. Pero no me deje fuera —Lee se volvió a medias y señaló con un huesudo dedo la puerta detrás suyo—. Allí afuera está el infierno para mí, comandante. Cualquiera cosa que encuentre aquí dentro es el cielo.

—No lo sé —repuso Donal despacio—. No sé si querré asumir tal responsabilidad.

—No hay ninguna —los ojos de Lee brillaban; y súbitamente le pareció a Donal que el hombre estaba aterrado de que lo rechazaran—. Sólo deme una orden. Pruébeme. Pídame que me agache en el suelo y ladre como un perro. Pídame que me corte la mano izquierda a la altura de la muñeca. Tan pronto como me implanten una nueva regresaré para cumplir lo que me ordene —en un cerrar y abrir de ojos exhibió el cuchillo de nuevo en la mano—. ¿Quiere comprobarlo?

—¡Aparte eso! —ordenó Donal. El cuchillo desapareció—. De acuerdo, compraré su contrato personalmente. Mis habitaciones están en la tercera puerta a la derecha, al pie de las escaleras. Espéreme allí.

Lee asintió. No pronunció ninguna palabra de agradecimiento. Sólo dio media vuelta y se dirigió hacia ellas.

Donal se sacudió mentalmente, como si la carga emocional que se había depositado en el aire a su alrededor durante los últimos segundos fuera una masa física que descansara sobre sus hombros. Giró y se encaminó a la biblioteca.

Enlace del Estado Mayor

—Bienvenido a bordo —dijo un joven capitán de rostro agradable, cuando Donal atravesó la barrera de gas de la cámara intermedia interior. El capitán tenía menos de treinta años: era un joven de cabello negro y rostro cuadrado con el aspecto de haber practicado mucho atletismo—. Soy J. M. Allmin Clay Andresen.

—Donal Graeme —se saludaron mutuamente. Luego se estrecharon las manos.

—¿Tiene alguna experiencia en navegación? —preguntó Andresen.

—Dieciocho meses de entrenamientos de verano en cruceros con los Dorsai —respondió Donal—. Mando y armamento... ninguna asignación técnica.

—Mando y armamento —dijo Andresen— son suficientes para una nave de Clase 4J. Especialmente el mando. En caso de que algo ocurriera, usted sería el oficial superior, después de mí —con la mano hizo el gesto ritual de tocar una pared cercana compuesta de plástico de carbono blanco—. No es que le sugiera que tome el mando. Mi Primero podrá controlar bien la situación. Pero, si eso sucediera, usted podría echarle una mano.

—Será un placer —repuso Donal.

—¿Quiere echarle un vistazo a la nave?

—Me encantaría.

Cuando entró en su cabina, Donal encontró que Lee ya había ordenado los pertrechos de los dos, incluida la hamaca que usaría, disponiéndola al lado de la litera de Donal.

—¿Todo en orden? —preguntó Donal.

—Todo en orden —contestó Lee. Todavía, y de manera crónica, olvidaba el «señor», pero Donal, como ya había podido comprobar la fanática exactitud con que el hombre cumplía cualquier orden que le daban, prefería no sacar el tema—. ¿Ya ha arreglado mi contrato?

—No he tenido tiempo —respondió Donal—. No se puede hacer en un día. Ya lo sabía, ¿verdad?

—No —dijo Lee—. Lo único que he hecho siempre ha sido entregarlo. Y luego, una vez que acababa el plazo estipulado para mis servicios, me lo devolvían junto con el dinero acordado.

—Bien, pues normalmente hacen falta unas semanas o incluso meses —señaló Donal.

Le explicó lo que nunca se le había ocurrido que alguien no supiera, que los contratos son propiedad exclusiva de la comunidad o del mundo del individuo, y que la aceptación de un contrato era un asunto que arreglaban los gobiernos locales del empleador y del empleado. El objetivo no era suministrarle al sujeto tanto un trabajo y un medio de vida, como brindarle al gobierno local un balance monetario y «contractual» favorables, lo que les permitiría alquilar, a cambio, los especialistas

cualificados que *ellos* necesitaban. En el caso del contrato de Lee, ya que Donal era un empleador privado y ofrecía dinero, mas no créditos contractuales, la cuestión del empleo de Lee tenía que ser aclarada con las autoridades Dorsai y con los gobernantes de Coby, lugar del que provenía Lee.

—Sin embargo, no es más que una formalidad —le aseguró Donal—. Se me permite un ordenanza, ya que poseo rango de comandante. Y la intención de contratarlo ya ha sido registrada. Eso significa que el gobierno de su planeta no lo reclutará para algún servicio especial que puedan necesitar en otro lugar.

—¡... Orden! —Sonó de súbito el anunciador de la cabina que había en la pared al lado de la puerta—. «Orden para el Enlace del Estado Mayor Graeme de que se presente en la nave insignia inmediatamente. Enlace del Estado Mayor Graeme preséntese en la nave insignia inmediatamente».

Donal le indicó a Lee que se mantuviera al margen de la tripulación regular de la nave y se marchó.

La nave insignia de batalla de la fuerza espacial freilandesa compuesta por las Patrullas Roja y Azul era de la Clase 4J, igual a la que Donal acababa de abandonar, y ya se encontraba en órbita temporal abierta alrededor de Oriente. Le llevó cuarenta minutos llegar hasta ella; cuando entró en su cámara de recepción y dio su nombre y rango, se le asignó un guía que le escoltó a una sala de reuniones en el interior de la nave.

La sala estaba ocupada por unos veinte enlaces del Estado Mayor.

El abanico de rangos iba desde los Correos del Mando hasta un Jefe de Sub-Patrulla de unos cincuenta años. Ya estaban sentados de cara a una plataforma; y cuando Donal entró —él era, aparentemente, el último en arribar—, un vicealmirante de la división de señales entró seguido de cerca por el Jefe de la Patrulla Azul Llundrow.

—Muy bien, caballeros —comentó el vicealmirante; la habitación quedó en silencio—. Ésta es la situación.

Hizo un gesto con la mano y la pared que había detrás suyo se desvaneció, revelando una extrapolación artística de la batalla futura. Oriente flotaba en el espacio negro, rodeado por un número de naves en diferentes formaciones. El tamaño de las naves había sido ampliamente exagerado para hacerlas visibles en comparación con el planeta, que tenía aproximadamente dos tercios del diámetro de Marte. La más grande de éstas, de la Clase Patrulla —largas naves interestelares de guerra con forma cilíndrica—, se encontraba en órbita variable entre ochenta y quinientos kilómetros por encima de la superficie del planeta, de manera que la integración de su ruta de vuelo encerraba a Oriente en una red de cambiante movimiento. Una maraña de naves más pequeñas, compuesta por las de Clase 4JA, subclase 9, las naves correo, plataformas de fuego, y las de clase avispa, mono y biplazas, mantenían su posición

más cerca de la atmósfera.

—Creemos —dijo el vicealmirante— que el enemigo, a una velocidad efectiva y controlando su frenada, saldrá de la fase aproximadamente aquí...

Un enjambre de naves de asalto parpadeó a la existencia súbita, a medio millón de kilómetros en dirección al sol de Oriente. Cayeron rápidamente hacia el planeta, y su tamaño creció visiblemente. Al acercarse, entraron en una órbita circular de aterrizaje alrededor del planeta. Las naves más pequeñas se cernieron sobre ellos, y las dos flotas se entrelazaron en una miríada de esquemas cuyos movimientos el ojo solo no podía seguir totalmente. Entonces, la flota atacante emergió por debajo de la masa de defensores y vomitó una repentina nube de diminutos objetos que eran las tropas de asalto. Éstos flotaron un instante para luego caer, y fueron atacados por las naves de menor tamaño, mientras que la mayoría de las naves de asalto de Newton y Cassida comenzaron a desaparecer como velas que se apagan de un soplo a medida que buscaban la seguridad del cambio de fase, que los trasladaría a años luz de la escena de la batalla.

Para la mente profesional bien entrenada de Donal, el espectáculo que veía resultaba muy emocionante... pero completamente falso. Ninguna batalla, desde que el tiempo comenzara, se había desarrollado con una gracia y equilibrio tan perfectos, y ninguna jamás sería librada así. No era más que una hipótesis imaginativa de cómo sería el lance, y no daba lugar a las inevitables órdenes equivocadas, las dudas individuales, la subestimación del oponente, los errores de navegación que terminaban en colisiones o el disparo contra una nave hermana. Todas estas posibilidades aguardaban al evento real como arpias que anidaran en las nonatas ramas de un árbol, de la misma manera en que el amanecer irrumpe como un ladrón gris en el campo donde los hombres van a luchar. En la batalla que se libraría en el cielo de Oriente, habría buenas y malas acciones, decisiones sabias y estúpidas... y nada de esto importaría. Sólo trascendería la suma total al final del día.

—... Bien, caballeros —decía el vicealmirante—, ahí lo tienen: tal como el Estado Mayor lo ve. Su trabajo —el suyo personal, como enlaces del Estado Mayor — será observar. Queremos saber cualquier cosa que vean, que puedan descubrir, que puedan, o crean que puedan, deducir. Y, por supuesto —dudó, con una sonrisa irónica en los labios—, no hay nada que apreciemos más que un prisionero.

Hubo una ola de risa general ante este comentario, ya que todos los hombres allí reunidos conocían las fantásticas probabilidades en contra que tenían de poder capturar a un hombre de una nave enemiga ya abierta y rota, dadas las condiciones de velocidad extrema y otras a las que estarían sometidos en una batalla espacial... y, eso contando con que tuviera éxito y se encontrara aún con vida.

—Eso es todo —repuso el vicealmirante. Los enlaces del Estado Mayor se incorporaron y abarrotaron la puerta de salida.

—¡Un minuto, Graeme!

Donal se volvió. La voz era la de Llundrow. El Jefe de Patrulla había bajado de la

plataforma y se le acercaba. Donal fue a su encuentro.

—Me gustaría hablar con usted un momento —observó Llundrow—. Aguarde hasta que los demás hayan salido.

Permanecieron juntos en silencio hasta que el último enlace del Estado Mayor y el vicealmirante se marcharon.

—¿Sí, señor? —comenzó Donal.

—Estoy interesado en algo que dijo —o que iba a decir— cuando nos presentó el Mariscal Galt el día que analizamos la situación de Oriente. Comentó algo que implicaba algunas dudas acerca de las conclusiones a las que llegamos nosotros. Pero no tuve la oportunidad de escuchar lo que tenía en mente. ¿Le importaría contármelo ahora?

—No era nada, señor —repuso Donal—. El Estado Mayor y el mariscal sin duda saben lo que están haciendo.

—¿No es posible, entonces, que usted viera algo en la situación que nosotros pasamos por alto?

Donal dudó.

—No, señor. No sé más sobre las intenciones y planes del enemigo que ustedes. Sólo... —Donal bajó la vista hacia el oscuro rostro que tenía enfrente, a punto de decirle lo que pensaba. Desde su último encuentro con Anea había procurado guardarse sus percepciones para sí mismo—. Probablemente, tenga ciertas sospechas, señor.

—¡Igual que todos nosotros! —exclamó Llundrow con un deje de impaciencia—. ¿Cuáles son? ¿Si estuviera en nuestros puestos qué haría *usted*?

—Si estuviera en su lugar —contestó Donal haciendo a un lado la discreción—, atacaría Newton.

La boca de Llundrow se abrió. Miró a Donal.

—Por todos los cielos —dijo pasado un rato—. No hay nada que lo detenga, ¿verdad? ¿No sabe que un mundo civilizado no se puede conquistar?

Donal se permitió el lujo de un pequeño suspiro. Intentó explicarse, una vez más, con palabras que otros pudieran comprender.

—Recuerdo que el mariscal dijo lo mismo —comentó—. No soy tan sanguinario. De hecho, me gustaría poner a prueba esa máxima en particular. No obstante... no era eso lo que quería decir. No sugerí que intentáramos *tomar* Newton, sino que lo *atacáramos*. Sospecho que los newtonianos están tan llenos de máximas como nosotros. Cuando nos vean realizar lo imposible, es muy probable que lleguen a la conclusión de que hemos descubierto una manera de hacerlo posible. De las reacciones que muestren ante esa conclusión podríamos aprender mucho... incluidos los planes de Oriente.

La mirada de asombro de Llundrow se fue convirtiendo progresivamente en un fruncimiento de cejas.

—Cualquier fuerza que atacara Newton sufriría unas pérdidas fantásticas —

comenzó.

—Sólo si pretendieran consumir el ataque —interrumpió Donal ansiosamente—. Podría ser una estratagema... sólo eso. El objetivo no sería causar un daño real, sino desequilibrar la estrategia enemiga introduciendo un factor inesperado.

—Sin embargo —interpuso Llodrow—, para que esa estratagema fuera efectiva, la fuerza agresora tendría que correr el riesgo de ser completamente aniquilada.

—Deme una docena de naves... —empezó Donal, momento en el que Llodrow parpadeó, como si despertara de un sueño.

—Que le de... —dijo; sonrió—. No, no, comandante, únicamente hablábamos en teoría. El Estado Mayor jamás permitiría un movimiento tan impredecible e improvisado; y yo no tengo ninguna autoridad para consentirlo. Y si la tuviera... ¿cómo justificaría darle el mando de semejante fuerza a un joven que sólo posee experiencia de campo, que nunca en su vida mandó una nave? —Sacudió la cabeza—. No, Graeme... pero admito que su idea es interesante. Ojalá se nos hubiera ocurrido a uno de nosotros.

—¿Perjudicaría en algo mencionar...?

—No le haría ningún bien... cuestionar un plan que el Estado Mayor lleva diseñando desde hace más de una semana —su sonrisa era amplia—. De hecho, mi reputación sufriría drásticamente. Pero fue una buena idea, Graeme. Usted posee todo lo necesario para ser un buen estratega. Lo mencionaré en el informe que le entregue al mariscal.

—Gracias, señor —repuso Donal.

—Vuelva a su nave —dijo Llodrow.

—Adiós, señor.

Donal saludó y se marchó. Detrás suyo, Llodrow frunció el ceño un momento más al pensar en lo que habían hablado... luego su mente se dedicó a otros asuntos.

Capitán en Funciones

Se dice, pensó Donal, que las batallas espaciales se llevan a cabo sólo con el consentimiento de las dos partes. Era una de esas máximas en las que no confiaba; y que, en privado, había tomado la determinación de poner a prueba tan pronto como fuera posible. Sin embargo ahora —mientras permanecía ante la pantalla del Ojo de Control en el puente de mando del C4J contemplando cómo aparecían las naves enemigas y se hinchaban en función de la velocidad a la que se acercaban—, se vio obligado a admitir que al menos en este caso era verdad. O, por lo menos, cierto hasta donde juega el consentimiento mutuo cuando atacas un puesto enemigo que tú sabes que éste defenderá.

Pero ¿y si no lo defendiera? ¿Y si hiciera algo totalmente inesperado...?

«Contacto en sesenta segundos. ¡Contacto en sesenta segundos!», anunció una voz desde el altavoz situado encima de su cabeza.

—Asegúrense todos en sus puestos —dijo con calma Andresen ante el comunicador que tenía delante suyo.

Se encontraba sentado, flanqueado por su primer y segundo oficial, en un «sillón de dentista» en el otro extremo de la sala... «observando» la situación, no en imágenes reales como lo hacía Donal, sino mediante las lecturas de sus instrumentos. Por lo tanto, tenía una visión más completa del panorama. Entorpecido por su traje de batalla de supervivencia, Donal se sentó con cuidado en un sillón similar que había sido dispuesto para él ante el Ojo, y se ató al asiento. En caso de que la nave fuera partida en dos, él y la silla permanecerían unidos tanto como fuera posible. Con suerte, los dos podrían llegar hasta una nave de rescate de las que tenían en órbita alrededor de Oriente en unas cuarenta o cincuenta horas... siempre que no interviniera ninguno de una docena de factores.

Tuvo tiempo de ponerse cómodo delante del Ojo antes de que se estableciera el contacto. En esos pocos segundos finales, miró en derredor suyo; le resultó levemente asombroso, a pesar de todo lo que sabía, que esta tranquila y blanca sala, no perturbada por el más mínimo temblor, se encontrara ante el umbral de un combate salvaje y su más que posible destrucción. Después no quedó tiempo para pensar. Se había establecido el contacto con el enemigo y él fijó sus ojos en la pantalla.

Las órdenes eran hostigar al enemigo en vez de mantener una lucha directa con él. Las estimaciones eran del veinte por ciento de bajas para el enemigo, y cinco por ciento para las fuerzas defensoras. Pero tales porcentajes, sin que ésta sea su intención, son siempre engañosos. Para el hombre que lucha en la batalla, el veinte por ciento, o, incluso, el cinco por ciento de bajas no significa que él será herido un veinte o un cinco por ciento. Ni tampoco, en el caso de una confrontación espacial, que uno de cada cinco hombres, o uno de cada veinte, serán bajas. Significa una *nave* de cada cinco, o una *nave* de cada veinte... junto con cada alma viviente que haya a bordo; ya que, en el espacio, el cien por cien de bajas significa que el noventa y ocho

por ciento de los hombres están muertos.

Había tres líneas de defensa. La primera estaba compuesta por las naves ligeras, que debían frenar el avance de las naves enemigas para que las más grandes y lentas pudieran adquirir la misma velocidad que las de los atacantes, el tiempo suficiente para activar sus armas pesadas. La siguiente estaba constituida por esas mismas naves grandes en sus órbitas definitivas. Por último, se dispuso una segunda línea de naves más pequeñas para, esencialmente, luchar contra los soldados enemigos a medida que los atacantes soltaran a sus tropas de asalto preparadas con sus trajes espaciales. Donal, en una C4J, se encontraba en la primera línea.

No hubo ningún aviso. No existió ningún momento de confrontación total. En el último segundo antes del contacto, la dotación encargada de las armas de la C4J abrió fuego. Entonces...

Todo acabó.

Donal parpadeó y abrió los ojos, tratando de interpretar lo que había ocurrido. Nunca lo conseguiría. La sala en la que yacía, aún sujeto a su silla, había sido partida en dos como por un hacha gigante. A través de la hendidura mal iluminada, vio una parte de la cabina de un oficial. Un resplandor rojo y contenido ardía misteriosamente en algún punto por encima de su cabeza; era una señal indicadora de que la sala de control no tenía aire. El Ojo de Control estaba ligeramente ladeado, pero aún funcionaba. A través de la transparencia de su casco, Donal pudo ver las lejanas luces que marcaban la trayectoria del enemigo hacia Oriente. Se esforzó por incorporarse en su silla y giró la cabeza hacia el panel de control.

Dos hombres estaban muertos. Fuera lo que fuere lo que había partido la sala, también los había rozado a ellos. El tercer oficial estaba muerto, también Andresen estaba innegablemente muerto. Coa Benn aún vivía, pero por los débiles movimientos que hacía en su silla, comprendí que se encontraba malherida. Pero no había nada que alguien pudiera hacer por ellos ahora que se hallaban sin aire y prisioneros en sus trajes.

El entrenado cuerpo de soldado de Donal reaccionó antes de que su mente lo ordenara. Se dio cuenta de que había roto las correas que le ataban a la silla. Tambaleándose, cruzó la habitación, apartó a un lado la inerte cabeza de Andresen, y apretó el botón de comunicación interna de la nave.

—C4J uno-veintinueve —dijo—. C4J uno-veintinueve... —repitió los números hasta que la pantalla se iluminó y surgió un casco y una cara pálida como la del hombre muerto en la silla que había a sus pies.

—KL —pronunció el rostro—. ¿A-veintitrés? —Que, en el código, significaba: *¿Puede navegar aún?*

Donal observó el panel. Increíblemente, apenas había sido tocado por lo que hubiera partido la sala. Todos los instrumentos funcionaban.

—A-veintinueve —replicó afirmativamente.

—M-cuarenta —dijo el otro, y cortó la señal.

Donal soltó el botón de comunicación. M-cuarenta era... *continúe según las órdenes.*

«Continúe según las órdenes» para la C4J ciento veintinueve, la nave en la que Donal se hallaba, significaba aproximarse a Oriente para recoger a todas las tropas de asalto que pudiera. Donal se dedicó a la triste tarea de retirar a los muertos y moribundos de sus asientos ante el panel de control.

Se dio cuenta de que Coa, cuando la soltó con más suavidad que a los otros, sólo parecía atontada y sin saber dónde estaba. No tenía ningún hueso roto, pero daba el aspecto de que su costado estuviera aplastado. Su traje seguía intacto y hermético. Pensó que quizá sobreviviría.

Sentándose en el sillón del capitán, llamó a los puestos de armas y a las otras dotaciones.

—Informen —ordenó.

Las estaciones de armas Uno y la Cinco a la Ocho respondieron.

—Nos dirigimos hacia el planeta —dijo—. Todos los hombres que no estén heridos que abandonen, de momento, las estaciones de armas y formen grupos de reparación para sellar la nave y restaurar el aire en la sala de mando. Aquellos que no se encuentren bloqueados, que se reúnan en la sala. Que tome el mando el tripulante superviviente de más rango.

Hubo una ligera pausa. Luego una voz le contestó.

—Aquí el tripulante de mantenimiento de armas Ordovya —dijo—. Creo que soy el superviviente de más graduación, señor. ¿Habla el capitán?

—El enlace del Estado Mayor, Graeme, capitán en funciones. Sus oficiales están muertos. Como oficial de más rango a bordo, he tomado el mando. Tiene sus órdenes, soldado de mantenimiento.

—Sí, señor —repuso la voz, cortando la comunicación.

Donal se obligo a recordar todo su entrenamiento en naves espaciales. Trazó la trayectoria de la C4J hacia Oriente y comprobó todos los instrumentos. Después de un rato, el fuego que había encima de su cabeza se extinguió súbitamente y un lento y siseante sonido se registró en sus oídos... primero de manera casi inaudible pero después subió de tono hasta convertirse en un aullido. Su traje perdió parte de su rigidez.

Unos momentos más tarde, una mano le tocó el hombro. Dio la vuelta y contempló a un tripulante de cabello rubio con el casco echado hacia atrás.

—La nave está sellada, señor —dijo el tripulante—. Soy Ordovya.

Donal se aflojó su casco y se lo quitó, inhalando agradecido el aire de la sala.

—Atienda al primer oficial —ordenó—. ¿Tenemos a algún médico a bordo?

—No, señor. Somos una nave demasiado pequeña para que se nos asigne uno. Pero tenemos una unidad de congelación.

—Entonces congélela y haga que todos los hombres vuelvan a sus puestos.

Ordovya se marchó. Donal se sentó a los controles y maniobró la C4J con

cuidado manteniendo los mayores márgenes posibles de seguridad. En principio, sabía cómo operar la nave que comandaba; pero nadie estaba al tanto mejor que él de lo lejos que se encontraba de ser un piloto y capitán experimentado. Podía manejar la nave de la misma forma que alguien que hubiera tomado media docena de clases para montar podría controlar un caballo... esto es, sabía lo que tenía que hacer, pero no lo realizaba de manera instintiva. De la misma forma que Andresen había captado las lecturas de los instrumentos de una sola mirada y reaccionó inmediatamente, Donal se concentró en media docena de indicadores importantes y lo pensó antes de actuar.

Y así fue como llegaron tarde para la acción en los límites de la atmósfera de Oriente; pero no tanto que las tropas de asalto se encontraran ya a salvo y fuera del alcance de su fuego.

Donal buscó en el panel el botón que controlaba todos los misiles y lo encontró.

Dos horas más tarde, se le ordenó a la C4J, que por entonces se encontraba en órbita estacionaria, que regresara a la formación original y a su capitán que informara a su Jefe de Sub Patrulla. En el mismo momento llegó una señal para todos los enlaces de Estado Mayor ordenándoles que se personaran en la nave insignia; y otro mensaje particular para el enlace del Estado Mayor Donal Graeme indicándole que informara personalmente al Jefe de la Patrulla Azul Llundrow. Mientras analizaba las tres órdenes, Donal llamó a Ordovya por el teléfono de la nave y le ordenó que se hiciera cargo de la primera. Decidió que él mismo podría cumplir las otras dos, ya que tal vez estuvieran relacionadas.

Cuando arribó a la nave insignia, le explicó su situación al oficial de recepción, que era el que había enviado los mensajes para los enlaces y para el jefe de la Patrulla Azul.

—Debe ir directamente a ver a Llundrow —le informó a Donal y le asignó un guía.

Donal encontró a Llundrow en un despacho privado de la nave insignia que no era mucho mayor que su propia cabina en la C4J.

—¡Bien! —exclamó Llundrow a la vez que se incorporaba detrás del escritorio cuando Donal entró, para dirigirse hacia él. Esperó a que el guía se marchara y luego colocó una oscura mano en el brazo de Donal—. ¿Cómo acabó su nave? —preguntó.

—Navegando —repuso Donal—. Sin embargo, sufrimos un impacto directo en la sala de control. Murieron todos los oficiales.

—¿Todos los oficiales? —Llundrow lo escrutó intensamente—. ¿Y usted?

—Tomé el mando de la nave, por supuesto. Aunque no había quedado nada, salvo unos misiles ligeros.

—No importa —comentó Llundrow—. ¿Usted fue capitán en funciones durante parte de la acción?

—Sí.

—Estupendo. Eso es mejor que lo que yo esperaba. Ahora quiero que me conteste una pregunta. ¿Estaría dispuesto a jugarse el cuello?

—Ciertamente, siempre que fuera una causa que yo aprobara —respondió Donal.

Consideró al hombre más pequeño y más feo que la primera vez; pero se dio cuenta de repente de que le gustaba el animoso jefe de la Patrulla Azul. Preguntas directas como ésta habían sido una experiencia muy rara desde que dejara a los Dorsai.

—Muy bien. Si está de acuerdo, los dos arriesgaremos el cuello —Lludrow miró la puerta de la oficina, mas estaba bien cerrada—. Voy a violar la máxima seguridad y lo reclutaré en una acción contraria a las órdenes del Estado Mayor, si no le importa.

—¿Máxima seguridad? —repitió Donal sintiendo una súbita frialdad en su nuca.

—Sí. Hemos descubierto lo que había detrás de este aterrizaje en Oriente por parte de Newton y Cassida... ¿Conoce Oriente?

—Lo he estudiado, por supuesto —repuso Donal—. En la Academia... y recientemente cuando firmé contrato con Freilandia. Las temperaturas se mantienen por encima de los setenta grados centígrados, tiene un desierto rocoso, una especie de parra nativa y una jungla de cactus. No hay grandes masas de agua que valga la pena mencionar y tiene demasiado dióxido de carbono en la atmósfera.

—Correcto. Pero lo importante —dijo Lludrow—, es que es lo suficientemente grande como para poder ocultarse en él. Sus soldados están ahí abajo ahora y no podemos localizarlos con celeridad... y, posiblemente, no podemos a menos que bajemos a buscarlos. Creímos que esta maniobra era un ejercicio de práctica y que en unos pocos días se retirarían. Estábamos equivocados. —¿Equivocados?

—Descubrimos el motivo que tenían para aterrizar en Oriente. No tiene nada que ver con lo que habíamos pensado.

—Ha sido un trabajo rápido —observó Donal—. ¿Cuánto ha transcurrido desde el aterrizaje... cuatro horas?

—Ellos han hecho un trabajo rápido —dijo Lludrow—. Los informes están siendo analizados ahora; pero han provocado explosiones de un nuevo tipo de radiación desde proyectores que accionan una vez, luego cambian de posición y vuelven a disparar desde un nuevo lugar oculto... con un número mayor de proyectores. Y las explosiones están dirigidas al viejo Sirio. Nos encontramos bajo una actividad solar que va en aumento.

Se detuvo y miró vivamente a Donal, como si esperara un comentario. Donal se tomó su tiempo analizando la situación.

—¿Complicaciones con el clima? —preguntó al fin.

—¡Así es! —exclamó Lludrow con energía, como si Donal fuera un alumno aventajado que hubiera vuelto a brillar—. Los informes meteorológicos opinan que puede ser grave dada la frecuencia de sus disparos. Y ya nos han transmitido el precio que imponen para retirarse. Parece que en este momento hay una Comisión

Comercial de ellos en Nueva Tierra. No existe ninguna conexión oficial... pero la Comisión ya está al tanto de lo que ocurre.

Donal asintió. No le sorprendió oír que las negociaciones comerciales continuaban su marcha normal entre planetas que al mismo tiempo luchaban activamente entre sí. Era el curso corriente de la existencia entre las estrellas. El flujo y reflujo del personal cualificado sobre una base contractual era la sangre que mantenía con vida a la civilización. Un mundo que tratara de continuar su propio camino, aislado, quedaría relegado para marchitarse en una cuestión de años... o, como mínimo, se vería obligado a comprar sus necesidades vitales para su supervivencia a precios ruinosos para él. La competencia significaba el intercambio de mentes preparadas, y eso significaba contratos, y los contratos significaban negociaciones continuas.

—Quieren un acuerdo de comisión de servicios recíproco —dijo Llundrow.

Donal le miró fijamente. El mercado abierto de intercambio de contratos había sido abandonado entre los planetas unos cincuenta años atrás. Lo único que aportaba era la especulación en vidas humanas. Desterraba los últimos trazos de dignidad y seguridad del individuo y lo trataba como ganado o equipo con posibilidad de ser canjeado sin otro motivo que la obtención del máximo posible de ganancias. Los Dorsai, junto con los exóticos de Mará y Kultis, habían combatido contra esto. Opuesta a la suya, había otra postura. En los mundos «cerrados», como los del Grupo de Venus —que incluían a Cassida y Newton—, los Amistosos y Coby, el mercado abierto se convirtió en un instrumento en manos de la clase gobernante; mientras que en los mundos «abiertos», como Freilandia, generó un punto vulnerable donde los créditos extranjeros podían cobrar ventaja de las situaciones locales.

—Ya veo —repuso Donal.

—Tenemos tres alternativas —dijo Llundrow—. Ceder y aceptar el acuerdo. Sufrir los efectos del clima durante un período de meses mientras peinamos Oriente por medios militares ortodoxos. O pagar un precio prohibitivo en bajas con una campaña apresurada para limpiar Oriente. Si emprendemos una campaña rápida, perderemos tantos hombres por las condiciones planetarias como por la acción del enemigo. Así que, y es mi idea, creo que es el momento de arriesgarse... repito, es mi idea, y no la del Estado Mayor. No saben nada al respecto; y si lo supieran, jamás lo autorizarían. ¿Le interesa, después de lo que le he expuesto, proseguir con su idea de asustar a Newton?

—¡Encantado! —aceptó Donal sin pensarlo, con los ojos brillantes.

—Guárdese su entusiasmo hasta que sepa cuáles son los medios de que dispondrá —replicó Llundrow con sequedad—. Newton mantiene una pantalla defensiva regular de noventa naves de primera clase alrededor de su órbita. Yo puedo proporcionarle cinco.

Jefe de Sub Patrulla

—¡Cinco! —exclamó Donal.

Sintió que un cosquilleo recorría su columna vertebral. Antes de que Llodrow lo rechazara la primera vez, ya había desarrollado cuidadosamente lo que podía hacerse en Newton y la manera en que tenían que realizarlo. Su plan requería una pequeña fuerza de combate compacta y maniobrable de treinta naves de primera clase en una formación triangular de tres sub patrullas, compuesta por diez naves cada una.

—No todo depende —le explicaba Llodrow— de las naves que le pueda suministrar... incluso con las pérdidas que acabamos de sufrir, mi Patrulla Azul consta de más de setenta naves sólo de primera clase. Son las naves que puedo confiarle para este trabajo, donde, como mínimo, los oficiales y, probablemente, la tripulación también, deben comprender que se trata de una misión que es totalmente voluntaria y a espaldas del conocimiento del Estado Mayor. Sus capitanes aún me son absolutamente leales, de lo contrario no habría podido elegirlos —miró a Donal y añadió—: Muy bien, sé que es imposible. Deme la razón y olvidemos el asunto.

—¿Cuento con su obediencia? —preguntó Donal.

—Eso —repuso Llodrow— es lo único que puedo garantizarle.

—Tendré que improvisar —comentó Donal—. Iré con ellos, analizaré la situación, y veré qué es lo que puede hacerse.

—Me parece bastante razonable. Entonces está decidido.

—Esta decidido —dijo Donal.

—Venga conmigo.

Llodrow dio media vuelta y le condujo fuera del despacho y a través de largos corredores hasta una escotilla hermética. La atravesaron y salieron a una pequeña nave correo vacía que los aguardaba; unos quince minutos más tarde, los había llevado a una nave de primera clase.

Escoltados hacia la enorme y compleja sala de control principal, Donal encontró a cinco capitanes veteranos que le estaban aguardando. Llodrow aceptó el saludo de un hombre de cabello gris y de aspecto fuerte, quien se reveló como el capitán de esta nave en particular.

—Capitán Bannerman —dijo Llodrow, presentándole a Donal—. El capitán Graeme.

Donal contuvo el asombro. En el proceso general de sus pensamientos, había olvidado que un ascenso sería necesario. Era prácticamente imposible colocar a un enlace del Estado Mayor con rango de campo como comandante por encima de hombres que dirigían naves de primera clase.

—Caballeros —observó Llodrow, volviéndose hacia los demás oficiales ejecutivos—. Me he visto obligado, de manera precipitada, a formar con sus cinco naves una nueva unidad de Sub Patrulla. El capitán Graeme será su nuevo jefe. Formarán un equipo de reconocimiento que realizará cierto trabajo cerca del mismo

centro de la zona espacial enemiga; y quiero enfatizar el hecho de que el mando del capitán Graeme es absoluto. Obedecerán todas y cada una de sus órdenes sin cuestionarlas. ¿Hay alguna pregunta que desee formular alguno de ustedes ahora, antes de que él asuma el mando?

Los cinco capitanes permanecieron en silencio.

—Muy bien —Lludrow condujo a Donal entre la fila que formaban los oficiales—. Capitán Graeme, éste es el capitán Aseini.

—Es un placer —dijo Donal, estrechándole la mano.

—Capitán Colé.

—Es un placer.

—Capitán Sukaya-Mendez.

—A su servicio, capitán.

—Capitán el Man.

—Es un placer —repuso Donal. Un rostro Dorsai con cicatrices, pasados los treinta años, le observó—. Me parece que conozco el nombre de su familia, capitán. ¿Son del continente sur, cerca de Tamlin?

—Señor, cerca de Bridgevort —respondió el Man—. He oído el nombre de los Graeme.

Donal continuó.

—Y el capitán Raoul.

—Es un placer.

—Bien, entonces —dijo Lludrow, retrocediendo—. Dejo el mando en sus manos, capitán Graeme. ¿Necesita algún suministro en especial?

—Torpedos, señor —replicó Donal.

—Haré que suministro de armamentos se ponga en contacto con usted —comentó Lludrow, y se marchó.

Cinco horas más tarde, con varios cientos de torpedos adicionales cargados, la Sub Patrulla de cinco naves se puso en marcha camino del espacio profundo. Era el deseo de Donal que se alejaran lo más pronto posible de su propia base, evitando que la naturaleza de su expedición pudiera ser descubierta y anulada. Junto con los torpedos embarco también Lee; Donal recordó que su ordenanza había permanecido hasta el final en la C4J. Lee había sobrevivido a la batalla con bastante tranquilidad, ya que mientras duró permaneció sujeto a su silla en una sección de la nave que no había sufrido ningún daño por el golpe que destrozara la sala de control. Ahora, Donal le dio órdenes precisas.

—Quiero que esta vez esté conmigo —le dijo—, a mi lado. Dudo que le necesite; pero si así fuera, lo quiero a la vista.

—Allí estaré —repuso Lee sin demostrar ninguna emoción.

Habían estado hablando en la cabina del Jefe de Patrulla, que fue habilitada para Donal. Ahora, Donal se dirigía a la sala principal de control, seguido por Lee. Cuando llegó hasta el centro neurálgico de la nave, encontró a los tres oficiales

ocupados en el cálculo del cambio de fase; Bannerman observaba.

—¡Señor! —dijo Bannerman cuando Donal se aproximó.

Mirándole, Donal recordó a su instructor de matemáticas de la Academia; y repentina y dolorosamente fue consciente de su propia juventud.

—¿Estamos preparados para el cambio? —preguntó.

—En unos dos minutos lo estaremos. Como usted no especificó ningún punto particular de salida, la operación de la computadora ha sido breve. Sólo estamos haciendo las comprobaciones habituales para asegurarnos de que no exista peligro de colisión con ningún objeto. Será un salto de cuatro años luz, señor.

—Bien —dijo Donal—. Venga conmigo, Bannerman.

Lo llevó hasta el Ojo de Control más grande y elaborado que ocupaba el centro de esta sala de control; allí presionó algunas teclas. Una escena sacada del archivo de la biblioteca llenó el globo. Mostraba un planeta verde y blanco con dos lunas que flotaban en el espacio e iluminado por un sol del tipo GO.

—La naranja y las dos pepitas —señaló Bannerman, revelando el desagrado freilandés por los satélites planetarios naturales.

—Sí —repuso Donal—. Newton —miró a Bannerman—. ¿Cuán cerca podemos salir?

—¿Señor? —comentó Bannerman, mirando en derredor suyo.

Donal esperó, manteniendo sus ojos firmes en el hombre mayor. La mirada de Bannerman osciló y volvió a la escena reflejada en el Ojo.

—Podemos salir tan cerca como usted desee, señor —respondió—. En los saltos hacia el espacio profundo, nos detenemos para realizar observaciones y establecer nuestro emplazamiento de manera precisa. Pero la situación exacta de cualquier planeta civilizado ya está establecida. Para poder salir a una distancia segura de sus defensas, diría que...

—Yo no le pedí una distancia segura de sus defensas —observó Donal con tranquilidad—. Lo que dije fue: ¿cuán cerca?

Bannerman alzó la vista de nuevo. Su rostro no empalideció; pero había determinación en él. Miró a Donal unos segundos.

—¿Cuán cerca? —repitió—. Dos diámetros planetarios.

—Gracias, capitán —dijo Donal.

—Cambio en diez segundos —anunció la voz del primer oficial; y comenzó la cuenta atrás—. Nueve segundos... ocho... siete... seis... cinco... cuatro... tres... dos... ¡cambio!

Cambiaron de fase.

—Sí —prosiguió Donal, como si el cambio nunca hubiera interrumpido lo que iba a plantear—, aquí fuera, un lugar tranquilo y vacío, haremos varias maniobras, y quiero que todas las naves participen. Convoque una conferencia de capitanes, capitán.

Bannerman se acercó al panel de control e hizo las llamadas. Quince minutos más

tarde, con todos los oficiales despedidos a otras tareas, se reunieron en la privacidad de la sala de control de la nave de Bannerman, y Donal les explicó su plan.

—En teoría —comenzó—, nuestra Patrulla se encuentra en una misión de reconocimiento. En la práctica, lo que haremos será simular un ataque masivo al planeta Newton.

Esperó un minuto, dejando que el peso de sus palabras se registrara en sus mentes; y luego continuó con la explicación de sus intenciones.

Establecerían un planeta ficticio en los instrumentos de la nave. Se acercaría a él — el mundo sería Newton— de acuerdo con una trayectoria libre y desde diferentes direcciones; primero, una sola nave, luego dos juntas, después una serie de naves separadas y así sucesivamente. En teoría, saldrían de la fase justo delante del planeta, dispararían uno o más torpedos, completarían el vuelo hasta dejarlo atrás e inmediatamente entrarían de nuevo en fase. La intención era simular un esquema de explosiones que abarcarían la superficie total del planeta.

Sin embargo, habría una diferencia importante. Los torpedos explotarían bastante antes del anillo exterior de la órbita defensiva de Newton, como si los torpedos sólo fueran el medio de liberar radiación o algún material destinado a caer sobre el planeta, para extenderse progresivamente en su superficie.

Además, los vuelos tendrían que estar tan sincronizados que el número de cinco naves, por rotación, pareciera una flota entera en continuo bombardeo.

—¿... Alguna sugerencia... comentarios? —inquirió Donal, finalizando.

Más allá del grupo que tenía ante sí, veía a Lee apoyado contra la pared de la sala de control observando a los capitanes con mirada impasible.

No hubo respuesta inmediata; luego Bannerman habló despacio, como si sintiera que la responsabilidad de ser el portavoz del grupo hubiera recaído sobre él.

—Señor —dijo—, ¿cuáles serán las probabilidades de colisión?

—Sé que serán altas —repuso Donal—. Especialmente con las naves defensoras. Pero tendremos que arriesgarnos.

—¿Puedo preguntar cuántas veces repetiremos la maniobra?

—Tantas —indicó Donal— como podamos —miró con deliberación al grupo—. Quiero que entiendan bien esto caballeros. Evitaremos todo posible intento de batalla abierta o bajas accidentales; sin embargo, tal vez no podamos hacerlo debido al elevado número de pasadas que, necesariamente, realizaremos.

—¿Cuántas repeticiones tiene usted en mente, capitán? —preguntó Sukaya-Mendez.

—No veo —replicó Donal— cómo, de manera eficaz, podremos presentar la ilusión de una gran flota ocupada en un bombardeo de saturación a un planeta si no es en dos horas de continuas pasadas.

—¡Dos horas! —exclamó Bannerman. Surgió un sonoro murmullo entre el grupo

—. Señor —prosiguió Bannerman—, incluso con vuelos de cinco minutos, eso supone emplear a cinco naves para mejorar dos vuelos por hora. Si lo duplicamos, o si hay alguna baja, tal vez se eleven a cuatro. Eso hacen ocho cambios de fase en una hora... dieciséis en un período de dos horas. Señor, incluso drogados hasta las orejas, las tripulaciones de nuestras naves no lo podrán soportar.

—¿Conoce a alguien que alguna vez lo intentara, capitán? —inquirió Donal.

—No, señor... —comenzó Bannerman.

—¿Entonces cómo sabemos que no puede hacerse? —Donal no esperó una respuesta—. La cuestión es que debe hacerse. Sólo se les pide que conduzcan sus naves y disparen, posiblemente, dos torpedos. Para ello no hace falta una tripulación completa como en condiciones normales. Si algunos de sus hombres se desmoronan, sustitúyalos por los que estén libres.

—¡*Shai Dorsai!* —murmuró el Man; Donal le miró, agradecido tanto por el apoyo como por el cumplido.

—¿Alguien desea retirarse? —preguntó Donal secamente.

De todos ellos salió un lento pero enfático susurro de negación.

—Bien —Donal dio un paso atrás—. Comencemos con los vuelos de práctica. Pueden retirarse, caballeros.

Observó a los cuatro capitanes que vinieron de las otras naves salir de la sala de control.

—Será mejor que la tripulación coma y descanse —dijo Donal volviéndose a Bannerman—. Y descanse usted también. Es lo que voy a hacer yo. Haga que me envíen un par de almuerzos a mi cabina.

—Sí señor —respondió Bannerman.

Donal dio media vuelta y dejó la sala de control, seguido por Lee como si fuera su sombra. El nombre de Coby guardó silencio hasta que llegaron a la cabina; luego rugió:

—¿Qué pretendía el cara cortada ése cuando le llamó inseguro?

—¿Inseguro? —Donal giró, sorprendido.

—Sí, inseguro, asustadizo... o algo así.

—Oh —Donal sonrió por la expresión de la cara del otro—. No fue un insulto, Lee. Fue una especie de apoyo. Dijo *shai*, que significa... verdadero, puro, real.

Lee gruñó, luego asintió.

—Supongo que usted lo conoce mejor —comentó.

Jefe de Sub Patrulla II

Newton no lo olvidaría.

Sobre un mundo al que sólo superaba Venus en sus logros tecnológicos —y algunos pensaban que ni siquiera—, sobre un mundo materialmente rico, arrogante por su conocimiento, y ensimismado en la contemplación de sus enormes fuerzas de combate, cayó la sombra del invasor. Unos minutos antes, sus habitantes se sentían seguros, como siempre, detrás del cerco protector que formaban la órbita de sus noventa naves... pero en ese momento el poderío enemigo se abatió sobre ellos, volando a través de la atmósfera de su planeta, bombardeándolos con... *¿qué?*

No, Newton nunca lo olvidaría. Pero eso fue después.

Para los hombres de las cinco naves, era el aquí y el ahora lo que contaba. Su primera pasada por encima del rico planeta apenas pareció algo más que otra práctica. Las noventa naves defensivas permanecían allí... al igual que otras naves de diferentes categorías. Ellas —o todas las que no se encontraban ocultas por la masa planetaria— fueron registradas por los instrumentos de las naves freilandesas. Pero eso fue todo. Incluso la segunda pasada transcurrió casi sin ningún incidente. Para cuando la nave insignia de Donal emprendía la tercera, Newton parecía un nido de avispas que acabaran de despertarse.

El sudor caía libremente por el rostro de Donal cuando salieron al espacio que rodeaba el planeta; y no era sólo debido a la tensión. Los choques psíquicos de los cinco cambios de fase pasaban su factura. A mitad de la trayectoria una sacudida súbita recorrió el pequeño mundo de blancas paredes que era la sala de control, pero la nave continuó intacta, soltó su segundo torpedo y retornó a la seguridad de su sexto cambio de fase.

—¿Daños? —reclamó Donal... y se sorprendió al escuchar su voz como un graznido. Tragó saliva y lo preguntó de nuevo, en un tono más normal y controlado—. ¿Daños?

—Ningún daño —replicó un oficial con voz aguda desde el panel de control—. Sólo fue una explosión cercana.

Donal posó su mirada de nuevo, casi con fiereza, en la escena del Ojo.

Apareció la segunda nave. Luego la tercera. La cuarta. La quinta.

—¡Ahora de a dos! —ordenó Donal con voz ronca.

Hubo un minuto o dos de descanso, pero enseguida se produjo el enfermante tirón que marcaba el nuevo cambio de fase.

En el Ojo, y con una ampliación inmediata, Donal vio dos naves newtonianas: una en dirección del planeta, y la otra a unos dos grados de la línea del bombardeo que habían comenzado a trazar.

—Defensa... —empezó Donal; pero los artilleros no habían esperado ninguna orden.

Se había establecido ya el seguimiento y las computadoras estaban preparadas.

Mientras observaba la nave newtoniana que tenían delante, en la misma trayectoria, ésta se abrió como un globo que estallase en cámara lenta y pareció caer, alejándose de ellos.

... Otro cambio de fase.

La sala osciló un segundo ante los borrosos ojos de Donal. Sintió una momentánea náusea; y, mientras la controlaba, oyó cómo alguien vomitaba encima del panel. Algo en su interior estalló y forzó con ira la quietud de su estómago.

Sólo está en tu mente... todo está en tu mente... se abofeteó con este pensamiento como si fuera una maldición. La sala se estabilizó; la enfermedad retrocedió un poco.

—Ya... —Era Bannerman que llamaba con voz entrecortada desde el panel. Donal parpadeó y trató de enfocar la escena en el Ojo. El olor acre de su propio sudor penetraba con fuerza en su nariz... ¿o era la sala la que estaba bañada con el hedor del sudor de todos?

En el Ojo vio que cuatro naves habían regresado de la última pasada. Mientras observaba, la quinta cobró una resplandeciente vida.

—¡Una vez más! —ordenó con voz ronca—. Que éste sea un vuelo más bajo.

Desde el panel le llegó un sonido ahogado, como de llanto; deliberadamente no volvió la cabeza para saber quién era.

De nuevo el cambio de fase.

La borrosa silueta de un planeta abajo. Una fuerte sacudida. Otra.

De nuevo el cambio de fase.

La sala de control... ¿se llenaba de niebla? No... eran sus ojos. Parpadea. No te pongas enfermo.

—¿Daños?

No hubo respuesta.

—¡Daños!

—... Un ligero impacto. Ya ha sido sellado...

—Una vez más.

—Capitán... —Era la voz de Bannerman—, no podemos hacerlo otra vez. Una de nuestras naves...

Comprobación en el Ojo. Las imágenes danzan y oscilan... sí, sólo cuatro naves.

—¿Cuál?

—Creo que... —jadeó Bannerman—... es la de Méndez.

—Una vez más.

—Capitán, no puede pedirle...

—Póngame con todas las naves —pausa—. ¿Me escucha? Conécteme con todas las naves.

—Conexión... —Era la voz de un oficial—. Ya está conectado, capitán.

—Muy bien, soy el capitán Graeme —un graznido y un chillido. ¿Era su voz la

que hablaba?—. Pido voluntarios... para una nueva pasada. Sólo voluntarios. Que hable el que quiera acompañarme.

Una larga pausa.

—¡Shai Dorsai!

—¡Shai el Man!... ¿algún otro?

—Señor —Bannerman—, las otras dos naves no reciben.

Observa el Ojo. Parpadea. Es cierto. Dos de las tres naves que hay en él desaparecen.

—Sólo nosotros dos, entonces. ¿Bannerman?

—A... —Un graznido—... sus órdenes, señor.

—Programa el vuelo.

Pausa...

Cambio de fase.

El planeta gira... un golpe... el espacio oscuro. No puedo desvanecerme ahora...

—¡Sáquela de aquí! —Pausa—. ¡Bannerman!

Una respuesta débil:

—Sí, señor...

CAMBIO DE FASE.

... La oscuridad...

—¡... Arriba!

Era un gruñido bajo, duro y amargo, en el oído de Donal. Con los ojos cerrados, se preguntó de dónde vendría. Lo escuchó de nuevo, y luego otra vez. Lentamente se dio cuenta de que era él mismo quien se lo decía.

Luchó por abrir los ojos.

La sala de control estaba tan quieta como la muerte. En la profundidad del Ojo que había delante suyo se veían tres diminutas siluetas de naves, ampliadas al máximo y separadas entre sí. Con dedos muertos recorrió las ataduras de su traje que lo sujetaban a la silla. Las soltó una a una. Se incorporó del asiento y cayó de rodillas al suelo.

Tambaleándose, trastabillando, se puso de pie. Se volvió hacia las cinco sillas ante el panel de control y, a duras penas, llegó hasta ellas.

En cuatro de las sillas, Bannerman y sus tres oficiales parecían más que inconscientes. La cara del capitán era de un color blanco lechoso y no daba la sensación de que respirara. Los cuatro hombres habían vomitado.

En el quinto asiento, Lee yacía retorcido entre las correas. No se encontraba inconsciente. Sus ojos permanecían abiertos y miraban a Donal a medida que éste se aproximaba; un hilo de sangre resbalaba de un extremo de la boca de su ordenanza. Aparentemente, había tratado de soltarse con la sola ayuda de su fuerza, como un animal irracional, e ir en ayuda de Donal. No obstante, sus ojos no mostraban locura, sino una simple y antinatural determinación de propósito. Cuando Donal llegó hasta él, Lee trató de hablar; pero lo único que articuló, por un segundo, fue un sonido

ahogado, y un poco más de sangre cayó desde su boca.

—¿Sstá bien? —masculló finalmente.

—Sí —susurró Donal—. En seguida le soltaré. ¿Qué le ocurrió a su boca?

—Mordí lengua... —farfulló Lee espesamente—. Sstoy bien.

Donal desabrochó las últimas correas y, extendiendo los brazos, abrió la boca de Lee con sus manos. Tuvo que emplear la fuerza para hacerlo. Salió un poco de sangre, pero vio el interior. La mitad de la lengua de Lee había sido cercenada.

—No hable —ordenó Donal—. No use su lengua para nada hasta que se la curen.

Lee asintió, su rostro no delató ninguna emoción, y, con visibles muestras de dolor, se levantó de la silla.

Para cuando lo consiguió, Donal había podido liberar la inerte forma del tercer oficial. Sacó al hombre de la silla y lo depositó en el suelo. No había ninguna pulsación perceptible del corazón. Donal lo tendió en el suelo e inició la respiración artificial; pero ante el primer esfuerzo su cabeza dio vueltas y se vio obligado a detenerse. Se irguió con lentitud y comenzó a desatar las correas de Bannerman.

—Suelte al segundo, si ve que tiene fuerzas —le dijo a Lee. El ex minero de Coby se tambaleó hasta llegar al segundo oficial y comenzó a desatarlo.

Entre los dos extendieron a los tres freilandeses en el suelo y les quitaron los cascos. Bannerman y el segundo oficial mostraron síntomas de recuperar la consciencia y Donal los dejó para volver a aplicarle la respiración artificial al tercer oficial. Pero, cuando lo tocó, encontró que el cuerpo ya se había enfriado.

Regresó hasta el primer oficial, que aún estaba laxo e inconsciente. Pasado un rato, éste comenzó a respirar a grandes bocanadas y más regularmente; sus ojos se abrieron. Pero, por su mirada, era claro que no los veía ni sabía dónde se encontraba. Observó el panel de control con los ojos en blanco, como si estuviera drogado.

—¿Cómo se siente? —le preguntó Donal a Bannerman.

El capitán freilandés gruñó y trató de apoyarse sobre un codo. Donal lo ayudó, y por fin pudo incorporarse; primero se sentó, luego se arrodilló y, finalmente —con la ayuda del respaldo de una silla en la que se apoyó—, se puso de pie.

Los ojos de Bannerman se habían dirigido de inmediato, apenas abrirse, al panel de control. Ahora, en silencio, regresó dolorosamente a su silla y, con torpes dedos, presionó algunas teclas.

—A todas las secciones de la nave —graznó ante el comunicador que tenía ante sí—. Informen.

No hubo respuesta.

—¡Informen! —exclamó.

Su dedo índice apretó un botón y una alarma sonó metálicamente a lo largo de toda la nave. Cesó, y una débil voz surgió del altavoz que había sobre el panel.

—La Sección Cuarta de Armas informando, señor...

La batalla de Newton había acabado.

Héroe

Sirio se acababa de poner; y el brillante disco pequeño que era el compañero de esa enana blanca, que los freilandeses y neoterrestres designaban con nombres bastante poco halagüeños, comenzaba a iluminar con fuerza la habitación de Donal. Éste, bañado por la luz que se filtraba por la ventana, vestía sólo unos pantalones cortos de deporte y releía algunos de los interesantes mensajes que había recibido en los últimos días... desde el *affair* de Newton.

Tan enfrascado estaba que no prestó atención hasta que Lee tocó su bronceado hombro.

—Es hora de que se vista para la fiesta —le dijo el hombre de Coby. Tenía en un brazo un uniforme gris compuesto de chaqueta larga y pantalón, cortado al estilo de Freilandia. De acuerdo con la moda, no llevaba ninguna insignia de rango—. Hay algunas noticias que debo darle. Primera, *ella* estuvo aquí.

Donal frunció el ceño, mientras se vestía. Elvine se había acostumbrado a la idea de cuidarle después de su regreso de la corta estancia en el hospital que había tenido lugar una vez concluido el enfrentamiento con Newton. La conveniente conclusión que ella había sacado era que él todavía padecía la sobredosis de cambios de fase por la que habían tenido que atravesar todos. Contraria a la opinión médica y a la de Donal, insistió en pegarse a él con una constancia tal que le indujo a pensar si quizá no habría preferido los cambios de fase. Sin embargo, se relajó.

—Creo que tendré que poner fin a esta situación —comentó—. ¿Qué más?

—Ese William de Ceta que tanto le interesa —repuso Lee—. Estará presente en la fiesta.

Donal volvió la cabeza para mirar detenidamente al hombre. Pero Lee sólo le había dado la información. La huesuda cara carecía incluso de esos pequeños gestos expresivos que Donal se había acostumbrado a leer en ella durante las últimas semanas de asociación.

—¿Quién le dijo que me interesaba William? —inquirió.

—Presta atención cuando la gente habla de él —replicó Lee—. ¿No debería mencionárselo?

—No, está bien —dijo Donal—. Quiero que me cuente, siempre que descubra algo interesante sobre él, todo lo que crea que yo desconozco. No sabía que fuera usted tan buen observador.

Lee se encogió de hombros. Sostuvo la chaqueta de Donal para que éste se la enfundara.

—¿De dónde viene? —preguntó Donal.

—De Venus —contestó Lee—. Le acompaña un hombre de Newton... un tipo grande y borrachín de nombre Montor. Y una muchacha... una de esas personas especiales de los exóticos.

—¿La Selecta de Kultis?

—Correcto.

—¿Qué hacen aquí?

—Él es un V. I. P. —observó Lee—. ¿Quién, que lo sea y se encuentre en Freilandia, dejará de venir a su fiesta?

Donal frunció el ceño de nuevo. Casi había conseguido olvidar que en su honor se reunirían varios cientos de personas bien conocidas aquí esta noche. ¡Oh!, no es que alguien esperara que él se exhibiera. Las reglas sociales de la época, y de este mundo en particular, hacían que uno no tuviera que comportarse como una celebridad. Por lo menos, no de una manera directa. La teoría era que honrabas a un hombre aceptando su hospitalidad. Y como Donal no disponía de ningún medio para brindarla, el mariscal le había sacado del compromiso ofreciéndole su residencia. No obstante, este tipo de ocasiones eran las que más atentaban contra el carácter de Donal.

Hizo a un lado este asunto y pensó en William. Si se encontraba de visita en Freilandia, era impensable que no fuera invitado, y muy poco probable que declinara la invitación. Tal vez sólo fuera eso. Quizá, pensó Donal con un cansancio extremo, no acorde con su edad, sus sospechas fueran infundadas. Pero al mismo tiempo que su mente desarrollaba esta idea, supo que no era verdad. Era esa peculiaridad inherente a él la que se lo decía, ahora más acentuada que nunca desde la sacudida psíquica que supuso la batalla de Newton, con sus múltiples cambios de fase. Lo que él antes percibía sólo difusamente, cobraba cada vez más forma y substancia. Un esquema había empezado a hacerse visible, con William en su centro, y a Donal no le gustó lo que veía en él.

—Póngame al tanto de lo que averigüe acerca de William —insistió.

—De acuerdo —replicó Lee—. ¿Y sobre el hombre de Newton?

—Sí, y también sobre la muchacha de los mundos exóticos. Donal terminó de vestirse y se dirigió por la entrada interior a la oficina del mariscal. Elvine se encontraba allí, y con ella y el mariscal, como invitados, estaban William y Anea.

—¡Pase, Donal! —exclamó Galt cuando vio que éste dudaba en el umbral—. ¡Recordará a William y Anea! —No los olvidaría.

Donal entró y estrechó manos. La sonrisa de William era cálida, su apretón de manos firme; pero el de Anea fue frío y breve, y su sonrisa superficial. Donal notó que Elvine los observaba con atención; un ligero toque de alerta perturbó la quietud de la mente de Donal.

—Anhelaba que volviéramos a vernos —comentó William—. Le debo una disculpa, Donal. De verdad que se la debo. He subestimado considerablemente su genio.

—No es genio —indicó Donal.

—Genio —insistió William—. La modestia es para los hombres insignificantes —sonrió con franqueza—. ¿Supongo que se da cuenta de que este asunto con Newton le ha convertido en la nova más reciente de nuestro horizonte militar?

—Tendré que procurar que sus halagos no se me suban a la cabeza, Príncipe.

Donal también podía intercambiar palabras con doble sentido. La primera frase de William casi le había relajado. No eran los lobos que circulaban entre la gente los que le desconcertaban y confundían, sino los perros pastores descarriados. Aquellos que, de hecho, fueron equipados por la naturaleza y el instinto para ser una cosa y, a través de la oportunidad y la obstinación equivocada, se encontraban a sí mismos actuando en contraposición con su ser natural. Posiblemente, había pensado, ése era el motivo por el que le resultaba más fácil tratar con hombres que con mujeres... eran menos propensos al autoengaño. No obstante, y con un leve sobresalto, su atención se vio desviada hacia Anea.

—Es modesto —dijo ella; pero el rojo que coloreaba sus pómulos, resaltados en su palidez habitual, y sus hostiles ojos contradecían sus palabras.

—Quizá —comentó tan ligeramente como pudo— se deba a que no creo, sinceramente, que haya nada sobre lo que tenga que actuar con modestia. Cualquiera hubiera podido hacer lo que yo realicé en Newton... y, de hecho, varios cientos de hombres lo hicieron. Los que volaron conmigo.

—Oh, pero fue tu idea —intervino Elvine.

Donal se rió.

—Muy bien —dijo—. Por la idea acepto el reconocimiento.

—Por favor, hágalo —replicó Anea.

—Bien —comentó Galt viendo que la situación se volvía incontrolada—. Estábamos a punto de unirnos a la fiesta, Donal. ¿Viene con nosotros?

—En seguida voy —respondió Donal con suavidad—. Vea si puede encontrar algo de *whisky* Dorsai.

Lee dio media vuelta y salió de la habitación. Regresó unos segundos después con una copa tallada en forma de tulipán y que contenía, aproximadamente, un decilitro de *whisky* de color bronce. Donal lo bebió despacio, agradeciendo el fuego en su garganta.

—¿Descubrió algo acerca de William? —Le devolvió la copa a Lee.

Lee sacudió la cabeza.

—No me sorprende —murmuró Donal. Frunció el ceño—. ¿Ha visto a ArDell Montor... el newtoniano que vino con William?

Lee asintió.

—¿Me puede indicar dónde encontrarlo?

Lee asintió de nuevo. Condujo a Donal hacia la terraza, una distancia corta, y luego entró por la puerta de cristal abierta a la biblioteca. Allí, en uno de los pequeños y separados cubículos, encontró a ArDell solo con una botella y unos libros.

—Saludos —dijo ArDell alzando la vista. Donal se acercó y se sentó ante la pequeña mesa que había en la cabina opuesta a la de ArDell y su botella.

—¿Por qué no vino a verme a mi habitación? —preguntó Donal.

—Imposible.

ArDell llenó su copa, miró en derredor suyo en busca de otra y vio una pequeña vasija que contenía unas pequeñas lilas variformes autóctonas. Las volcó en el suelo, llenó la vasija y se la pasó educadamente a Donal.

—No, gracias —rehusó Donal.

—De todas formas, sosténgala —pidió ArDell—. Me incomoda beber con un hombre que no lo hace. No, será mejor que choquemos el uno contra el otro —de repente miró a Donal con uno de sus inesperados ataques de sobriedad y penetración—. El insiste otra vez.

—¿William?

—¿Quién podría ser? —ArDell bebió—. ¿Pero qué estará haciendo con Project Blaine? —Sacudió la cabeza—. Ése es un hombre y un científico. No le veo a él llevando a Blaine cogido de la nariz... pero, aún así...

—Desafortunadamente —dijo Donal—, todos estamos atados en nuestra existencia hasta el final de nuestros negocios por la cinta roja de nuestros contratos. Y es en los negocios donde brilla William.

—¡Pero no tiene sentido! —ArDell retorció la copa en sus manos—. Míreme a mí. ¿Por qué querría arruinarme? Y es lo que está haciendo —súbitamente se rió entre dientes—. Aunque ahora lo he asustado.

—¿De verdad? —inquirió Donal—. ¿Cómo?

ArDell tocó la botella con el dedo índice.

—Con esto. Teme que pueda llegar a matarme. Evidentemente, no lo desea.

—¿Qué es lo que persigue? —preguntó Donal—. Me refiero en general.

—¿Quién lo sabe? —ArDell alzó las manos—. Negocios. Más negocios. Contratos... más contratos. Acuerdos con todos los gobiernos, tener una porción de cada pastel. Ése es nuestro William.

—Sí —dijo Donal. Echó hacia atrás el flotador y se puso de pie.

—Siéntese —pidió ArDell—. Relájese y charlemos. Nunca se queda quieto más de uno o dos segundos. Por el amor a la paz, usted es el único hombre entre las estrellas con el que puedo hablar, y nunca se queda conmigo más que un breve rato.

—Lo siento —dijo Donal—. Pero tengo cosas que hacer. Quizá llegue un día en el que nos podamos sentar y hablar.

—Lo dudo —masculló ArDell—. Lo dudo mucho.

Donal lo dejó allí, con la mirada en la botella.

Se dirigió en busca del mariscal, pero fue a Anea a quien encontró primero; estaba de pie y sola en una pequeña terraza. Contemplaba el pasillo que tenía justo debajo con una expresión que mezclaba al mismo tiempo el cansancio y la añoranza; Donal se sintió inesperadamente conmovido.

Se acercó y ella giró al escuchar el ruido de sus pisadas. Cuando lo vio, su expresión cambió.

—Usted otra vez —dijo con un tono que no sugería ninguna bienvenida.

—Sí —comentó Donal con brusquedad—. Pensaba buscarla más tarde, pero ésta

es una oportunidad demasiado buena para dejarla pasar.

—¿Demasiado buena?

—Quiero decir que está sola... Quiero decir que puedo hablar con usted en privado —repuso Donal con impaciencia.

Ella sacudió la cabeza.

—No tenemos nada de que hablar —observó.

—No diga tonterías —indicó Donal—. Por supuesto que tenemos... a menos que haya abandonado su campaña contra William.

—¡Vaya! —La palabra saltó de su boca y sus ojos relampaguearon su fuego verde hacia él—. ¡Quién se cree que es! —gritó furiosa—. ¿Quién le dio alguna vez el derecho para inmiscuirse en lo que yo hago?

—Soy maranita por parte de mis dos abuelas —replicó—. Tal vez ésa es la razón por la que siento una cierta responsabilidad hacia usted.

—¡No le creo! —exclamó—. Me refiero a que sea maranita en parte. Usted no podría tener ninguna ascendencia exótica, alguien como usted, un... —Se detuvo sin encontrar las palabras.

—¿Bien? —le sonrió sombríamente—. ¿Un qué?

—Un... ¡*mercenario!* —gritó con aire de triunfo, encontrando al fin la palabra que más podía herirle en la malinterpretación que hacía de ella.

Él *quedó* herido, y se encolerizó; pero lo ocultó. Esta muchacha tenía la habilidad de atravesar sus defensas en el nivel más infantil, donde un hombre como William no podía hacerlo.

—No importa eso —observó—. Mi pregunta se refería a usted y a William. La última vez que nos vimos le dije que no intrigara contra él. ¿Siguió ese consejo?

—Ciertamente no tengo que responderle —le miró con irritación—. Y no lo haré.

—Entonces —dijo él, encontrando de repente un acceso a su interior que, con toda posibilidad, era una compensación natural a la percepción inusual que ella tenía de él—, lo ha hecho. Me alegra saberlo —dio media vuelta para marcharse—. Ahora la dejo.

—Espere un minuto —gritó. Él se volvió—. ¡No lo hice por usted!

—¿No?

De manera sorprendente, sus ojos parpadearon y bajó la vista.

—¡De acuerdo! —dijo—. Dio la casualidad de que sus ideas coincidieron con las mías.

—O simplemente que lo que yo le dije tenía sentido —replicó él— y, siendo la persona que es, actuó en consecuencia.

Lo miró con fiereza otra vez.

—Sí, él continúa... y me encuentro encadenada a él por otros diez años con opciones...

—Déjeme eso a mí —interrumpió Donal.

La boca de ella se abrió.

—¡Usted! —exclamó; y su sorpresa fue tan grande que la palabra surgió de su boca con un acento de total cansancio.

—Yo me encargaré de ello.

—¡Usted! —gritó, y la palabra ahora sonó de manera completamente diferente—. *Usted* se opondrá a un hombre de la posición de William... —Se detuvo, girando—. ¡Oh! —exclamó enfadada—. No sé por qué sigo escuchándole como si dijera la verdad... Cuando sé qué clase de persona es usted.

—¡No sabe nada en absoluto sobre la persona que soy yo! —espetó él—. He realizado unas cuantas cosas desde la última vez que me vio.

—Oh, sí —comentó ella—, hizo que ejecutaran a un hombre, y fingió bombardear un planeta.

—Adiós —le dijo con cansancio, y dio media vuelta.

Salió por la pequeña entrada a la terraza dejándola sola, sin darse cuenta de que ella no quedaba poseída por una indignación justificada y sin el triunfo que había esperado, sino desconcertada y angustiada de manera extraña.

Buscó por toda la mansión y, finalmente, localizó de nuevo al mariscal en su oficina, solo.

—¿Puedo pasar, señor? —preguntó desde el marco de la puerta.

—¿De qué se trata, muchacho? —inquirió el mariscal. Levantó su pesada cabeza y contempló a Donal con intensidad—. ¿Ocurre algo?

—Algunas cosas —reconoció Donal. Se sentó sobre el vacío flotador que había enfrente del escritorio y que Galt le indicó—. ¿Puedo preguntarle si William vino aquí esta noche con la intención de cerrar alguna transacción con usted?

—Puede preguntarlo —respondió Galt apoyando sus enormes antebrazos sobre el escritorio—, pero no sé por qué debería contestarle.

—Por supuesto que no está obligado —repuso Donal—. No obstante, y asumiendo que así lo hizo, me gustaría decirle que, en mi opinión, no sería nada inteligente realizar negocios con Ceta en este momento... y, en particular, con William de Ceta.

—¿Y qué hace que ésta sea su opinión? —preguntó Galt con un ligero deje irónico. Donal dudó.

—Señor —respondió después de un segundo—. Me gustaría recordarle que tuve razón en Armonía y en Newton; y que, en este asunto, también puedo tenerla.

Era una impertinencia considerable para que el mariscal la soportara; ya que, en efecto, señalaba que si Donal había tenido razón por dos veces, Galt se había equivocado otras tantas... primero en su afirmación de que Hugh Killien era un oficial responsable y, luego, en su análisis de los motivos que había detrás de la acción de los newtonianos en Oriente. Pero si era lo suficientemente Dorsai en su orgullo, también lo era para ser honesto cuando la situación lo requería.

—De acuerdo —aceptó—. William me ha hecho una proposición. Desea hacerse cargo de un número considerable de nuestro exceso de hombres de infantería, no para

una campaña determinada, sino para ofrecérselos a otros interesados. Sin embargo, seguirían siendo nuestras tropas. Me opuse a ello, y aduje que de esta manera competiríamos contra nosotros mismos cuando hubiera que ofrecer tropas a los mercados exteriores, pero me garantizó que lo que estaba dispuesto a pagarnos compensaría toda posible pérdida que pudiéramos tener por ello. Tampoco comprendí cómo obtendría algún beneficio con esta operación, pero, evidentemente, lo que se propone es entrenar a los hombres en unas determinadas especializaciones que, de otra forma, un solo planeta no se podría permitir y, de esa manera, mantener un ejército equilibrado. Dios sabe que Ceta es lo suficientemente poderoso como para realizarlo; y que su gravedad, aunque sea ligeramente inferior a la nuestra, no les hará ningún daño... a nuestras tropas, claro está.

Sacó su pipa de un cajón del escritorio y comenzó a llenarla.

—¿Cuál es su objeción? —preguntó.

—¿Tiene la absoluta certeza de que las tropas no serán contratadas por alguien que las use en su contra? —inquirió Donal.

Los gruesos dedos de Galt dejaron de llenar la pipa.

—Insistiremos en ciertas garantías.

—¿Pero qué valor poseen las garantías en un caso así? —preguntó Donal—. El hombre que se lo garantice a usted —William— no es el mismo que puede atacarle con esas tropas. Si encontrara a los soldados alquilados por Freilandia atacando de repente suelo freilandés, puede que gane la garantía, pero perderá la tierra.

Galt frunció el ceño.

—Todavía no veo —replicó— cómo se podría beneficiar William.

—Existe la posibilidad —observó Donal—, de que lo que ganara con una lucha fratricida entre los freilandeses fuera más valioso que la garantía.

—¿Cómo?

Donal vaciló ante sus propias sospechas privadas. Entonces decidió que aún no eran lo suficientemente sólidas para comentárselas al mariscal; de hecho, tal vez debilitarían su argumento.

—No lo sé —repuso—. Sin embargo, creo que no sería muy conveniente arriesgarse.

—¡Ja! —bufó Galt y sus dedos continuaron llenando la pipa—. *Usted no* es el que ha de rechazarlo... ni justificar esa negativa ante el Estado Mayor y el Gobierno.

—No le propongo que le diga que no de una forma tajante —dijo Donal—. Sólo le sugiero que dude. Aduzca que en su opinión, la situación interestelar en este momento no justifica que Freilandia se quede con las tropas justas de combate. Su reputación militar es lo suficientemente sólida como para que nadie cuestione una respuesta así.

—Sí... —Galt se llevó la pipa a los labios y la encendió con gesto pensativo—... Creo que seguiré su recomendación. ¿Sabe, Donal? Considero que, de ahora en adelante, es mejor que permanezca a mi lado como mi ayudante de campo, así podré

disponer de sus consejos cuando los necesite.

Donal hizo una mueca de tristeza.

—Lo siento, señor —comentó—. Pero tenía pensado marcharme... si usted me deja libre.

Las cejas de Galt se entrecerraron súbitamente, formando una espesa barrera de pelo. Se quitó la pipa de los labios.

—Oh —dijo sin ninguna entonación—. Es ambicioso, ¿verdad?

—En parte —reconoció Donal—. Sólo en parte... creo que me será más fácil oponerme a William como un agente libre.

Galt lo observó durante un rato con ojos firmes.

—Por todos los cielos —subrayó—, ¿qué es esta venganza personal que tiene contra William?

—Le tengo miedo —respondió Donal.

—Déjelo en paz y, ciertamente, él lo dejará en paz a usted. Tiene peces más grandes que freír... —Galt se detuvo y se puso la pipa entre los dientes y mordió con fuerza la boquilla.

—Temo que —dijo Donal con tristeza— hay algunos hombres entre las estrellas que no pueden evitar cruzarse en el camino de otros —se irguió en su silla—. ¿Dejará libre mi contrato entonces?

—No mantendré a ningún hombre en contra de su voluntad —rugió el mariscal—. Salvo en una emergencia. ¿Adónde piensa ir?

—Me han hecho algunas ofertas —repuso Donal—. Pero estaba pensando en aceptar la del Consejo de la Iglesia Unificada en Armonía y Asociación. Su Eclesiarca me ofreció el puesto de Ministro de la Guerra para los dos planetas Amistosos.

—¿El Eclesiarca Bright? Ha conseguido que cada comandante con cierta independencia se alejara de ellos.

—Lo sé —dijo Donal—. Y sólo por esa razón espero brillar con más intensidad. Me ayudará a cimentar mi reputación.

—Por... —Galt no acabó el juramento—. Siempre está calculando, ¿cierto?

—Supongo que tiene razón —aceptó Donal sin alegría—. El motivo es que uno nace con una cierta mentalidad.

Ministro de la Guerra

El ordenanza se acercó al escritorio de Donal y el eco de sus botas negras sobre el suelo gris resonó en el amplio despacho del Cuartel General de Defensa de Armonía.

—Especial, urgente y privado, señor —depositó la cinta con el estuche azul de los mensajes ordinarios sobre la mesa.

—Gracias —dijo Donal y le despidió con una mano.

Rompió el sello de la cinta, la introdujo en la unidad lectora de su escritorio y —tras esperar que el ordenanza abandonara la sala— presionó una tecla.

La profunda voz de su padre salió del altavoz.

«Donal, hijo mío...

»Nos alegró mucho recibir tu cinta y enterarnos de tu éxito. Nadie de esta familia ha progresado tanto en tan poco tiempo en las cinco últimas generaciones. Aquí, todos estamos contentos por ti, rezamos por tu bien y anhelamos noticias tuyas.

»Sin embargo, me dirijo a ti en esta ocasión por un asunto desgraciado. Tu tío Kensie fue asesinado una noche, aproximadamente hace un mes, en un callejón de la ciudad de Blauvain, en St. Marie, por un grupo terrorista local que se opone al gobierno. Ian, que, por supuesto, era oficial de la misma unidad, logró descubrir su escondite y mató a los tres hombres que encontró allí con sus propias manos. No obstante, esto no nos devolverá a Kensie. Él era el favorito de todos nosotros; y todos estamos consternados por su muerte.

»Es Ian, sin embargo, quien nos preocupa en este momento. Trajo el cuerpo de Kensie a casa, ya que se negó a que lo enterraran en St. Marie, y lleva sin moverse de aquí varias semanas. Sabes que él siempre fue el más sombrío de los gemelos, de la misma forma que Kensie parecía ser el doble de alegre y optimista de lo que le correspondería, normalmente, a un hombre. Tu madre dice que es como si Ian hubiera perdido a su ángel del bien y se encontrara abandonado a las fuerzas de la oscuridad que siempre le han acosado.

»Como bien sabes, nunca estuve a favor de que miembros de la misma familia sirvieran juntos, tanto en el campo de batalla como en la guarnición, para evitar que los sentimientos familiares in fluyeran en las responsabilidades militares. Pero tu madre cree que no deberíamos dejar que Ian permanezca rodeado por ese silencio que le domina últimamente; que debería entrar de nuevo en acción. Y me pide que te diga si podrías encontrarle un lugar en tu Estado Mayor, donde pudieras vigilarlo. Sé que será difícil para ambos que él desempeñe una labor subordinada a ti, no obstante, tu madre cree que eso sería preferible a la situación actual.

»Ian no ha expresado ningún deseo por retornar a la vida activa; pero, si le hablo como cabeza de familia, sé que lo haría. A tu hermano Mor le va bien en Venus y, hace muy poco, ha sido ascendido a comandante. Tu madre te ruega que le escribas

pronto, tanto si él te ha escrito a ti como si no, ya que, quizá, sea reacio a ponerse en contacto contigo sin ninguna razón de peso... como tú has ascendido tan deprisa, a pesar de que él es el mayor.

»Todo nuestro amor. Echan». Donal suspiró. Parecía que acumulaba gente bajo su responsabilidad de una manera continua. Primero fue Lee. Luego, el Man, el de la cara con una cicatriz, le pidió si podía unirse a él cuando dejara Freilandia. Y, ahora, Ian. A pesar de todo, Ian era un buen oficial, sin importar la mutilación psíquica que le hubiera causado la muerte de su hermano gemelo. Sería muy fácil para Donal encontrarle un puesto. De hecho, lo tendría inmediatamente.

Donal apretó una tecla y dirigió su voz hacia el pequeño receptor de la unidad de mensajes que había en su escritorio.

«Echan Kahn Graeme, Casa Graeme, Distrito Sur, Cantón de Foralie, planeta Dorsai —dictó—. Me alegró recibir noticias vuestras, aunque, me imagino, ya sabéis cuáles son mis sentimientos con respecto a la muerte de Kensie. Por favor, decidle a Ian que venga de inmediato. Será un honor tenerlo en mi Estado Mayor; y, para ser sincero, tengo una verdadera necesidad de que alguien como él trabaje conmigo. La mayoría de los oficiales de carrera que heredé como Ministro de la Guerra han sido transformados por estos eclesiarcas en seres apáticos. Sé que con Ian no deberé preocuparme al respecto. Si se hiciera cargo de la supervisión de mi programa de entrenamiento, valdría su peso en diamantes... naturales. Le podría asignar un destino activo, tanto en mi Estado Mayor personal o como Jefe de Patrulla. Dile a mamá que escribiré a Mor, pero que la carta quizá sea concisa en este momento. Estoy de trabajo hasta las orejas. Los hombres que tengo a mi mando son buenos oficiales y soldados, pero han sido reprendidos tantas veces por cada acción equivocada, que ya no son capaces de limpiarse la nariz sin una orden directa. Mi amor a todos en casa. Donal».

El eclesiarca de más rango del gobierno unido de los Mundos Amistosos de Armonía y Asociación tenía sus propias oficinas en el Centro de Gobierno, a poco más de quinientos metros del centro neurálgico militar. Esto no era por casualidad. El Eclesiarca Bright era un militante y le gustaba controlar al brazo armado de las Verdaderas Iglesias de Dios. Trabajaba en su despacho, pero se incorporó inmediatamente cuando Donal entró.

Se adelantó al encuentro de Donal; era un hombre alto y delgado, vestido completamente de negro, tenía los hombros de un chatarrero y los ojos de un Torquemada, con ese destello de inquisición de la antigua España.

—Que Dios le acompañe —saludó—. ¿Quién autorizó la orden de pedido para el revestimiento de las redes de los cambios de fase de las naves intermedias?

—Yo —respondió Donal.

—Usted gasta el crédito como si fuera agua. —El rostro duro y de mediana edad

de Bright se inclinó hacia Donal—. Un diezmo para las iglesias, un diezmo de un diezmo para los miembros de la iglesia de nuestros dos pobres planetas, es lo único que tenemos para mantener económicamente al gobierno. ¿Cuánto cree que podemos gastar en caprichos y fantasías?

—¿Le parece que la guerra, señor —preguntó Donal—, es una cuestión de capricho y fantasía?

—¿Entonces por qué protege las redes? —espetó Bright—. ¿Acaso se llenarán de moho en la humedad del espacio? ¿Surgirá un viento estelar y las dispersará?

—Las revisto, no las protejo —replicó Donal—. El objetivo es cambiar su apariencia de naves cilíndricas. Me llevaré conmigo todas las naves de las primeras tres clases. Cuando aparezcan ante los exóticos, quiero que todas parezcan de primera clase.

—¿Por qué razón?

—Nuestro ataque a Zombri no será totalmente por sorpresa —explicó Donal con paciencia—. Mará y Kultis son conscientes, como todos desde un punto de vista militar, de que son vulnerables a tal acción. Si me permite... —Pasó al lado de Bright y se dirigió a su escritorio, donde presionó unas teclas. Surgió un esquema del sistema de Procyón en una de las grandes paredes grises del despacho, con la estrella perfilada a la izquierda. Señalando, Donal enunció los planetas en su orden—. Coby... Kultis... Mará... St. Marie. Un grupo compacto de planetas habitables como nunca descubriremos en las próximas diez generaciones. Y, sólo por el hecho de ser habitables —por lo tanto, cercanos— tenemos esta luna evadida, Zombri, en su propia órbita excéntrica a gran distancia entre Mará y St. Marie...

—¿Me está dando una lección? —interrumpió la dura voz de Bright.

—Así es —dijo Donal—. Forma parte de mi experiencia descubrir que lo que la mayoría de la gente tiende a pasar por alto es lo que han aprendido temprano y creen que mejor saben. Zombri no es habitable y demasiado pequeña para ser terraformada. Sin embargo, existe como un caballo de Troya... lo único que le falta es su contrapartida griega que amenace la paz en Procyón...

—Ya hemos discutido esto —intervino Bright.

—Y seguiremos discutiéndolo —continuó Donal de forma agradable— siempre que cuestione los motivos que hay detrás de alguna orden mía. Como le decía... Zombri es el caballo de Troya de la ciudad de Procyón. Desafortunadamente, en esta época, es inverosímil que infiltremos hombres en ella. No obstante, lo que sí podemos hacer es enviar una gran flota para que aterrice y establezca defensas antes de que los exóticos lo noten. Por lo tanto, nuestro esfuerzo estará dirigido a un desembarco rápido y efectivo. La mejor manera de realizarlo, es aterrizar sin ninguna oposición virtual, a pesar del hecho de que los exóticos, sin ninguna duda, tendrán un ejército regular que vigile continuamente Zombri. ¿Cuál es la forma más concreta de hacerlo? Aparentando la movilización de una fuerza abrumadora, de modo que los comandantes locales se den cuenta de que es una tontería interferir en nuestro

desembarco. Y la mejor exhibición de poderío que podemos realizar es hacerles creer que tenemos tres veces la cantidad de naves de primera clase que en realidad poseemos. Y, así, llegamos a la cuestión del revestimiento.

Donal dejó de hablar, se dirigió de nuevo al escritorio y presionó otra vez las teclas. El esquema desapareció.

—Muy bien —acordó Bright. El tono de su voz no mostró ningún signo de derrota o pérdida de arrogancia—. Autorizaré la orden.

—Tal vez —repuso Donal— autorice también la orden de traslado de los Guardianes de Consciencia de mis naves y unidades.

—Los herejes... —empezó Bright.

—No son asunto mío —dijo Donal—. Mi trabajo es que esa gente esté preparada para el asalto. Bajo mis órdenes tengo un sesenta por ciento de tropas nativas suyas; su moral no mejorará con un promedio de tres juicios por herejía a la semana.

—Ése es un asunto que le concierne a la iglesia —replicó Bright—. ¿Deseaba preguntarme algo más, Ministro de la Guerra?

—Sí —contestó Donal—. Ordené equipo de minas. No ha llegado.

—El pedido era excesivo —dijo Bright—. En Zombri no tendrá necesidad de cavar nada salvo los puestos de guardia.

Donal miró al hombre vestido de negro durante largo rato. Su cara y manos blancas —las únicas partes expuestas de su cuerpo— más bien parecían las partes falsas en vez de las reales, como si fueran una máscara y unos guantes adheridos a una criatura negra y alienígena.

—Entendámonos bien —dijo Donal—. Aparte del hecho de que no mando a mis hombres a una posición desguarnecida, donde los matarán, sean éstos mercenarios o sus propias tropas suicidas y felices, ¿qué es lo que pretende conseguir con esta acción contra los exóticos?

—Nos amenazan —respondió Bright—. Son peores que los herejes. Son la legión del mismo Satanás... los negadores de Dios —los ojos del hombre resplandecieron como el hielo bajo el sol—. Debemos establecer un puesto de vigilancia sobre ellos para que no puedan atacarnos por sorpresa y, así, vivir en paz.

—De acuerdo —aceptó Donal—. Eso, entonces, está aclarado. Yo le conseguiré su puesto de observación. Y usted me suministrará los hombres y el equipo que ordene sin demora y sin cuestionarlo. Estas vacilaciones de su gobierno ya han hecho que me dirija a Zombri con un diez o un quince por ciento menos de fuerzas.

—¿Qué? —Las oscuras cejas de Bright se juntaron—. Aún le quedan dos meses hasta el ataque.

—Las fechas establecidas —repuso Donal— son para el beneficio de la inteligencia enemiga. Atacaremos en dos semanas.

—¡Dos semanas! —Bright le miró con ojos relampagueantes—. En dos semanas no podrá estar preparado.

—Espero que Colmain y su Estado Mayor General piensen lo mismo que usted

—replicó Donal—. Tienen las mejores tropas y flota de las estrellas.

—¿Cómo? —El rostro de Bright se puso blanco por la ira—. ¿Se atreve a decir que nuestra propia organización es inferior?

—Enfrentarse a los hechos es bastante mejor que enfrentarse a la derrota —dijo Donal cansinamente—. Sí, eclesiarca, nuestras tropas son definitivamente inferiores. Ésa es la razón por la que dependo más de la sorpresa que de la preparación.

—¡Los Soldados de la Iglesia son los mejores del universo! —exclamó Bright—. Portan la armadura de la rectitud y nunca retroceden.

—Lo que explica el alto porcentaje de bajas, la continua necesidad de reemplazarlos por novatos y el bajo nivel general de su entrenamiento —le recordó Donal—. El anhelo de morir en la lucha no es, necesariamente, la mejor cualidad de un soldado. Sus escuadrones de mercenarios, los que no han sido suplantados por refuerzos nativos, se encuentran en este momento mejor preparados. ¿Dispongo de su apoyo, a partir de ahora, para todo lo que necesite?

Bright dudó. La tensión del fanatismo desapareció de su rostro, suplantada por la meditación. Cuando habló de nuevo, su voz era fría pero profesional.

—En todo menos en lo referido a los Guardianes de Consciencia —respondió—. Después de todo, sólo tienen autoridad sobre los miembros de nuestras Iglesias. —Dio media vuelta y se puso detrás de la mesa—. También —añadió sombríamente—, quizá usted se haya dado cuenta de que a veces surgen pequeñas diferencias de opinión respecto al dogma entre los componentes de las diferentes Iglesias. La presencia de los Guardianes de Consciencia entre ellos los hace más reticentes hacia las peleas intestinas... y esto, estoy seguro de que usted lo reconocerá, ayuda a la disciplina militar.

—Es efectivo —dijo Donal con sequedad. Dio media vuelta para marcharse—. Oh, eclesiarca —repuso—, con respecto al verdadero día de desembarco es esencial que permanezca en secreto; me he asegurado de que sólo dos hombres lo supieran, y que sea de su conocimiento exclusivo sólo una hora antes del asalto.

La cabeza de Bright se alzó.

—¿Quién es el otro? —exigió.

—Usted, señor —dijo Donal—. Tomé la decisión de partir en dos semanas apenas hace un momento.

Se miraron a los ojos durante un momento.

—Que Dios le acompañe —dijo Bright en tono frío.

Donal salió de la habitación.

Ministro de la Guerra II

Geneve bar-Colmain era, como Donal había dicho, el comandante de los mejores ejércitos que había entre las estrellas. Esto se debía al hecho de que los exóticos de Mará y Kultis, aunque ellos personalmente no se entregaban a actos físicos violentos, eran lo suficientemente inteligentes como para contratar a los mejores elementos militares disponibles. El mismo Colmain era una de las mentes más agudas de su tiempo, junto con Galt, en Freilandia, Kamal, en los Dorsai, Isaac, en Venus, y ese hacedor de ciertos milagros militares que era Dom Yen, comandante supremo del planeta Ceta, donde William tenía su oficina central. Colmain no estaba exento de problemas (que incluían una esposa joven que ya no le amaba) y defectos (era un jugador... tanto en sentido militar como económico), pero no había nada defectuoso en la inteligencia que se alojaba en su cráneo o en la Inteligencia que tenía su cuartel general en su base de mando en Mará.

Por consiguiente, sabía que los planetas Amistosos preparaban un desembarco en Zombri y que éste se realizaría tres semanas después del momento en que dicha decisión se había convertido en un hecho consumado. Sus espías le informaron adecuadamente de la fecha en que se llevaría a cabo el ataque; él mismo había preparado algunos planes para dar la bienvenida a los invasores cuando llegaran.

Uno de los más importantes fue la excavación de puntos fuertes en la misma Zombri. Las tropas de asalto comprobarían que habían saltado en el corazón de un nido de avispas. Mientras tanto, las naves de la flota exótica permanecerían en estado de alerta a poca distancia. Tan pronto como la acción surgiera en la superficie de Zombri, se cernirían sobre las naves espaciales del enemigo y las encerrarían. Los atacantes se encontrarían atrapados entre dos fuegos; sus tropas de asalto no tendrían la posibilidad de protegerse en el satélite y sus naves carecerían de apoyo logístico proveniente de la luna que unas fuerzas de tierra atrincheradas podrían suministrar.

El trabajo que se realizaba en las zonas fortificadas estaba a punto de concluir cuando, en su base de mando en Mará, Colmain exponía el desarrollo final de la estrategia con su Estado Mayor General. Dicha reunión fue interrumpida por un ayudante de campo que entró agitado en la sala de conferencias sin esperar la formalidad de que se le concediera permiso.

—¿Qué es esto? —rugió Colmain alzando la vista de los planes que tenía ante sí con una mueca en su atezado rostro que, a los sesenta años, aún era lo suficientemente atractivo como para brindarle compensaciones en lo referente a la compañía femenina que reemplazara la falta de interés de su esposa.

—Señor —informó el ayudante de campo—, Zombri está siendo atacada...

—¿Qué? —Colmain se puso súbitamente de pie; lo mismo hicieron los otros oficiales del Estado Mayor.

—Por más de doscientas naves, señor. Acabamos de recibir el mensaje —la voz del ayudante de campo vaciló... aún no había cumplido los treinta años—. Nuestros

soldados en Zombri luchan con lo que tienen...

—¿Están luchando? —Colmain dio un paso hacia el militar, como si lo hiciera personalmente responsable de la batalla—. ¿Ya han desembarcado tropas de asalto?

—Han aterrizado, señor...

—¿Cuántos?

—Aún no lo sabemos, señor...

—¡Incompetente! ¿Cuántas naves se aproximaron para soltar a los hombres?

—Ninguna, señor —jadeó el ayudante de campo—. No soltaron ningún hombre. Todas han aterrizado.

—¿Aterrizado?

Durante la fracción de un segundo reinó el silencio absoluto en la sala de conferencias.

—¿Me está diciendo que...? —gritó Colmain—. ¿Han aterrizado doscientas naves de primera clase en Zombri?

—Sí, señor —la voz del mensajero se había convertido casi en un aullido—. Están barriendo a nuestras tropas y atrincherándose en...

No tuvo la posibilidad de terminar. Colmain se encaró con sus operadores de batalla y sus Jefes de Patrulla.

—¡Maldición y demonios! —rugió—. ¡Inteligencia!

—¿Señor? —respondió un oficial freilandés casi desde el otro extremo de la mesa.

—¿Qué significa esto?

—Se... señor —tartamudeó el oficial—. No sé cómo ocurrió. Los últimos informes que recibí de Armonía, hace tres días...

—Tire a la basura esos informes. ¡Quiero que todas las naves y todos los hombres de los que dispongamos se encuentren en el espacio en cinco horas! Quiero que todas las naves de patrulla, de la clase que sea, se encuentren con las fuerzas que podamos reunir en la órbita de Zombri en diez horas. ¡Muévanse!

El Estado Mayor General de los exóticos se movió.

Fue un tributo a la clase de fuerzas que Colmain mandaba el que respondieran a ese llamamiento en menos de diez horas. El hecho de que logaran reunirse en el punto de encuentro con unas cuatrocientas naves de todas las clases, cada una de ellas casi completa en materia de armamentos y tripulación, fue casi un milagro menor.

Colmain y sus oficiales principales, a bordo de la nave insignia, contemplaban la luna que flotaba debajo de ellos en el Ojo de Control de la nave. Habían recibido informes de lucha hasta tres horas atrás. Ahora sólo reinaba un silencio que hablaba elocuentemente de tropas capturadas. Además de eso, Observación informó —sumado a los trabajos instigados por las fuerzas exóticas— acerca de ciento cincuenta nuevas minas detectadas en la corteza de la luna.

—Aterrizaremos —dijo Colmain—. Todos nosotros... y lucharemos sobre la luna. —Miró a los oficiales que lo rodeaban—. ¿Algún comentario?

—Señor —dijo su Jefe de Patrulla Azul—, quizá podríamos esperarlos aquí arriba.

—No lo piense —repuso Colmain de buen humor—. No desembarcarían, atrincherándose, en nuestro propio sistema sin tener los suministros necesarios para establecer un puesto que nosotros no pudiéramos tomar de nuevo. —Sacudió la cabeza—. Éste es el momento para entrar en acción, caballeros, antes de que la infección tenga la oportunidad de extenderse. Que descendan todas las naves... incluso aquellas que no dispongan de tropas de asalto. Nos enfrentaremos a ellos como si se tratara de emplazamientos de tierra.

Sus oficiales le saludaron y se marcharon para ejecutar sus órdenes.

La flota exótica descendió sobre la luna como langostas sobre un huerto. Colmain, recorriendo el suelo de la sala de control en la nave insignia —que había bajado junto con el resto de las naves—, sonreía a medida que los informes llegaban anunciando la rápida toma de los puntos fuertes que habían sido ocupados por las tropas Amistosos... o las naves atrincheradas que se rendían y comenzaban a salir de los profundos pozos que los equipos de excavación de minas les habían suministrado. Las tropas invasoras caían como soldados de papel; y la opinión que tenía Colmain de su comandante —que subió considerablemente con las primeras noticias del ataque— comenzó a bajar de forma notable. Una cosa era un riesgo temerario y otra un riesgo estúpido. Por la moral y la calidad de los soldados Amistosos daba la apariencia de que en ningún momento tuvieron muchas probabilidades de llevar el ataque sorpresa con éxito. Ese Graeme tendría que haber dedicado más tiempo al entrenamiento de sus hombres y menos a soñar con acciones dramáticas. Era, pensó Colmain, lo que se podía esperar de un comandante joven con autoridad suprema por primera vez en su vida.

Disfrutaba del brillo rosa de la victoria anticipada cuando todo se desmoronó repentinamente. Hubo un súbito sonido metálico del comunicador del espacio profundo y, de manera abrupta, dos oficiales en el panel de control hablaron al unísono.

—Señor, una llamada no identificada...

—Señor, hay naves encima nuestro...

Colmain, que había estado observando la superficie de Zombri en el Ojo de Control, presionó unas teclas y el circuito de búsqueda recorrió a una velocidad mareante el espacio estelar que les rodeaba, posándose de inmediato, con una ampliación máxima, en una nave de primera clase que, de manera inequívoca, tenía la marca de diseño y fabricación Amistosa. Incrédulo, aumentó el alcance y, con una rápida búsqueda, localizó veinte naves más alrededor de la órbita de Zombri dentro del alcance limitado del Ojo.

—¿Quién es? —gritó, volviéndose al oficial que había informado de la llamada.

—Señor... —La voz del oficial dudó, no dando crédito al mensaje—, dice que es el comandante de los Amistosos.

—¿Qué? —El puño de Colmain se cerró al lado del Ojo.

Se iluminó una pantalla en una de las paredes y un delgado y joven Dorsai con extraños ojos de color indefinido le miró.

—¡Graeme! —rugió Colmain—. ¿Con qué tipo de simulacro de flota trata de engañarme?

—Observe otra vez, comandante —respondió el joven—. Los simulacros salen de sus pozos allí abajo, en la luna. Son mis naves intermedias. De otra manera, ¿por qué cree que fueron capturadas tan fácilmente? Estas que usted ve en el espacio son mis naves de primera clase... en total ciento ochenta y tres.

Colmain le dio un manotazo a la tecla y dejó en blanco la pantalla. Se volvió hacia sus oficiales del panel de control.

—¡Informen!

Pero los oficiales se habían anticipado. Las confirmaciones inundaban la sala. La primera de las naves atacantes había sido desenterrada y se comprobó que se trataba de una nave intermedia con un revestimiento alrededor de sus parrillas de cambios de fase, con armamento y coraza ligeros. Colmain giró otra vez a la pantalla, la activó y encontró a Donal en la misma posición, esperándole.

—Subiremos y nos encontraremos en diez minutos —prometió entre dientes.

—Usted posee más sentido común que eso, comandante —replicó desde la pantalla Donal—. Sus naves ni siquiera están atrincheradas. Tal como se encuentran ahora, son blancos fáciles; y, a medida que se eleven, no podrán protegerse mutuamente. Si trata de llegar hasta nuestra posición, lo aniquilaremos y, si permanecen en el mismo lugar de la superficie lunar, podemos despedazarlos. Tampoco tienen el equipo necesario para soportar un estado de sitio; y poseo la suficiente información como para saber que no le queda ninguna nave que nos pueda dañar seriamente. —Se detuvo—. Le sugiero que venga usted en persona en una nave individual y discutamos los términos de la rendición.

Colmain permaneció inmóvil mirando con ojos llameantes la pantalla. Pero, de hecho, no le quedaba otra alternativa que rendirse. No habría sido un comandante de su calibre si no lo hubiera reconocido. Por fin, y a regañadientes, asintió.

—Me pondré en camino —dijo.

Con los hombros un poco encorvados, se dirigió a la pequeña nave mensajera que poseía la nave insignia y que estaba destinada a su uso personal.

—Por todos los cielos —fueron las palabras con las que saludó a Donal cuando, al fin, llegó a bordo de la nave insignia de los Amistosos y estuvo cara a cara con él —, ha arruinado mi carrera. Tendré suerte si después de esto consigo el mando de una nave de clase C y alguna oferta para el mundo de Dunin. No estaba muy lejos de la verdad.

Donal regresó a Armonía dos días después, y fue aclamado en triunfo incluso por el más agrio de ese planeta de fanáticos cuando avanzó a través de las calles hacia el Centro de Gobierno. Sin embargo, cuando llegó y se dirigió a informar al Eclesiarca Bright, allí le aguardaba otro tipo de recepción.

El Jefe del Consejo de las Iglesias Unificadas para los mundos de Armonía y Asociación le dirigió una sombría mirada cuando Donal entró, aún con su uniforme de batalla debajo de una chaqueta que se puso apresuradamente cuando arribó al espaciopuerto. La plataforma en la que recorrió el trayecto había permanecido abierta para que la multitud a lo largo de las calles pudiera admirarlo, y sobre Armonía ya se había abatido el frío otoño de su corto año.

—Buenas noches, caballeros —saludó Donal, incluyendo también en el gesto a los otros dos miembros del Consejo que se sentaban en los extremos del escritorio. Éstos no le respondieron. Donal tampoco lo había esperado. Bright era el que estaba al mando aquí. Bright les hizo un gesto con la cabeza a los tres soldados armados pertenecientes a la guardia de élite nativa que vigilaban la puerta; se marcharon, cerrándola detrás suyo.

—Veo que ha regresado —dijo Bright.

Donal sonrió.

—¿Esperaba que me fuera a otro lugar? —preguntó.

—¡Éste no es momento para bromas! —La enorme mano de Bright cayó, produciendo un ruido seco, sobre la superficie de la mesa—. ¿Qué tipo de explicación nos dará por este indignante comportamiento suyo?

—¡Contrólese, Eclesiarca! —La voz de Donal resonó con un tono tan cortante entre las grises paredes de la habitación como los otros tres nunca habían oído ni esperaban oír en una ocasión como ésta—. Creo en la delicadeza y las buenas maneras para mí mismo; y no veo ningún motivo para no recibir un trato recíproco. ¿De qué está hablando?

Bright se incorporó. De pie, con las piernas abiertas y los hombros encorvados sobre la lisa superficie del escritorio, el parecido que tenía en ese momento con un chatarrero empequeñecía al Torquemada que había en su interior.

—Regresa a nuestro planeta —pronunció con voz dura y pausada—, ¿y finge que no está al tanto de su traición a nosotros?

—¡Qué los he traicionado! —Donal lo observó con una tranquilidad que era casi ominosa—. ¿En qué forma... los he traicionado?

—Le enviamos a realizar un trabajo.

—Y creo que lo cumplí —repuso Donal secamente—. Quería un puesto de vigilancia sobre los infieles. Deseaba una instalación permanente en Zombri para anticiparse a cualquier indicio de ataque de los exóticos. Recuerde que hace unos pocos días le pedí que enunciara en términos claros qué era lo que deseaba. Usted fue bastante explícito al subrayar que quería sólo eso. Bien... ya lo tiene.

—¡Acólito de Satanás! —Relampagueó Bright perdiendo el control de forma

abrupta—. ¿Me quiere dar a entender que creyó que sólo era eso lo que pretendíamos? ¿Piensa que los elegidos del Señor vacilarían ante el portal de los infieles? —Rodeó el escritorio y quedó enfrentado cara a cara con Donal—. ¿Los tuvo en su poder y únicamente les pidió una estación de vigilancia desarmada en una luna yerma? Los tuvo por el cuello y no mató a ninguno, cuando tendría que haberlos borrado de la faz de las estrellas, hasta la última nave... ¡hasta el último hombre!

Enmudeció y Donal escuchó el entrechocar de sus dientes en el súbito silencio.

—¿Cuánto le pagaron? —Gruñó Bright.

Donal permaneció en una inmovilidad antinatural.

—Fingiré —dijo después de un momento— que no he oído ese último comentario. Con respecto a su deseo de saber por qué sólo les pedí una estación de vigilancia, le diré que lo hice porque fue lo único que me pidió usted. Y acerca de por qué no los aniquilé... añadiré que la matanza indiscriminada no es mi profesión. Como no lo es la pérdida innecesaria de mis propios hombres. —Miró con frialdad los ojos de Bright—. Creo que usted pudo haber sido más honesto en la exposición de sus términos. Era la destrucción del poder exótico lo que perseguía, ¿no es cierto?

—Lo era —masculló Bright.

—Eso mismo pensé yo —repuso Donal—. Pero nunca creyó que yo sería un comandante lo suficientemente bueno como para que me encontrara en una posición de lograrlo. Creo —comentó Donal abarcando con la mirada también a los otros dos eclesiarcas vestidos de negro—, caballeros, que se han quemado con su propio fuego. —Se relajó y sonrió levemente, volviéndose de nuevo a Bright—. Hay bastantes razones —añadió— que indican que no sería inteligente, tácticamente hablando, por parte de los mundos Amistosos quebrarle la espalda a Mará y Kultis. Si me permiten que les dé una pequeña disertación sobre el poder...

—¡Nos tendrá que dar mejores respuestas que las que nos acaba de exponer! —explotó Bright—. A menos que desee ser juzgado como traidor a su empleador.

—¡Oh, vamos! —se rió Donal.

Bright pasó a su lado y atravesó velozmente la habitación. Abriendo de par en par la puerta por la que Donal entró, y por la que ellos habían salido momentos antes, señaló a los tres soldados de élite. Giró, con el brazo completamente extendido y el dedo acusador temblando.

—¡Arresten al traidor! —gritó.

Los guardias dieron un paso hacia Donal... y en ese mismo instante, antes de que avanzaran una mínima distancia en su dirección, tres leves rayos azules recorrieron el espacio que los separaba. En su trayecto dejaron un olor a aire ionizado. Los tres cayeron.

Como un hombre atontado por un golpe en la cabeza, Bright contempló los cuerpos de sus tres guardias. Se tambaleó al mismo tiempo que veía cómo Donal enfundaba de nuevo su arma.

—¿Pensó que era tan tonto como para venir hasta aquí desarmado? —preguntó

Donal con tristeza—. ¿Y pensó que me dejaría arrestar? —Sacudió la cabeza—. Deberían tener la suficiente inteligencia como para darse cuenta de que les acabo de salvar de ustedes mismos.

Miró sus incrédulos rostros.

—Oh, sí —hizo un gesto hacia la transparente pared del otro extremo del despacho. Los sonidos de la calle celebrando la victoria flotaron con la brisa nocturna—. Más del cuarenta por ciento de sus fuerzas de combate están festejándolo. Son mercenarios. Mercenarios que aprecian a un comandante que les brinda una victoria casi sin ninguna baja. ¿Cuál creen que sería su reacción si me juzgan por traición, me encuentran culpable y me ejecutan? —Se detuvo para que ese pensamiento penetrara en sus mentes—. Piénsenlo, caballeros.

Cerró su chaqueta y miró con pesar a los tres guardias muertos; luego se encaró de nuevo con los eclesiarcas.

—Considero esta acción suficiente motivo para cancelar el contrato —dijo—. Pueden buscarse otro Ministro de la Guerra.

Dio la vuelta y se encaminó hacia la puerta. Cuando la atravesó, Bright le gritó: —¡Vaya a ellos, entonces! ¡Póngase al servicio de los infieles de Mará y Kultis! —Gracias, caballeros —observó—. Recuerden... la sugerencia fue suya.

TRES

ASCENDENCIA MARANITA

Sólo quedaba la entrevista con Sayona el Unificador. Subiendo por los empinados y anchos escalones hacia el establecimiento —no se le podía llamar edificio, o grupo de edificios— que albergaba al individuo más importante de los dos planetas exóticos, a Donal le resultó divertida la manera en que se dirigía a su cita.

Poco antes, entre la vegetación que había a la entrada de la ¿finca?, se había encontrado con una mujer alta y de ojos grises; le explicó su presencia allí.

—Continúe recto —le había dicho la mujer, señalándole el camino—. Usted lo encontrará.

Lo extraño del asunto es que Donal no tuvo ninguna duda de que así sería. Y esa irracional certeza fue lo que le despertó su propio y peculiar sentido del humor.

Vagó por un corredor iluminado por el sol que se ensanchaba imperceptiblemente y desembocaba en un jardín sin techo, dejó atrás cuadros y estanques de aguas claras llenos de peces multicolores... atravesó una casa que no era una casa, entrando y saliendo de habitaciones hasta que llegó al pequeño patio a medio cubrir; y en el extremo opuesto, bajo la sombra que le brindaba el semitecho, se encontraba un hombre alto y sin cabello, de edad indeterminada, cubierto por una túnica azul y sentado sobre un trozo de césped rodeado por un muro bajo de piedra.

Donal descendió tres escalones de piedra, atravesó el patio y subió los tres escalones del otro extremo hasta que se irguió sobre el hombre alto, que permaneció sentado.

—Señor —se presentó—. Soy Donal Graeme.

El hombre le hizo un gesto para que se sentara sobre el césped.

—A menos que prefiera sentarse sobre la pared, por supuesto —sonrió—. Estar con las piernas cruzadas no es del gusto de todos.

—No me importa, señor —respondió Donal, y él mismo se dejó caer con las piernas cruzadas.

—Bien —comentó el hombre alto; y, en apariencia, se perdió en sus pensamientos, mirando el patio.

Donal también se relajó y esperó. Una cierta paz se había apoderado de su interior desde que entrara en este lugar. Le incitaba a la meditación; y —Donal no lo dudó en ningún momento— probablemente había sido construido y diseñado con ese propósito. Permaneció sentado, ahora a gusto, y dejó que su mente vagara por donde quisiera; dio la casualidad —lo cual no era tan extraño— que su elección fue el hombre que había a su lado.

Donal, cuando era un niño en la academia, aprendió que Sayona el Unificador era una de las instituciones de los exóticos. Sus miembros eran, juzgados por las normas del resto de la especie humana, un grupo de gente extraña que residían en dos planetas... algunos, incluso, iban tan lejos como para preguntarse si los habitantes de Mará y Kultis no habrían evolucionado en una dirección total y única, diferente a la del resto de la humanidad. Sin embargo, esto no era más que una especulación producida a medias por el humor y a medias por la superstición. En realidad, eran lo suficientemente humanos.

No obstante, habían desarrollado sus propias formas de magia. Especialmente en los campos de la psicología y las ramas que se relacionaban con ella, y en ese otro campo que uno podía llamar «selección genética» o «reproducción planificada», todo dependía de si uno lo aprobaba o no. Unido a esto había un cierto misticismo general. Los exóticos no adoraban a ningún dios de manera abierta y no reclamaban ninguna religión. Por otro lado, casi todos eran —según ellos, por propia elección— vegetarianos y partidarios de la no violencia, al estilo de la antigua India. Sin embargo, y sumado a esto, se aferraban a otro principio cardinal: el principio de la no injerencia. La violencia máxima consistía, según sus creencias, en que una persona le impusiera un punto de vista a otra... de cualquier manera. Aún así, estos rasgos no habían anulado su habilidad para cuidar de sí mismos. Si su credo se basaba en no cometer ninguna violencia sobre otra persona, otra parte totalmente asumida de ese mismo credo era que no se le permitiría a nadie cometer ninguna violencia caprichosa sobre ellos. Tanto en la guerra como en los negocios, a través de mercenarios e intermediarios, mantenían bastante bien su postura.

Pero, pensó Donal, regresemos a Sayona el Unificador y a su papel en la cultura exótica. Él representaba una de las compensaciones peculiares para los exóticos, por su estilo de vida diferente. Era —de un modo que sólo un exótico comprendía en su totalidad— un componente determinado de su vida emocional personificado en un ser humano vivo. Como Anea, que —devastadoramente normal y mujer como era—, para un exótico, era *literalmente* una de las selectas de Kultis. Ella representaba las cualidades mejor seleccionadas hechas realidad... como una obra de arte viviente a la que adoraban. No importaba que no fuera siempre feliz, que, en la realidad, su vida tuviera que soportar las penas de la existencia más que lo que le correspondía a un humano normal. En ese punto era donde la mayoría de las apreciaciones de la gente se perdían. No, lo que importaba eran las habilidades que le habían imbuido a través de la selección y el entrenamiento. Era la capacidad que tenía para vivir, no la vida que de hecho llevaba, lo que les satisfacía. La consecución real dependía de ella, y era su premio personal. Apreciaban el hecho —si ella así lo elegía y tenía suerte— de que ella pudiera apreciar la vida.

De manera similar era considerado Sayona el Unificador. De nuevo, y de un modo que únicamente un exótico podía comprender, Sayona era el lazo que unía sus dos mundos hecho realidad en carne y sangre. En su interior yacía la capacidad para

la comprensión mutua, para las reconciliaciones, la expresión de una comunidad de sentimientos entre la gente...

Donal se despertó de repente y se dio cuenta de que Sayona le estaba hablando. Él hombre mayor ya llevaba un tiempo haciéndolo, con una voz tranquila y regular, y Donal había dejado que las palabras atravesaran su mente como el agua de una corriente escurriéndose por entre sus dedos. Y ahora, algo que dijo le había despertado de inmediato.

—... Por supuesto que no —respondió Donal—. Pensé que éste era el procedimiento normal para cualquier comandante antes de ser contratado.

Sayona se rió entre dientes.

—¿Hacer que cada nuevo comandante pase por estas pruebas y molestias? —dijo—. No, no. Se correría la voz y nunca podríamos contratar a la gente que quisiéramos.

—A mi me agrada pasar pruebas —comentó Donal casualmente.

—Sé que le gusta —asintió Sayona—. Después de todo, un test es una especie de competición; y usted es un competidor nato. No, normalmente cuando queremos un militar, buscamos pruebas militares, como todo el mundo... y eso es lo más lejos que llegamos.

—¿Entonces por qué la diferencia conmigo? —Preguntó Donal y le miró a la cara.

Sayona le devolvió la mirada con ojos de un marrón claro que tenían un destello de humor en las arrugas de los costados.

—Lo que sucede es que nuestro interés por usted no se ceñía en exclusiva a su posición de comandante —contestó Sayona—. Ya sabe que está la cuestión de sus antepasados. En realidad, usted tiene ascendencia maranita; y esos genes, incluso cuando son minoritarios, nos interesan. También nos interesa usted, personalmente. Posee un potencial sorprendente.

—¿Potencial para qué?

—Para un número bastante grande de materias —dijo Sayona tranquilamente—. Sólo las vislumbramos, por supuesto, en los resultados de nuestras pruebas.

—¿Puedo preguntarle cuáles son esos grandes asuntos? —inquirió Donal.

—Lo siento, pero no. No puedo contestarle —indicó Sayona—. De todas formas, estas respuestas no tendrían ningún sentido personal para usted... por la razón de que usted no podría analizarlas en sus propios términos. Ése es el motivo por el que deseaba mantener esta charla. Me interesa su filosofía.

—¡Filosofía! —Donal rió—. Soy un Dorsai.

—Todos, incluso los Dorsai... cualquier cosa viva tiene una filosofía... una brizna de hierba, un pájaro, un niño. La filosofía individual es necesaria, la piedra de toque por la que juzgamos nuestra propia existencia. Además... usted es Dorsai sólo parcialmente. ¿Qué le dice la otra parte?

Donal frunció el ceño.

—No estoy seguro de que me diga algo —comentó—. Soy un soldado. Un mercenario. Tengo un trabajo que cumplir; y pretendo hacerlo —siempre— de la mejor manera que sepa.

—Pero, más allá de todo eso... —insistió Sayona.

—Más allá... —Donal enmudeció, con el ceño todavía fruncido—. Supongo que querría que las cosas salieran bien.

—Dijo que querría que las cosas salieran bien... y no que le *gustaría* —Sayona le contempló—. ¿No ve nada significativo en ello?

—¿Querría? Oh... —Donal se rió—. Creo que es un desliz inconsciente por mi parte. Supongo que pensaba en *hacerlas* funcionar bien.

—Sí —dijo Sayona, pero en un tono en el que Donal no estuvo seguro si representaba una aprobación o no—. Usted es un hacedor, ¿verdad?

—Alguien tiene que serlo —repuso Donal—. Ahora bien, tome como ejemplo los mundos civilizados... —De repente se calló.

—Continúe —pidió Sayona.

—Quería decir... tome la civilización. Piense en el poco tiempo transcurrido desde que el primer globo se elevó en el aire de la Tierra. ¿Cuatrocientos años? ¿Quinientos? Algo parecido. Y mire cómo nos hemos extendido desde entonces y cómo nos hemos dividido.

—¿Y qué hay con ello?

—No me gusta —observó Donal—. Más allá de las cotas de ineficacia que supone, me resulta una tendencia claramente enfermiza. ¿Qué sentido tiene el desarrollo tecnológico si nos dividimos en tantas facciones... cada una persiguiendo su propia idea aberrante y viviendo en su interior como si se tratara de una colmena? Eso no es el progreso.

—¿Usted se adhiere al progreso?

Donal lo miró.

—¿Usted no?

—Supongo que sí —replicó Sayona—. A un cierto tipo de progreso. El *mío*. ¿Cuál es el suyo?

Donal sonrió.

—Quiere oírme hablar de ello, ¿no es cierto? Tiene razón. Creo que, después de todo, sí tengo un concepto filosófico de la vida. ¿Desea conocerlo?

—Por favor —dijo Sayona.

—De acuerdo —aceptó Donal. Miró por encima del desnivelado jardín—. Es el siguiente... cada hombre es un instrumento en sus propias manos. La humanidad es un instrumento en *sus* propias manos. Nuestras satisfacciones más profundas no provienen de los logros de nuestro trabajo, sino del trabajo en sí mismo; y nuestra mayor responsabilidad es afilar y mejorar ese instrumento que somos nosotros para que sea capaz de emprender trabajos mayores. —Miró a Sayona—. ¿Qué piensa al respecto?

—Tendré que pensar en ello —contestó Sayona—. Mi propio punto de vista es algo diferente, por supuesto. Veo al Hombre no como un mecanismo de consecución de logros, sino como un eslabón perceptivo en el orden de las cosas. Diría que el papel del individuo no es *hacer*, sino *ser*. Comprender en toda su totalidad la verdad ya inherente en él... no sé si me explico con claridad.

—¿El Nirvana opuesto al Valhalla? —dijo Donal sonriendo sombríamente—. Gracias, prefiero el Valhalla.

—¿Está seguro? —preguntó Sayona—. ¿Está completamente seguro de que descarta el Nirvana?

—Sí —comentó Donal.

—Hace que me sienta triste —observó Sayona oscuramente—. Teníamos esperanzas.

—¿Esperanzas?

—Existe —dijo Sayona alzando un dedo— esta posibilidad en usted... es una posibilidad muy grande. Sólo puede ser ejercitada en una dirección... la que usted elija. Y la libertad de elección es suya. Hay un lugar para usted aquí.

—¿Con ustedes?

—Los demás mundos no saben —observó Sayona— lo que hemos comenzado a desvelar aquí en los últimos cien años. Estamos trabajando con la mariposa que vive dentro del gusano atrapado en la materia que es la actual especie humana. Hay grandes oportunidades para cualquiera que tenga las potencialidades precisas para este trabajo.

—¿Y yo —preguntó Donal— poseo estas potencialidades?

—Sí —respondió Sayona—. En parte debido a los genes maranitas, y en parte a un afortunado accidente genético que se encuentra, en este momento, más allá de nuestra capacidad de comprensión. Claro... tendríamos que entrenarle de nuevo. Esa otra parte de su personalidad que es la que le gobierna ahora tendría que ser reajustada en una integración armoniosa con la otra parte que *nosotros* pensamos que es más valiosa.

Donal sacudió la cabeza.

—Habría compensaciones —repuso Sayona en un tono de voz triste, casi soñador—, todo sería posible para usted... ¿sabe que, personalmente, usted es el tipo de hombre que, por ejemplo, podría caminar por el aire si sólo lo creyera?

Donal rió.

—Le hablo en serio —dijo Sayona—. ¿Alguna vez ha intentado creerlo?

—Me resulta imposible creer en algo que, instintivamente, no creo —contestó Donal—. Además, eso está al margen. Soy un soldado.

—Pero un soldado peculiar —murmuró Sayona—. Un soldado lleno de compasión, de fantasías y descabellados sueños. Un hombre solitario que desea ser como todo el mundo; pero que ve que la humanidad es un conglomerado de extrañas y alienígenas criaturas cuyos sinuosos caminos él no puede comprender... a la vez

que los entiende demasiado bien para su propio confort.

Giró los ojos lentamente hacia el rostro de Donal, que había cobrado una dureza y determinación que antes no tenía.

—Sus *tests* son bastante efectivos, ¿no es verdad? —repuso Donal.

—Lo son —contestó Sayona—. Pero no tiene ninguna necesidad de mirarme de esa forma. No podemos usarlos como un arma para obligarle a hacer lo que a nosotros nos gustaría. Sería una acción tan mutiladora que destruiría todos los beneficios. Sólo podemos ofrecérselo —se detuvo—. Puedo decirle que, basándonos en nuestro conocimiento, le garantizamos casi con toda certeza que si elige nuestro camino usted sería feliz.

—¿Y si lo rechazo? —Donal no se había relajado.

Sayona suspiró.

—Usted es un hombre fuerte —repuso—. La fuerza conduce a la responsabilidad, y ésta no se preocupa por la felicidad.

—No puedo decirle que me guste mi propia imagen caminando por la vida en busca de la felicidad —Donal se incorporó—. De todas formas, gracias por la oferta. Aprecio el cumplido que implica.

—No existe ningún cumplido en hacerle ver a una mariposa que es una mariposa y que no necesita arrastrarse por la tierra —dijo Sayona.

—Adiós.

Donal dio media vuelta y recorrió los pocos pasos que había hasta el comienzo de los empinados escalones que le conducirían hasta el jardín hundido y al camino que había tomado cuando llegó Donal —la voz de Sayona le detuvo. Se volvió y vio al Unificador contemplándole con una expresión casi divertida—. Yo creo que usted puede caminar en el aire —comentó Sayona.

Donal lo miró, pero la expresión del otro no cambió. Girando, Donal adelantó el pie para posarlo sobre la pequeña escalera... y, ante su mudo asombro, su pie encontró el contacto sólido a una altura de veinte centímetros por encima del siguiente escalón. Sin pensar por qué lo hacía, adelantó su otro pie hacia la nada. Dio otro paso... y otro. Sin ningún apoyo en el aire, atravesó el hundido jardín hasta que llegó hasta el escalón superior en el otro extremo.

Pisando una vez más la solidez de la roca, se volvió y miró a través de la corta distancia que los separaba. Sayona todavía lo contemplaba; sin embargo, su expresión ahora era inescrutable. Donal giró y abandonó el jardín.

Pensativo, regresó a sus habitaciones en la ciudad de Portsmouth, que era la ciudad maranita en la que se encontraba la base de mando de los exóticos. La tropical noche de Mará había cubierto rápidamente la ciudad cuando llegó a su residencia, no obstante, la suave iluminación que, automáticamente, surgió en las calles y en el interior de los edificios no logró ocultar la visión de las estrellas. Éstas brillaban a

través de la pared-ventana del dormitorio de Donal.

De pie en el centro de la habitación, a punto de cambiarse de ropa para su primera comida —de nuevo se había olvidado de comer durante todo el día—, Donal se detuvo y frunció el ceño. Alzó la vista al suave techo abovedado de la habitación, que alcanzaba su punto más alto a unos tres metros y medio por encima de su cabeza. Frunció de nuevo las cejas y buscó en su escritorio hasta que encontró una cápsula autosellada con un mensaje en cinta. Luego, con ella en la mano, se volvió hacia el techo y dio un vacilante paso por encima del suelo.

Su pie pisó el aire y allí se mantuvo. Se elevó del suelo. Lentamente, paso a paso, caminó a través del vacío hasta que llegó a la parte más alta del techo. Abriendo la cápsula, presionó sus bordes de sellado automático contra el techo, donde quedaron adheridos. Permaneció allí un segundo, flotando en el aire, mientras los observaba.

—¡Ridículo! —exclamó de repente... y, de la misma forma súbita, cayó. Se recuperó con el instinto del largo entrenamiento y, aterrizando sobre manos y rodillas, rodó varias veces y se incorporó como un gimnasta al lado de la pared opuesta.

Se sacudió el polvo de la ropa, estaba intacto... y alzó la cabeza para mirar el techo. La cápsula todavía pendía de él.

Abruptamente se rió. Fue una risa placentera y larga.

—No, no —le dijo a la vacía habitación—. ¡Yo soy un Dorsai!

Protector

El comandante de las Fuerzas Militares de tierra, Ian Ten Graeme, ese hombre calculador y sombrío, atravesó las oficinas exteriores del Protector de Procyón con un mensaje *privado-y-secreto* guardado en su gran puño. En los tres despachos exteriores, nadie se interpuso en su camino. Pero a la entrada del despacho privado del Protector, una secretaria con el uniforme verde y dorado del Estado Mayor se atrevió a murmurar que el Protector había dado órdenes de que no se le molestara. Ian sólo la miró, colocó la palma de su mano contra la cerradura de la puerta de la oficina interior... y entró.

Dentro, vio que Donal estaba de pie ante la pared-ventana, iluminado de lleno por la intensa luz amarilla del sol de Procyón, contemplando la ciudad de Portsmouth y, aparentemente, enfrascado en sus pensamientos. Era una postura en la que, en estos últimos días, se le veía a menudo. Alzó la vista ante el sonido de los medidos pasos de Ian.

—¿Bien? —preguntó cuando Ian se le aproximó.

—Se han apoderado de Nueva Tierra —respondió su tío; entonces le pasó la cinta con el mensaje—. Privado-y-secreto para ti de parte de Galt.

Donal cogió la cinta de manera automática y esa parte suya que permanecía escondida en su interior, inmediatamente se apoderó de su mente. Si los seis años transcurridos habían producido cambios en su persona y en su trato, aún cambiaron más su apariencia interna. Seis años de mando, seis años de análisis y decisiones habían ensanchado el camino de su mente consciente hacia esa oscura y oceánica parte suya: esas insondables aguas que rompían contra todas las playas conocidas y contra las que aún ni siquiera había descubierto. Había llegado a una tregua —no se podía decir que a un acuerdo— con la fuente de su singularidad; ocultándosela a los demás, pero aceptándola para sí mismo gracias al instrumento que depositaba en sus manos. Ahora, esa información que Ian le traía significaba una agitación más en las negras profundidades de su mente, una vibración que se extendía y lo afectaba todo, integrándose en él... haciendo aún más clara la vasta y oscura danza que formaban los propósitos y contra-propósitos que yacían detrás de todo acto humano; y —para sí mismo— era una llamada a la acción.

Como Protector de Procyón, responsable no sólo de la defensa de los exóticos sino de los dos planetas más pequeños y habitados de aquel sistema, St. Marie y Coby, debía emprender esa acción. Pero aún más; debía hacerlo para sí mismo. Por lo que, tal era la implicación principal, no era algo que deseara evitar. Le daba la bienvenida y lo deseaba. En realidad, lo recibía con demasiado anhelo...

—Ya veo... —murmuró. Luego alzó el rostro hacia su tío—. Galt necesitará ayuda. Consígueme las últimas estimaciones de las fuerzas disponibles con que contamos, por favor, Ian.

Ian asintió y salió, tan fría y marcialmente como había entrado.

Una vez solo, Donal no abrió de inmediato la cinta con el mensaje. No recordaba lo que estaba meditando cuando Ian entró, pero la presencia de su tío inició otros pensamientos. Ian parecía encontrarse bien estos días... o, por lo menos, tan bien como se podía esperar. No importaba que llevara una vida solitaria, que no se relacionara con los otros comandantes de su mismo rango, y que se negara a regresar al planeta de Los Dorsai, ni siquiera para realizar una corta visita a su familia. Estaba entregado a sus deberes como instructor de las tropas de campo... y lo hacía bien. Aparte de eso, seguía su propio camino.

Donal suspiró. En ese momento pensó que era extraño que de la gente que se había agrupado a su alrededor, ninguno lo hubiera hecho en realidad debido a la fama que él había adquirido o los cargos que podía ofrecerles. En primer lugar Ian, que llegó porque la familia lo había enviado. Lee, que encontró aquello que su deficiente personalidad no podía brindarle... y que le hubiera seguido aunque su posición fuera nula, aunque no hubiera sido el Protector de Procyón. Estaba Llundrow, que ahora era el jefe del Estado Mayor y asistente de Donal, quien se le había unido no por propia voluntad, sino por la insistencia de su esposa. Ya que Llundrow había acabado casándose con Elvine Rhy, la sobrina de Galt, la cual ni siquiera permitió que el matrimonio constituyera una barrera para su interés por Donal. Estaba Geneve bar-Colmain, que ocupaba un puesto en el Estado Mayor de Donal porque éste había sido amable; y porque no tenía ningún lugar al que ir acorde con su capacidad. Y, por último, se encontraba el mismo Galt, cuya amistad no era una cuestión militar, sino el melancólico afecto de un hombre que nunca tuvo un hijo y que veía su imagen en Donal... aunque no era correcto incluir a Galt, ya que aún ostentaba la posición de Mariscal de Freilandia.

También —aunque en oposición a todos— había que citar a Mor, el hombre al que Donal más le hubiera gustado tener a su lado, pero a quien el orgullo le había obligado a alejarse todo lo posible del éxito de su joven hermano. Mor, finalmente, había aceptado un trabajo en Venus y su contrato, en el mercado abierto que existía en ese planeta tecnológico, había sido vendido a Ceta; y ahora se encontraba en la nómina del enemigo de Donal, lo cual podía colocarlos en bandos opuestos si surgía algún conflicto.

Donal sacudió la cabeza. Estos ataques de depresión que, últimamente, se apoderaban de él eran cada vez más frecuentes... tal vez como resultado de las largas horas de trabajo. Sin pensarlo, abrió la cinta que le había enviado Galt.

Donal:

Para, cuando escuches esta cinta ya te habrán llegado las noticias sobre Nueva Tierra. El coup d'état que concedió al gobierno de Kyerly el control

del planeta fue posible gracias a las tropas suministradas por Ceta. Nunca dejé de estarle agradecido por tu consejo acerca de no cederle mis unidades a William. Pero esta situación es mala. Nos enfrentaremos a un ataque interno incitado por los mismos que proponen un cambio abierto para la compra y venta de contratos. Uno a uno, los mundos están cayendo en manos de los manipuladores, de los cuales el peor es el mismo William. Por favor, suminístranos todas las unidades de combate de que dispongas en estos momentos.

Se va a celebrar una Reunión Planetaria General, que se desarrollará en Venus, y que debatirá el reconocimiento del nuevo gobierno de Nueva Tierra. Con toda seguridad, no te invitarán; por lo que te pido que, de todas formas, vengas. Yo estaré presente; y, aunque ningún otro motivo te impulse a asistir, yo te necesito.

Hendrik Galt Mariscal de Freilandia

Donal asintió para sí mismo. Pero no se puso en movimiento de inmediato. Así como la reacción de Galt se debía al descubrimiento de un hecho para él inesperado y repentino, Donal, en lo referente a Nueva Tierra, sólo reconocía la revelación de algo que esperaba desde hacía tiempo.

Los dieciséis planetas habitados de los ocho sistemas estelares, desde Sol a Altair, sobrevivían dentro de un complejo comercio de conocimientos. La verdad que encerraba la situación de la civilización actual había progresado demasiado como para que cada planeta mantuviera su propio sistema de educación y entrenamiento y no perdiera el ritmo del progreso en todas las ramas del saber existentes. ¿Por qué apoyar miles de programas educativos cuando era posible tener cincuenta bien desarrollados e intercambiar a determinados licenciados por otros instruidos en otras áreas de conocimiento? Los gastos para ese tipo de sistemas eran tremendos, y el número de hombres sobresalientes quedaba, necesariamente, limitado; además, el progreso avanzaba mejor si todos los estudiantes de una rama del conocimiento se mantenían próximos entre sí.

Este sistema parecía muy práctico. Sin embargo Donal era uno de los pocos hombres de su época que veía el problema que encerraba.

La debilidad de tal sistema se encontraba en la siguiente pregunta: ¿hasta qué punto un trabajador especializado es un individuo en sí mismo, y hasta qué punto es una parte de la propiedad de quienquiera que en ese momento fuera el dueño de su contrato? Como la concepción del sistema era demasiado individualista, el intercambio entre los mundos se convertía en una serie de negociaciones individuales; y la sociedad, hoy en día, no podía existir salvo sobre la base de las necesidades comunitarias. Y si forma parte de esa propiedad, entonces el campo se encuentra abierto para los manipuladores... los compradores y vendedores de carne,

esos que arrinconarían el mercado del conocimiento del hombre, tratando a la humanidad como si fuera ganado en servicio exclusivo de sus propios beneficios.

Entre los mundos existentes entre las estrellas, esta pregunta aún era debatida. Las sociedades «cerradas», como los mundos tecnológicos del así llamado grupo de Venus —compuesto por el mismo Venus, Newton y Cassida— y los mundos fanáticos de Armonía y Asociación, y Coby, que estaba gobernado por una sociedad secreta criminal, siempre habían apoyado el punto de vista de la propiedad por encima de la concepción individual. Las sociedades «abiertas», como los planetas republicanos de la Vieja Tierra y Marte, los exóticos —Mará y Kultis— y la sociedad extremadamente individualista de los Dorsai, se aferraban al lado humano de la cuestión. En posiciones intermedias, se encontraban los planetas con fuertes gobiernos centrales como Freilandia y Nueva Tierra, el mundo mercantil de Ceta, la teocracia democrática de St. Marie y el pionero y poco poblado planeta de pescadores que era el mundo de Dunin, gobernado por la sociedad cooperativa conocida como la Corbel.

Entre las sociedades «cerradas», el mercado de intercambio de contratos había estado funcionando durante varios años. En estos mundos, y a menos que el contrato tuviera una cláusula de prohibición, podías encontrarte con que habías sido vendido sin ningún aviso previo a un empleador diferente... y, posiblemente, con destino en un mundo distinto. Las ventajas de este mercado eran obvias para un gobierno autocrático, ya que ese mismo gobierno se hallaba en posición de controlar el mercado a través de sus propias y vastas necesidades de recursos, con el que ningún individuo tenía la esperanza de competir. En un mundo «abierto», donde la posibilidad del gobierno para tomar ventaja de dos contratantes individuales opuestos estaba restringida por su autoimpuesto sistema de limitaciones, las puertas permanecían abiertas para la recepción de ofertas generosas, y no sólo de parte de individuos sino de otros gobiernos.

De esta manera, el acuerdo entre dos gobiernos para el establecimiento de un mercado abierto recíproco le proporcionaba más ventajas al gobierno que, de los dos, fuera más «cerrado»... y, de forma inevitable, ese mismo gobierno se beneficiaba más claramente de los talentos disponibles en esos dos mundos.

Tales eran, entonces, los antecedentes del ineludible conflicto que había cobrado forma durante cincuenta años entre dos sistemas esencialmente diferentes por el control de lo que constituía, de modo básico, la savia vital de la especie humana: las mentes preparadas. De hecho, pensó Donal, de pie enfrente de la pared-ventana abierta, el conflicto había estallado ya aquí y ahora. Había comenzado aquel día que embarcó en la nave en la que conoció a Galt, William y Anea, la Selecta de Kultis. A espaldas de todos, la composición para la última batalla había comenzado y su propio papel en esa lucha ya estaba configurado y le esperaba.

Se dirigió a su escritorio y presionó un botón, luego habló por el intercomunicador.

—Quiero que se presenten aquí de inmediato todos los Jefes del Estado Mayor para una conferencia de alto nivel —dijo.

Quitó el dedo del botón y se sentó ante la mesa. Había mucho que hacer.

Protector II

Cuando llegó a la ciudad de Holmstead, la capital de Venus, cinco días más tarde, Donal se dirigió de inmediato a conferenciar con Galt en las habitaciones que este último tenía en el Hotel Gubernamental.

—Tenía que arreglar algunos asuntos —le dijo cuando le estrechó la mano y se sentó—, de lo contrario hubiera venido antes. —Examinó a Galt—. Tienes aspecto cansado.

El mariscal de Freilandia había perdido peso. La piel de su cara colgaba un poco de sus masivos huesos, y sus ojos parecían oscurecidos por la fatiga.

—La política... la política... —respondió Galt—. No es de mi agrado. Agota a cualquier hombre. ¿Una copa?

—No, gracias —repuso Donal.

—Yo tampoco quiero —comentó Galt—. Prefiero encender mi pipa... ¿te importa?

—Nunca me molestó antes. Y además —observó Donal—, nunca me lo preguntaste.

—Eh... no —Galt emitió un ruido mezcla de tos y risa; sacó su pipa y comenzó a llenarla con dedos un poco temblorosos—. Estoy demasiado cansado, eso es todo. De hecho, me encuentro dispuesto a retirarme... ¿pero cómo puede retirarse un hombre cuando todo el infierno ha explotado? Recibiste mi mensaje... ¿cuántas unidades de campo puedes suministrarme?

—Un par, y algunos hombres sueltos. Digamos unos veinte mil hombres de primera línea... —La cabeza de Galt se alzó—. No te preocupes —sonrió Donal—. Serán trasladados en varias etapas para que dé la impresión de que te cedo cinco veces esa cantidad, lo que sucede es que el proceso aún está un poco embarullado.

Galt bufó.

—Debí pensar que se te ocurriría algo —dijo—. Esa mente tuya nos sería de gran utilidad aquí, en la Conferencia. Oficialmente, nos hemos reunido para tomar una determinación conjunta con respecto al nuevo gobierno de Nueva Tierra... pero ya sabes qué es lo hay en juego, ¿no es así?

—Me lo imagino —contestó Donal—. El mercado abierto.

—Correcto —Galt encendió la pipa y dio unas agradecidas caladas—. Los dos bandos se encuentran totalmente equilibrados ahora que Nueva Tierra pertenece al Grupo de Venus; y nosotros —me refiero a Freilandia— nos hallamos, por un acto de reacción, del lado de los que están en contra del mercado. Contamos con una fuerza considerable a juzgar por las personas que se sentarán alrededor de la mesa; pero ése no es el problema. Ellos tienen a William... y a ese diablo de pelo blanco que es Blaine —miró fijamente a Donal—. ¿Conoces a Project Blaine?

—Nunca le he visto personalmente. Éste es mi primer viaje a Venus —observó Donal.

—Es un tiburón —dijo Galt efusivamente—. Me gustaría verlo a él y a William enfrentarse por algo. Tal vez se devoraran mutuamente y el universo mejoraría un poco. Bueno... en lo que atañe a tu *status* aquí...

—Oficialmente me envía Sayona el Unificador como observador...

—Bien, entonces no hay ningún problema. Fácilmente podremos conseguir que pases de observador a delegado. De hecho, ya he corrido la voz. Sólo esperábamos tu llegada —Galt exhaló una gran nube de humo y, entrecerrando los ojos, miró a Donal—. ¿Qué hay en juego, Donal? Confío en esa percepción tuya. ¿Qué se esconde detrás de esta Conferencia?

—No estoy seguro —respondió Donal—. Creo que alguien cometió un error.

—¿Un error?

—Con Nueva Tierra —explicó Donal—. Fue una estupidez derrocar al gobierno que había en este momento... y, además, por la fuerza. Ésa es la razón por la que creo que nos será devuelto.

Galt se irguió de un salto y se quitó la pipa de la boca.

—¿Que nos lo devolverán? Quieres decir... ¿que el viejo gobierno retornará al poder? —Observó a Donal—. ¿Quién nos lo devolvería?

—Por ejemplo, William —dijo Donal—. Ésta no es la manera en la que él actúa... Pero puedes apostar que, en el momento en que nos lo devuelva, exigirá un precio.

Galt sacudió la cabeza.

—No te sigo.

—William se encuentra, en este momento, trabajando con el grupo de Venus —indicó Donal—. Pero dudo mucho que les haga un favor. Lo único que le importa son sus propias metas... y; a la larga, son las que quiere conseguir. De hecho, y si observas bien, apuesto que se propondrán dos tipos de negociaciones en la Conferencia. Las de corto y largo alcance. La inmediata será, con toda seguridad, la que atañe al mercado abierto. La lejana contendrá el juego de William.

Galt se llevó la pipa a los labios de nuevo.

—No lo sé —dijo pesadamente—. No sé más sobre William que tú... pero parece que tú se lo achacas todo a él. ¿Estás seguro de que no exageras un poco en lo que a él se refiere?

—¿Cómo se puede estar seguro? —confesó Donal irónicamente—. Pienso todo esto sobre William porque... —dudó—, si estuviera en su lugar, yo haría todo lo que sospecho que él está haciendo. —Se detuvo—. ¿Si tuviéramos el apoyo de William en la Conferencia podríamos presionar lo suficiente a Nueva Tierra para que se devolviera el poder al gobierno anterior?

—Claro... por supuesto.

—Entonces, bien —Donal se encogió de hombros—. Lo ideal sería que William tuviera que establecer una solución de compromiso que, al mismo tiempo, le pusiera en el bando opuesto mientras ocultaba, a la vez que exigía, que la situación que él

desea es la que se debe imponer.

—Bueno... hasta ahí lo comprendo —observó lentamente Galt—. Pero si ése fuera el caso, ¿qué persigue? ¿Qué es lo que desea?

Donal sacudió la cabeza.

—No estoy seguro —dijo con cuidado—. No lo sé.

Con esa nota nada conclúyeme acabaron su charla privada y Galt se llevó a Donal para presentarle a otros delegados.

El primer encuentro tuvo lugar, como era práctica común, en torno a un *cocktail* servido en el salón de la *suite* de Project Blaine de Venus. Blaine, centro del interés de Donal, era un hombre de contextura gruesa, de rostro calmo y cabello blanco, que no evidenciaba la personalidad que Galt le había insinuado.

—¿Qué te parece? —murmuró Galt cuando Blaine y su esposa, en su papel de anfitriones, continuaron su ronda hacia los otros invitados.

—Brillante —comentó Donal—. Pero no parece alguien a quien haya que temer. —Le devolvió una sonrisa a las cejas alzadas de Galt—. Parece demasiado inmerso en sus propios puntos de vista. Considero que es predecible.

—¿En oposición a William? —preguntó Galt en voz baja.

—En oposición a William —acordó Donal—. Que no lo es... al menos, no tanto.

Durante todo ese tiempo se habían ido aproximando a William, quien permanecía sentado enfrente de ellos al otro extremo del salón hablando con una mujer alta y esbelta que les daba la espalda. Cuando Galt y Donal se aproximaron, la mirada de William se elevó.

—¡Vaya, Mariscal! —exclamó con una sonrisa—. ¡Protector!

La mujer se volvió y Donal se encontró cara a cara con Anea.

Si los cinco años pasados habían cambiado la apariencia externa de Donal, más lo habían hecho con la de Anea. Tenía poco más de veinte años y ya había superado la última etapa de su retrasada adolescencia. Comenzaba a mostrar esa rara belleza que se agudizaría con la edad y la experiencia, y que nunca la abandonaría, incluso en su vejez. Parecía más desarrollada ahora que la última vez que Donal la vio, con más aplomo y más femenina. Los ojos verdes de ella se unieron a los indefinidos de Donal a sólo centímetros de distancia.

—Es un placer verla de nuevo —dijo Donal inclinando la cabeza.

—El placer es mío —su voz, como el resto de ella, había madurado.

Donal desvió la mirada a William.

—¡Príncipe! —comentó.

William se puso de pie y estrechó las manos de Donal y Galt.

—Es un honor que se encuentre con nosotros, Protector —le comentó complacido a Donal—. Tengo entendido que el mariscal le ha propuesto para delegado. Cuento con mi apoyo.

—Es un buen gesto por su parte —replicó Donal.

—Es bueno para mí —observó William—. Me gusta que haya mentes abiertas alrededor de la mesa de conferencias, y las mentes jóvenes —no se ofenda, Galt—, generalmente, lo son.

—No pretendo ser nada más que un soldado —bufó Galt.

—Sí; precisamente eso es lo que le hace peligroso en las negociaciones —replicó William—. Los políticos y los hombres de negocios se encuentran más a gusto con aquellas personas que nunca dan a entender lo que piensan. Los hombres honestos siempre han sido una maldición para esta clase de gente.

—Es una pena entonces —intervino Anea—, que no haya más hombres honestos que los maldigan a todos —miró a Donal.

William rió.

—La Selecta de Kultis sólo puede mostrarse categórica cuando habla de seres retorcidos como nosotros, ¿verdad, Anea?

—Puedes enviarme de vuelta con los exóticos cuando te canses de mí —espetó.

—No, no —William sacudió la cabeza con humor—. Siendo la clase de hombre que soy, únicamente puedo sobrevivir si me rodeo de gente buena como tú. Me encuentro inmerso en el mundo de la cruda realidad —es mi vida, y no la cambiaría por nada, salvo por un período de vacaciones, para un descanso espiritual— y, ocasionalmente, me gusta mirar por encima del muro del claustro para ver que la peor tragedia no es sino una rosa marchita.

—Uno no debería subestimar a las rosas —dijo Donal—. Hubo hombres que murieron por una diferencia en su color.

—Vamos —repuso William volviéndose a él—. ¿La Guerra de las Dos Rosas... en la antigua Inglaterra? No puedo creer que una declaración así provenga de usted, Donal. Aquel conflicto, como todos, tuvo lugar por unas disputas prácticas y de propiedad. Las guerras nunca se libran por razones abstractas.

—Por el contrario —comentó Donal—. Las guerras, invariablemente, se hacen por razones abstractas. Pueden ser instigadas por los hombres mayores, pero los jóvenes son los que luchan en ellas. Y la juventud necesita más que un motivo práctico para enfrentarse a la mayor de las tragedias... al fin del universo, que es, cuando eres joven, la muerte.

—¡Qué actitud tan refrescante por parte de un soldado profesional! —rió William—. Lo que me recuerda... que hay algunos asuntos que quiero discutir con usted. Tengo entendido que enfatiza la importancia de las tropas de infantería por encima de cualquier otra en las fuerzas armadas... y me han dicho que ha logrado cosas sorprendentes en su entrenamiento. ¿Cuál es su secreto, Protector? ¿Permite que haya observadores?

—No existe ningún secreto —señaló Donal—. Y puede enviar observadores para que vean nuestro programa de entrenamiento cuando lo desee, Príncipe. La causa del éxito detrás de nuestros métodos de entrenamiento es el hombre que se encuentra a

cargo de ellos... mi tío, el comandante de campo Ian Graeme.

—Ah... su tío —subrayó William—. Supongo que, siendo un pariente suyo, es poco verosímil que pueda contratarlo.

—Me temo que no —contestó Donal.

—Bien, bien... de todas formas tenemos que hablar. Por todos los cielos... mi copa parece que se ha vaciado. ¿Alguien desea otra más?

—No, gracias —respondió Anea.

—Yo tampoco —dijo Donal.

—Bueno, yo sí —comentó Galt.

—En ese caso, venga conmigo mariscal —William se volvió a Galt—. Usted y yo encontraremos el bar.

Cruzaron juntos el salón. Donal y Anea quedaron solos, uno enfrente del otro.

—Veo —observó Donal— que no ha cambiado de opinión acerca de mí.

—No.

—Eso indica la equidad de la Selecta de Kultis —murmuró Donal irónicamente.

—¡Soy un ser humano! —Centelleó ella con un destello de su antiguo espíritu—. No —dijo con más calma—, probablemente haya millones de hombres tan malos como usted —o peores—, sin embargo, usted es inteligente. Lo que ocurre es que es egoísta. Y es lo que no puedo perdonarle.

—William ha corrompido su punto de vista —dijo.

—¡Por lo menos él no intenta ocultar lo que es!

—¿Por qué debería considerarse una especie de virtud la admisión abierta del vicio? —preguntó Donal—. Además, está equivocada. William... —Bajó la voz—... se muestra como un tipo de demonio corriente, ocultándole de esta manera lo que es en realidad. Todos aquellos que mantienen trato con él reconocen el hecho de que es maligno; y piensan que, al reconocerlo, ya han sondeado las profundidades del hombre.

—¿Oh? —Su voz era despectiva—. ¿Cuáles *son* sus profundidades, entonces?

—Algo más que el engrandecimiento personal. Usted que está tan próxima a él no capta lo que la masa general de gente que lo ve desde la distancia percibe claramente. Vive como un monje... no obtiene ningún beneficio personal de lo que hace y de sus largas horas de trabajo. Y no le importa lo que piensen de él.

—No más que lo que le importa a usted.

—¿A mí? —Atrapado por una inesperada verdad, Donal aún pudo protestar—. Me importa la opinión de la gente cuya opinión me importa.

—¿Cómo quiénes? —inquirió ella.

—Usted —contestó—, por ejemplo. Aunque no sé por qué.

A punto de interrumpirle, y a duras penas conteniéndose para que él pudiera acabar la frase, ella se frenó de repente; lo miró con ojos cada vez más abiertos.

—Oh —exclamó—, ¡no me diga!

—Apenas sé por qué intento decirle algo —espetó él con súbita amargura; se

marchó, dejándola allí de pie, sola.

Dejó la reunión y se fue directo a sus habitaciones, donde se enfrascó en un trabajo que le mantuvo ocupado hasta altas horas de la madrugada. Incluso entonces, cuando por fin se fue a la cama, no durmió bien... lo cual se lo achacó a la resaca de las bebidas que tomó en la reunión.

Su mente quiso analizar esta excusa... pero él no lo permitió.

Protector III

—... Nos encontramos en un punto muerto típico —comento William, Príncipe de Ceta—. Sírvase un poco más de este mosela.

—No, gracias —respondió Donal.

La Conferencia se hallaba en su segunda semana y él había aceptado la invitación de almorzar con William en el salón de sus habitaciones después de la sesión de la mañana. El pescado fue excelente, el vino, importado... y Donal sentía curiosidad, aunque hasta ese momento aún no habían hablado de nada importante.

—Me desilusiona —señaló William depositando la jarra en la pequeña mesa que había entre ellos—. Yo no bebo ni como mucho... no obstante, me place observar a otros que disfrutan haciéndolo. —Miró a Donal y alzó las cejas—. Supongo que su temprano entrenamiento con los Dorsai fue más bien espartano, ¿no?

—En algunos aspectos, sí —contestó Donal—. Espartano y, quizá, un poco provinciano. Comienzo a sentir la misma impaciencia de Hendrik Galt con la falta de progreso en nuestras conversaciones.

—¿Ve? Ésa es la cuestión —dijo William—. El soldado ama la acción; el político, el sonido de su propia voz. Pero hay una explicación mejor que ésta, por supuesto. Indudablemente ya se ha dado cuenta de que los asuntos que se tratan en una conferencia no se solucionan en la mesa de negociaciones... —Con un gesto señaló la comida que tenía ante sí—... sino en pequeñas charlas privadas como ésta.

—Entonces he de suponer que esas pequeñas charlas no han sido demasiado productivas hasta ahora en relación con los acuerdos —Donal bebió un sorbo del vino que quedaba en su copa.

—Tiene toda la razón —acordó William de buen talante—. En realidad, nadie quiere interferir en los problemas locales de un planeta; y nadie desea de verdad imponer, desde fuera, instituciones tales como el mercado abierto, en contra de la voluntad de sus habitantes —sacudió la cabeza ante la sonrisa de Donal—. No, no... estoy siendo bastante sincero. La mayoría de los delegados presentes desearían que nunca hubiera surgido el problema del mercado abierto en Nueva Tierra, de esa manera, podrían dedicarse a sus propios problemas sin ningún tipo de molestias.

—Me reservo mi juicio sobre eso —comentó Donal—. Sin embargo, y ahora que estamos aquí, debemos tomar una decisión. Ya sea a favor o en contra del gobierno actual y del mercado abierto.

—¿De verdad? —preguntó William—. ¿Y por qué no una solución de compromiso?

—¿Qué tipo de compromiso?

—Bueno, después de todo sólo hay dos tipos de paz que se puedan imponer a una comunidad: desde dentro o desde fuera. No parece que seamos capaces de hacerlo desde el interior; por lo tanto, ¿por qué no imponerla desde el exterior?

—¿Y cómo lo haría?

—Es muy sencillo —observó William reclinándose en su flotador—. Que todos los mundos adopten los mercados abiertos, pero designemos una autoridad supraplanetaria separada e individual para que vigile los mercados. La equipamos con la suficiente fuerza para que quede respaldada su autoridad incluso contra los gobiernos individuales en caso de que sea necesario... y designemos a una persona responsable para dirigirla, una que haga que los gobiernos se lo piensen dos veces antes de enfrentarse a él. —Lentamente alzó los ojos hasta posarlos en Donal del otro lado de la mesa y se detuvo, a la espera de que la expectación subiera hasta su altura adecuada en el joven oficial—. ¿Le gustaría el trabajo? —le preguntó.

Donal le miró.

Los ojos de William le observaban con astucia. Donal dudó y tragó saliva una vez.

—¿Yo? —inquirió—. ¿Por qué? El hombre que mandara una fuerza semejante sería... —vaciló y la palabra murió antes de que la pronunciara.

—Ciertamente —dijo William suavemente. Enfrente suyo, Donal pareció recuperar la compostura. Miró a William con ojos entrecerrados.

—¿Por qué me hace a mí una oferta como ésa? —exigió—. Hay muchos comandantes mayores que yo. Hombres con nombres más sólidos.

—Ésa es, precisamente, la razón por la que me dirijo a usted, Donal —replicó William sin dudar—. Sus estrellas comienzan a menguar. Y la suya está subiendo. ¿Dónde estarán estos hombres dentro de veinte años? Por otro lado, usted... —Con un gesto de la mano le dio a entender que la cuestión era obvia.

—¡Yo! —exclamó Donal. Pareció atontado—. Comandante...

—Diga Comandante en Jefe —interpuso William—. El puesto estará ahí, y usted es el hombre ideal para él. Yo estoy facultado, en nombre de Ceta, para establecer un impuesto en las transacciones planetarias que, debido al volumen de nuestro comercio, nosotros pagaremos en su mayor parte. Este impuesto pagará a sus tropas y sus servicios. Lo único que queremos a cambio es un asiento en una comisión de tres personas que actuará como la autoridad final sobre usted. —Sonrió—. No podemos concederle tanto poder y dejarle suelto sin ninguna autoridad por encima suyo.

—Supongo... —Donal dudó—. Tendré que dejar mi cargo en Procyón...

—Me temo que sí —dijo William con franqueza—. Deberá eliminar toda sospecha sobre intereses conflictivos.

—No lo sé —la voz de Donal tenía un tono vacilante—. Podría perder este nuevo puesto en cualquier momento...

—No tiene por qué preocuparse de eso —comentó William—. Ceta, para todos los efectos, controlará la comisión... ya que pagaremos la mayor parte del presupuesto. Además, un ejército como ése, una vez que se establezca, no se deshace con tanta facilidad. Y si los hombres son leales a su comandante —y sus tropas, por lo que me han dicho, habitualmente lo son mucho—, usted estará, si llegara el caso, en situación de defender su propia posición.

—Aún así... —Donal todavía era reticente—. Si aceptara un cargo como ése me crearía, de manera inevitable, enemigos. Si algo saliera mal, no me quedaría ningún sitio al que dirigirme, nadie me contrataría...

—Francamente —interpuso William agudamente—, usted me desilusiona, Donal. ¿No tiene ninguna visión de futuro? —Su voz se hizo impaciente—. ¿Acaso no ve que tendemos, inexorablemente, hacia un único gobierno para todos los mundos? Tal vez no se establezca mañana, o ni siquiera la década próxima; pero cualquier organización supraplanetaria ineludiblemente se convertirá en la definitiva autoridad central.

—En cuyo caso —repuso Donal—, yo seguiría siendo nada más que una mano alquilada. Lo que quiero... —Sus ojos brillaron un poco más—... es tener algo en propiedad. Un mundo... ¿por qué no? Estoy preparado para controlar un planeta; y defenderlo. —Miró a William—. Si ocurriera algo, a usted aún le quedaría su posición.

Los ojos de William eran duros y brillaban como dos piedras preciosas. Se rió.

—Veo que no se anda con rodeos —comentó.

—No soy esa clase de hombre —dijo Donal de manera jactanciosa—. Debí darme cuenta de que su plan no me engañaría. Usted desea la autoridad suprema. Muy bien. Deme alguno de los mundos... que estén bajo su poder.

—Supongamos que se lo doy... ¿Cuál quiere? —preguntó William.

Donal se humedeció los labios.

—¿Por qué no Nueva Tierra?

William se rió de nuevo. Donal se envaró.

—Veo que no llegaremos a ningún sitio —repuso Donal. Se incorporó—. Gracias por el almuerzo. —Dio media vuelta y se encaminó a la salida del salón.

—¡Aguarde!

Giró ante el sonido de la voz de William.

El otro hombre también se había incorporado; se acercó a Donal.

—De nuevo le subestimé —indicó William—. Perdóneme. —Colocó la mano en el brazo de Donal con el afán de detenerlo—. La verdad es que otra vez se ha anticipado a mí. De verdad, mi intención era que usted fuera algo más que un soldado bajo contrato. Pero... todo esto será en el futuro —se encogió de hombros—. Apenas puedo prometerle lo que desea.

—Oh —dijo Donal—. Deseo algo más que una promesa. Puede darme un contrato en el que me confirme como la autoridad máxima de Nueva Tierra.

William lo miró y esta vez sí que se rió en voz alta y durante un buen rato.

—¡Donal! —exclamó—. Discúlpeme... ¿pero qué valor tendría un contrato como ése? —Abrió los brazos—. Quizá algún día Nueva Tierra sea mía y yo pueda incluirla como pago en un contrato. Sin embargo ahora...

—No obstante, puede redactarlo. Servirá como garantía de su sinceridad.

William dejó de reírse. Entrecerró los ojos.

—¿Que ponga mi nombre en un documento de ese tipo? —inquirió—. ¿Qué clase de idiota piensa que soy?

Donal se encogió un poco ante la ira despectiva que había en el tono de voz del hombre mayor.

—Bueno... por lo menos redacte el contrato —pidió—. Supongo que no puedo esperar que lo firme, pero... como mínimo tendría algo.

—Tendría un documento que, posiblemente, me colocaría en una situación embarazosa —dijo William—. Espero que se dé cuenta de que sólo sería eso... ya que negaría rotundamente haber discutido alguna vez este asunto con usted.

—Yo me sentiría más seguro si las condiciones se establecieran de antemano —comentó Donal casi con humildad. William se encogió de hombros no sin un deje de menosprecio.

—Muy bien; entonces venga conmigo —observó; atravesó la sala hasta llegar a un escritorio. Presionó un botón y le indicó un altavoz—. Dicte.

Más tarde, cuando dejó las habitaciones de William con el contrato sin firmar en el bolsillo, Donal salió al vestíbulo general del hotel con tanta velocidad que casi tropieza con los tacones de Anea, que también parecía marcharse.

—¿Adónde va? —preguntó.

Ella se encaró con él.

—No es asunto suyo —espetó; pero la expresión que la ineludible honestidad de su rostro no le permitiría ocultar, despertó su repentina sospecha. Alargó el brazo con rapidez y cogió su puño derecho, que mantenía cerrado. Ella forcejeó, pero él le hizo abrir con facilidad los dedos. Oculto en la palma de su mano había un diminuto micrófono.

—Sigue siendo una estúpida —comentó él cansinamente, soltándole la mano que aún tenía el micro—. ¿Cuánto ha escuchado?

—¡Lo suficiente como para confirmar mi opinión de usted! —Siseó ella.

—Traiga su opinión a la próxima sesión de la Conferencia si puede entrar —dijo él, y se marchó.

Ella lo contempló dominada por la furia y un repentino dolor producido por la traición para el cual no encontró ninguna explicación lógica.

Ella no tenía, se dijo a sí misma aquella tarde y durante la noche que siguió, ninguna intención de presenciar la próxima sesión personalmente. Sin embargo, a la mañana siguiente temprano se encontró pidiéndole a Galt si podía conseguirle un pase de visitante para la sala donde se desarrollaba la Conferencia.

El mariscal se vio obligado a informarle que, a petición de William, esta sesión se desarrollaría a puerta cerrada. No obstante, le prometió que le transmitiría todas las noticias que pudiera; ella tuvo que conformarse con eso.

Cuando Galt llegó a la Conferencia vio que lo había hecho un poco tarde y que

ésta ya había comenzado. El propio William estaba exponiendo un plan que hizo que el Mariscal Dorsai de Freilandia escuchara con atención cuando se sentó en su flotador.

—... Que será establecido por el voto de los aquí presentes —decía William—. Naturalmente —sonrió—, nuestros respectivos gobiernos lo tendrán que ratificar después, pero todos sabemos que eso sólo es una formalidad. Un cuerpo de control supraplanetario —que únicamente tendrá el control sobre los contratos y el comercio — junto con el establecimiento de un mercado abierto general, satisface los requerimientos de todos nuestros miembros. Y también, una vez que esté en funcionamiento, ya no habrá ningún motivo para que no le pidamos al gobierno insurgente actual de Nueva Tierra que dimita a favor del anterior gobierno regular. Tengo la esperanza de que si lo hacemos unánimemente los estadistas que ahora ocupan el poder cederán ante nuestros deseos —sonrió a toda la mesa—. Estoy abierto a preguntas y objeciones, caballeros.

—Usted ha comentado —habló Project Blaine con su voz suave y precisa— algo acerca de una fuerza armada supranacional que actuará como brazo ejecutivo de este organismo de control. Un ejército de ese tipo es, por supuesto, contrario a nuestros principios de derechos individuales para los planetas. Me gustaría aclarar en este momento que no estoy a favor de mantener una fuerza así ni permitir la existencia de un poder semejante sobre todo si un comandante contrario a nuestros intereses estuviera al frente de ella. Resumiendo...

—No tenemos la intención de nombrar a un comandante que no comprenda en su totalidad nuestros propios principios y derechos —interrumpió Arjean, de St. Marie, mirando con ojos relampagueantes al venusino.

Las espesas cejas de Galt se frunció. Había una cierta confabulación en la manera en que estos dos expusieron sus objeciones. Iba a mirar a Donal para que le confirmara su sospecha pero la voz de William hizo que devolviera su atención al cetano.

—Por supuesto que lo comprendo —observó William—. De todas formas, creo que tengo la respuesta a todas sus objeciones —les sonrió de manera impersonal a todos ellos—. Los comandantes de alto rango, como bien saben los aquí reunidos, son pocos. Cada uno de ellos mantiene lazos que, para uno o más de los delegados presentes, harían dudar de su imparcialidad. Esencialmente, diría que necesitamos un soldado profesional que sólo sea un soldado profesional. El principal ejemplo, claro está, son nuestros Dorsai...

Todas las miradas convergieron en la posición de Galt, quien mantuvo su gesto adusto para ocultar su sorpresa.

—... El Mariscal de Freilandia sería, por lo tanto, y debido a la estima profesional de que goza en nuestros planetas, nuestra elección natural. Pero... —Apenas tuvo tiempo William de pronunciar la palabra para acallar las objeciones que habían comenzado a surgir desde algunos puntos de la mesa—, Ceta reconoce que a causa de

su larga asociación con Freilandia algunos de ustedes no se alegrarían de su nombramiento. Por ese motivo propondremos un hombre totalmente diferente — también un Dorsai, pero lo suficientemente joven y nuevo en la escena actual para que sea considerado carente de todo prejuicio político—, me refiero al Protector de Procyón, Donal Graeme.

Le hizo un gesto a Donal y se sentó.

Un murmullo de voces surgió al unísono, pero Donal ya se había incorporado: alto, delgado y notoriamente joven entre aquel grupo, permaneció de pie, esperando, y las voces finalmente se apagaron.

—No mantendré su atención por más de un minuto —dijo Donal mirando en derredor suyo—. Estoy totalmente de acuerdo con la solución de compromiso expuesta por el Príncipe William para el problema de esta Conferencia; porque creo de todo corazón que los planetas necesitan de alguien que los vigile para evitar que suceda lo que acaba de ocurrir. —Se detuvo y miró de nuevo alrededor de la mesa—. Honrado como me siento por la nominación del Príncipe William, no puedo aceptarla por algo que llegó a mis manos recientemente. No proporciona ningún nombre, mas promete cosas que resultarán una revelación para todos nosotros. Yo tampoco daré nombres, sin embargo creo que si éste es un ejemplo de la situación actual, probablemente habrá en circulación media docena más de estos documentos.

Se detuvo para permitir que sus palabras se filtraran bien en sus mentes.

—Por todo lo expuesto rechazo la nominación. Y también abandono mi puesto de delegado en esta Conferencia como protesta por la forma en que he sido abordado. No podría aceptar un puesto y una responsabilidad semejantes sin tener las manos completamente limpias y sin ninguna obligación establecida de antemano. Buenos días, caballeros.

Les hizo un gesto con la cabeza y retrocedió un paso ante su aturdido silencio. A punto de dar media vuelta para dirigirse a la salida, se detuvo y sacó de su bolsillo el contrato sin firma y sin nombres que había recibido de William el día anterior.

—Oh, de paso —comentó—. Fue de esto de lo que hablé. Tal vez les gustaría echarle una ojeada.

Arrojó el documento al centro de la mesa y salió de la sala. Cuando dejaba el recinto detrás suyo, un súbito clamor de voces le llegó a los oídos.

No fue directamente a sus habitaciones, sino a las de Galt. El circuito de la puerta lo admitió; se dirigió a la sala con los pasos confiados de alguien que espera encontrarla vacía.

Sin embargo, no lo estaba. Ya había dado media docena de pasos cuando descubrió que había otra persona sentada ante un tablero de ajedrez en una pequeña mesa y que alzó asombrados ojos ante su presencia.

Era Anea.

Se detuvo e inclinó la cabeza como saludo.

—Perdóneme —pidió—. Iba a esperar a Hendrik. Me iré a otra habitación.

—No —ella se había puesto de pie. Tenía el rostro pálido pero conservaba el control—. Yo también lo espero. ¿Ya acabó la sesión?

—Todavía no —replicó él.

Ella frunció el ceño; pero antes de que tuviera la oportunidad de analizar esa respuesta, se escucharon unos sonidos de pasos fuera de la sala, y Galt entró con movimientos ligeros y nerviosos.

—¿Qué ocurrió? —gritó ella.

—¿Eh? ¿Qué? —La atención de Galt había permanecido centrada en Donal. Ahora el hombre mayor se volvió hacia ella—. ¿No le contó lo que ocurrió hasta que dejó la sala?

—¡No! —Le lanzó una mirada centelleante a Donal, pero su rostro estaba impasible.

Rápidamente, Galt la puso al tanto. Su rostro alternativamente empalideció y se oscureció por la perplejidad. De nuevo se encaró con Donal; pero antes de que pudiera formular la pregunta, Donal preguntaba a Galt.

—¿Y después de marcharme?

—¡Deberías haberlo visto! —La voz del hombre mayor mostraba una alegría salvaje—. Se lanzaron directamente al cuello de los demás incluso antes de que desaparecieras de vista. Juro que en los siguientes cinco minutos salieron a la luz todos los tratos secretos y las traiciones de los últimos cuarenta años. ¡Nadie confiaba en nadie y todo el mundo sospechaba de los demás! ¡Vaya bomba que les arrojaste! —Galt se rió entre dientes—. Me siento cuarenta años más joven sólo por haberlo presenciado. ¿Quién fue el que te abordó, muchacho? William, ¿verdad?

—Preferiría no decirlo —comentó Donal.

—Bien, bien... no te preocupes. Para todos los propósitos prácticos, pudo haber sido cualquiera de ellos. ¡Adivina lo que ocurrió! Adivina cómo acabo todo...

—¿Me votaron como Comandante en Jefe? —preguntó Donal.

—Ellos... —Galt enmudeció de repente y su cara adquirió una expresión de incredulidad—. ¿Cómo lo sabes?

Donal sonrió sin alegría. Pero antes de que pudiera contestar, una rápida exhalación hizo que los dos hombres giraran la cabeza. Anea se encontraba de pie a cierta distancia de ellos y su rostro estaba blanco y rígido.

—Debí sospecharlo —le dijo en voz baja y dura a Donal—. Debí saberlo.

—¿Saberlo? ¿Saber qué? —exigió Galt mirando a uno y a otro. Sin embargo, los ojos de ella no se apartaron de los de Donal.

—Así que era esto lo que quiso darme a entender cuando me pidió que manifestara mi opinión en la sesión de hoy —prosiguió con la misma voz baja y llena de odio—. ¿Pensó que esto... que esta especie de trato doble cambiaría algo?

Durante un segundo el dolor nubló los ojos normalmente enigmáticos de Donal.

—Supongo que tendría que haber esperado esto —observó con voz pausada—. Asumí que usted sería capaz de ver más allá de las necesidades del momento y...

—Gracias —interrumpió ella con voz helada—. Estar hasta los tobillos en la basura es suficiente —se volvió a Galt—. Le veré en otra ocasión, Hendrik.
Y salió de la habitación.

Comandante en Jefe

Bajo el sistema del mercado común, controlado por las Fuerzas Planetarias Unidas al mando del Comandante en Jefe Donal Graeme, los mundos civilizados descansaron en un estado bastante inusual de casi perfecta paz durante dos años, nueve meses y tres días de tiempo real. Sin embargo, por la mañana del cuarto día, Donal despertó cuando alguien le tocó con inquietud el hombro.

—¿Qué? —preguntó totalmente despejado.

—Señor... —Era la voz de Lee—. Hay un mensajero especial que quiere verle. Dice que su mensaje no puede esperar.

Donal se puso los pantalones, la túnica y la chaqueta. Siguió a Lee por la oscuridad que ya anunciaba el amanecer a través de sus habitaciones en Tomblecity, Cassida, hacia el jardín exterior. El mensajero, un hombre de mediana edad, delgado y pequeño, vestido con ropas de civil, le esperaba.

—Comandante... —El mensajero le miró con ojos entrecerrados—. Tengo un mensaje para usted. No sé lo que significa...

—No importa —interrumpió Donal—. ¿Cuál es?

—Debía decirle que «la rata gris ha salido del laberinto negro y ha apretado la palanca blanca».

—Ya veo —comentó Donal—. Gracias.

El mensajero dudó.

—¿Llevo alguna respuesta u orden, comandante?

—Ninguna, gracias. Buenos días —dijo Donal.

—Buenos días, señor —respondió el mensajero; y se marchó, escoltado por Lee.

Cuando Lee regresó, encontró a Donal acompañado de su tío Ian Graeme, que estaba completamente vestido y armado. Donal se abrochaba un cinturón de armas alrededor de su cintura. Bajo el nuevo resplandor de la luz artificial, después de la oscuridad de la habitación, y al lado de su oscuro y gigantesco tío, el efecto del adelgazamiento de los últimos meses se notaba claramente en Donal. Más que perder kilos su piel se había estirado sobre el duro esqueleto de su propio cuerpo. Todo en él parecían ángulos duros y músculos tensos. Y sus ojos estaban hundidos y oscurecidos por la fatiga.

Mirándolo, no resultaba difícil asumir que se trataba de un hombre al borde del derrumbamiento psíquico y nervioso o alguien con una determinación fanática que ya había llegado más allá de los límites normales de la resistencia humana. Le rodeaba algo de la transparencia del fanático, por la cual la insaciable voluntad se muestra a través del recipiente más frágil que es el cuerpo. Sólo que Donal no era transparente en realidad, sino que brillaba en su totalidad como una sólida barra de acero templado con el blanco y ceniciento calor de su insaciable pero inextinguible voluntad.

—Ármate, Lee —observo señalando un cinturón de armas—. Nos quedan dos horas antes de que salga el sol y todo explote. Después, seré un criminal proscrito en

todos los mundos menos en el Dorsai... y vosotros dos conmigo —no se le ocurrió preguntarles a ninguno de los dos hombres si deseaban lanzarse al holocausto que surgiría a su alrededor; y a los otros no se les ocurrió preguntarse por qué no lo hizo—. Ian, ¿le has enviado un mensaje a Llundrow?

—Lo hice —repuso Ian—. Se encuentra en el espacio profundo con todas las unidades, y las mantendrá allí una semana entera, incluso, como él dijo... incomunicadas.

—Bien. Vamos.

Y dejaron el edificio y para dirigirse a la plataforma voladora que había fuera; más tarde, cuando la plataforma los conducía silenciosamente a través de la oscuridad hacia el campo de despegue que estaba cerca de su residencia, Donal permaneció mudo, calculando lo que podía hacerse en un tiempo absoluto de siete días. Al octavo día, Llundrow tendría que abrir sus canales de comunicación de nuevo, y las órdenes que recibiría en ese momento serían muy diferentes de las órdenes selladas que le había dejado Donal y que él estaría abriendo ahora mismo. Siete días...

Aterrizaron en el campo. La nave, una mensajera atmosférica y espacial N4J, les aguardaba, con sus luces de posición brillando en señal de despegue. La escotilla exterior del gran cilindro bañado por las sombras se abrió cuando se aproximaron; y un veterano capitán con la cara marcada por las cicatrices salió a recibirlos.

—Señor —saludó a Donal y se hizo a un lado para dejarlo pasar. Entraron y la escotilla se cerró detrás de ellos.

—A Coby, capitán —dijo Donal.

—Sí, señor —el capitán se dirigió a un intercomunicador en la pared—. Sala de control. A Coby —indicó. Dio media vuelta—. ¿Le enseño el salón, comandante?

—Sí —aceptó Donal—. Y que nos lleven café.

Se dirigieron al salón de la nave mensajera, que estaba decorado como la sala principal de un crucero privado. Poco después llegaba el café sobre un autocarro y se detenía en el centro de sus flotadores.

—Siéntese con nosotros, Cor —pidió Donal—. Ian, éste es el capitán Coruna el Man. Cor, mi tío Ian Graeme.

—¡Dorsai! —dijo Ian, estrechándole la mano.

—¡Dorsai! —respondió el Man. Se sonrieron brevemente, dos guerreros profesionales de apariencia sombría.

—Bien —comentó Donal—. Ahora que las presentaciones han sido hechas... ¿Cuánto tiempo tardaremos en llegar a Coby?

—Podremos realizar nuestro primer salto una vez que salgamos de la atmósfera —contestó el Man con su voz metálica, dura—. Hemos hecho cálculos regulares basándonos en una partida inmediata. Después del primer salto, nos llevará un mínimo de cuatro horas calcular el siguiente. Entonces, nos encontraremos a una distancia de un año luz de Coby, y cada cambio de fase precisará de un cálculo progresivamente menor, hasta que arribemos al punto deseado. No obstante...

tendremos cinco períodos de cálculo a una media de dos horas por cada uno. Diez horas, más las cuatro del comienzo, hacen catorce, y una ruta directa y el aterrizaje en Coby otras tres o cuatro. Digamos unas dieciocho... como mínimo.

—De acuerdo —dijo Donal—. Quiero a diez de sus hombres para una misión de asalto. Y a un buen oficial.

—Yo —repuso el Man.

—Capitán, yo... muy bien —aceptó Donal—. Usted y diez hombres —sacó un plano arquitectónico que guardaba en el bolsillo interior de la chaqueta—. Observen este plano; es el trabajo que debemos llevar a cabo.

El plano era el de una residencia subterránea de Coby, aquel planeta formado por una larga serie de minas y organizado en forma de comunidades subterráneas sin haber sido nunca adecuadamente terraformado. Incluso con la tecnología moderna no se tenía la certeza de que pudiera realizarse, ya que giraba en torno a Vega, una estrella del tipo AO, que era demasiado inhóspita para sus planetas, aun cuando Coby era el cuarto de siete planetas en proximidad al sol.

El plano mostraba una residencia de tamaño medio, que, posiblemente, tenía dieciocho habitaciones, rodeada por jardines y patios. Las diferencias, que sólo aparecieron cuando Donal las señaló, existentes con relación a cualquier residencia normal al aire libre en cualquier otro mundo, residían en las simulaciones. Hasta donde lo permitían las apariencias, alguien desde la casa, o en uno de los jardines, pensaría que estaba viviendo en la superficie de un mundo terraformado. Pero ocho décimas partes de esa impresión serían una total ilusión. En realidad, la persona en cuestión sólo tendría rocas en todas las direcciones... rocas a diez metros de su cabeza, rocas bajo tierra y a su alrededor.

Para el grupo de asalto, la situación presentaba ciertos inconvenientes, pero también ciertas ventajas definitivas. Uno de los inconvenientes era que después de asegurar su objetivo —de lo cual se encargaría un hombre al que Donal no se tomó la molestia de identificar—, la retirada no resultaría tan fácil como en la superficie, donde sería una cuestión de embarcar a todos en la nave próxima y despegar. No obstante, una gran ventaja, que casi compensaba el inconveniente mencionado, la otorgaba el hecho de que en este tipo de residencia las paredes rocosas que la rodeaban tenían una infinidad de salas de equipo y túneles que mantenían la ilusión del emplazamiento en la superficie... situación que les permitiría un acceso fácil y sorpresivo.

Tan pronto como Donal puso al tanto a las cuatro personas que lo acompañaban, le entregó el plano a el Man, que se dirigió a informar a su grupo de asalto, y les sugirió a Lee y a Ian que lo imitaran y durmieran lo más posible. Él mismo se encaminó a su cabina, se desvistió y se tumbó en el camastro. Durante unos breves minutos su mente exhausta amenazó con perderse en especulaciones sobre lo que ocurriría en todos los mundos mientras él dormía. Desafortunadamente, nadie había solventado aún el problema de las comunicaciones en el espacio profundo. Razón por

la cual, por supuesto, todos los mensajes interestelares eran grabados y enviados por naves mensajeras. Era la manera más rápida y, cuando se pensaba detenidamente, la más práctica de entregarlos.

En cualquier caso, veinte años de rígido entrenamiento hicieron que Donal controlara lentamente sus nervios.

Durmió.

—Nos encontramos en alcance óptimo, comandante. Si desea oír las noticias...

—Por favor —repuso Donal.

El Man tocó una de las paredes, ésta se hizo transparente y contemplaron la imagen tridimensional de un habitante de Coby sentado ante una mesa.

—... Se ha ido extendiendo —les llegó la voz del hombre—, inmediatamente después de que se hicieran públicos los cargos que le imputa la Comisión para el Sistema del Mercado Común al Comandante en Jefe Graeme, de las Fuerzas Planetarias Unidas. El mismo Comandante en Jefe ha desaparecido y la mayoría de sus unidades de espacio profundo se encuentran en la actualidad más allá del alcance de la comunicación y en paradero desconocido. Esta situación aparentemente ha hecho brotar destellos de violencia en la mayoría de los planetas civilizados, que en algunos casos se convirtieron en revueltas abiertas contra los gobiernos establecidos. Las facciones en lucha parecen divididas por el miedo a los mercados abiertos por parte de la población en general, y la creencia de que los cargos contra Graeme son un intento de eliminar las seguridades de los derechos individuales que aún permanecen en vigor.

»Según la información recibida en este despacho, se registran disturbios en los siguientes mundos: Venus, Marte, Cassida, Nueva Tierra, Freilandia, Asociación, Armonía y St. Marie; y se sabe que los gobiernos de los siguientes planetas han sido depuestos o se encuentran en paradero desconocido: Cassida, Nueva Tierra y Freilandia. No se tiene conocimiento de ninguna manifestación en la Vieja Tierra, el Mundo de Dunin, Mará, Kultis o Ceta. Y, de momento, no hay brotes violentos aquí, en Coby, El Príncipe William, de Ceta, ha ofrecido sus tropas contratadas como fuerza policial para que acaben con los disturbios; y contingentes de soldados cetanos ya se encuentran, o están en camino, en todos los puntos conflictivos. William ha anunciado que sus tropas serán utilizadas para acabar con los problemas en los lugares donde los encuentren, sin pensar en la facción que quede en el poder. “Nuestro trabajo no es tomar partido”, se informa que ha declarado, “sino imponer un cierto orden en este caos reinante y apagar la llama de la autodestrucción”.

»Según un reciente mensaje recibido de la Vieja Tierra, se informa que un número indeterminado de las facciones insurgentes claman por el nombramiento de William como regente global, con autoridad y poderes universales para enfrentarse a la presente emergencia. Un movimiento similar a éste exige el nombre de Graeme, el desaparecido Comandante en Jefe, para dicho puesto.

»Eso es todo por ahora —concluyó el hombre ante el escritorio—, esperen

nuestro próximo comunicado dentro de quince minutos».

—Bien —comentó Donal, y le hizo un gesto a el Man para que apagara el receptor, cosa que el capitán Dorsai de la cara cicatrizada hizo—. ¿Cuánto falta para que aterricemos?

—Un par de horas —replicó el Man—. Hemos llegado antes de lo previsto. Ése fue el último cambio de fase. Nos encontramos ahora en camino de trayectoria directa. ¿Tiene alguna coordenada para nuestro aterrizaje?

Donal asintió y se puso de pie.

—Iré a la sala de control —dijo.

El proceso para hacer que la N4J aterrizara en el punto de la superficie de Coby, de acuerdo con las coordenadas indicadas por Donal, fue un procedimiento simple pero que requería tiempo... y sólo ligeramente complicado por el deseo de Donal de que su visita no fuera detectada. Coby no tenía ninguna de las defensas de que disponía un planeta terraformado; y aterrizaron sin incidentes sobre su superficie sin aire, justo encima de una escotilla de transporte de uno de sus túneles subterráneos.

—De acuerdo —dijo Donal cinco minutos después al contingente de hombres armados que había en la sala—. Ésta es una misión totalmente voluntaria, y les daré a cada uno de ustedes una oportunidad más para que se retiren, si así lo desean, sin ningún perjuicio. —Esperó. Nadie se movió—. Entiéndanlo —repuso Donal—, no quiero que nadie me acompañe porque se vio obligado a presentarse voluntario o debido al hecho de que no quería vacilar cuando sus compañeros se ofrecieron voluntarios. —Esperó de nuevo. Nadie se retiró—. Bien. Esto es lo que haremos. Bajarán conmigo por esa escotilla de transporte hacia una sala de recepción que tiene una puerta que a su vez conduce a un túnel. Sin embargo, no tomaremos esa puerta, sino que quemaremos un agujero directamente en una de las paredes, que nos conducirá a la sección de servicios de una residencia adjunta. Todos han visto un mapa de nuestra ruta. Me seguirán a mí o a quien quede al mando; y cualquiera que no pueda hacerlo se quedará atrás. ¿Lo han entendido todos?

Miró sus rostros.

—Muy bien —dijo.

Abrió el camino por el corredor de la nave y su escotilla, y bajó al túnel de transporte hasta la sala de recepción. Ésta resultó ser una oscura y enorme cámara formada por paredes de roca fundida. Donal tomó la medida de una parte de la pared y puso a algunos hombres a trabajar.

Tres minutos más tarde se encontraban en la sección de servicios de una residencia de Coby.

El ciclo del sistema de la residencia se encontraba en apariencia en estado de noche. La oscuridad bañaba el jardín y una buena imitación del cielo estrellado brillaba por encima de sus cabezas. Delante, a su derecha, se encontraba el grupo de las habitaciones principales, débilmente iluminados por luces interiores.

—Que dos hombres guarden esta salida —susurró Donal—. Los demás, síganme.

Agachados y al trote, atravesaron el jardín y llegaron al pie de unas anchas escaleras. En el rellano superior, se veía una figura solitaria que vigilaba en una terraza una pared-ventana abierta.

—Capitán... —murmuró Donal.

El Man se deslizó por entre las plantas que había debajo de la terraza. Se produjo una pequeña espera bajo la noche artificial y entonces vieron su oscura sombra alzarse de repente detrás de la figura que hacía la guardia. Se fundieron, cayendo, y sólo emergió la sombra de el Man. Les hizo señas para que subieran.

—Que tres hombres ocupen esta terraza —ordenó en voz baja Donal, cuando todos llegaron al comienzo de la escalera.

El Man separó el número necesario de hombres del grupo de asalto; y luego se internaron en el interior iluminado de la casa.

Tras recorrer varias habitaciones pareció como si fueran a conseguir su objetivo sin encontrar a nadie más que al hombre que habían venido a buscar.

Pero de pronto, sin ningún aviso previo, se vieron en medio de la batalla.

Cuando salieron al pasillo principal, el fuego de armas manuales cayó sobre ellos desde tres habitaciones diferentes. La tripulación, respondiendo de forma automática al entrenamiento, se tiró al suelo en busca de cobertura y devolvieron el fuego. Quedaron arrinconados.

Ellos quedaron arrinconados, pero no los tres Dorsai; Donal, Ian y el Man, reaccionando de esa manera tan particular producto de los genes, los reflejos y su propio entrenamiento especial, que hacía que los Dorsai fueran tan apreciados como soldados profesionales, habían respondido de forma inmediata y al unísono una fracción de segundo antes de que el fuego se abriera sobre ellos. Fue como si un pequeño elemento de precognición entrara en la escena. De cualquier manera, con una reacción demasiado veloz incluso para el pensamiento, estos tres giraron y se lanzaron a una de las puertas enemigas, alcanzándola y abalanzándose sobre sus oponentes antes de que éstos pudieran dispararles. Los tres se encontraron en una habitación a oscuras y luchando cuerpo a cuerpo.

Una vez más, esa característica particular de los soldados Dorsai dio sus frutos. En esta habitación había ocho hombres emboscados, y todos eran soldados veteranos. Pero ninguno de ellos era rival para una lucha singular con algún Dorsai; además, los Dorsai tenían la ventaja de poder, casi por instinto, reconocerse mutuamente en la oscuridad y la confusión, y unir fuerzas para un esfuerzo común sin necesidad de discutirlo. El efecto total de estas ventajas casi convertía la situación en tres hombres videntes luchando contra ocho que eran ciegos.

En el caso de Donal, éste se lanzó a la habitación oscura justo detrás y a la izquierda de las botas de el Man, con Ian pegado a su espalda. Su carga dividió a los defensores en dos grupos y los arrastró más profundamente hacia la oscuridad... movimiento que los Dorsai, por decisión común e implícita, aprovecharon con el propósito de separar aún más al enemigo. Donal se halló empujando a cuatro

hombres, de los cuales dejó tres para Ian, que venía detrás, bajo el lógico precepto de que peleas mejor cuando luchas con un solo hombre cada vez, y se tiró casi a la altura de las rodillas de su oponente; lo tumbó y rodaron juntos, y Donal aprovechó la oportunidad para romperle la espalda a otro soldado en el proceso.

Continuó rodando y se incorporó, girando y por instinto retirándose a un lado. Un cuerpo oscuro pasó volando a su lado... pero ese instinto antes mencionado le advirtió que era el Man, que se lanzaba a través de la habitación para aumentar la confusión general. Donal dio media vuelta y se dirigió en la dirección por la que había venido el Man. Llegó hasta un adversario que avanzaba con un cuchillo y, apartándole la mano que lo sostenía, le tiró un golpe al cuello con el encallecido canto de su mano... sin embargo, erró su golpe de muerte limpia y sólo le rompió el cuello al hombre. Dejando a su adversario con vida con la intención de incrementar el caos, Donal giró a la derecha, arrinconó a otro hombre contra la pared y le aplastó la tráquea mediante un golpe con uno de sus dedos tensionados. Rebotando en la pared y mientras se dirigía al centro de la habitación, sus oídos le indicaron que el Man estaba acabando con un hombre y que Ian luchaba con los dos que quedaban. Con el propósito de ayudarlo, Donal cogió por la espalda a uno de los oponentes de Ian y lo paralizó con un golpe en los riñones. Tan, de manera sorprendente, todavía peleaba con su enemigo. Donal se adelantó y descubrió la causa. Ian había encontrado a otro Dorsai. Donal se unió a los dos hombres y los tres cayeron sobre él empleando una llave inmovilizadora de dos contra uno, el oponente quedó imposibilitado entre Donal y su tío.

—¡Shai Dorsai! —jadeó Donal—. ¡Ríndase!

—¿A quién? —bufó el otro.

—A Donal e Ian Graeme —repuso Ian—. De Foralie.

—Será un placer —dijo el extraño Dorsai—. Oí hablar de ustedes. Soy Hord Van Tarsel, del Cantón Snelbrich. De acuerdo, dejen que me incorpore. De todas formas, mi brazo está roto.

Donal e Ian lo soltaron y le ayudaron a ponerse de pie. El Man había acabado con su enemigo y se les acercó.

—Hord Van Tarsel... Coruna el Man —presentó Donal.

—Es un honor —repuso el Man.

—El honor es mío —replicó Van Tarsel—. Soy su prisionero, caballeros. ¿Quieren mi palabra?

—Se lo agradecería —dijo Donal—. Aún nos queda trabajo que hacer aquí. ¿Qué tipo de contrato es el suyo?

—Sólo deber. No hay ninguna cláusula de lealtad. ¿Por qué?

—¿Alguna razón por la que no podamos contratarle en condición de prisionero? —preguntó Donal.

—Ninguna en este trabajo —Van Tarsel parecía disgustado—. Me vendieron dos veces en el mercado abierto debido a una cláusula de mi último contrato. Además —

añadió—, como le he dicho, he oído hablar de ustedes.

—Entonces queda contratado. Buscamos al hombre que guardaban aquí. ¿Puede decirnos dónde encontrarlo?

—Síganme —indicó Van Tarsel.

Los guió a través de la oscuridad hasta que abrió una puerta. La atravesaron y entraron en un corto corredor que los condujo por una rampa hacia otra puerta.

—Está cerrada —observó Van Tarsel—. La alarma se activó.

Los miró. Más allá de esto, por su honor, no podía ir, incluso en la condición de prisionero contratado.

—Quemémosla —dijo Donal.

Él, Ian y el Man abrieron fuego contra la puerta, que brilló con terquedad hasta ponerse blanca por el calor, pero, finalmente, se fundió. Ian le disparó una carga de fuerza y se abrió.

Dentro, un hombre grande con una capucha negra que le cubría la cabeza estaba acucillado contra la pared más alejada del cuarto; tenía una pistola pesada de iones con la que les apuntaba temblorosamente y hacía oscilar de uno a otro.

—No sea idiota —comentó Ian—. Todos somos Dorsai.

La pistola bajó en la mano del hombre encapuchado.

Una ahogada y amarga exclamación surgió detrás de la máscara.

—Venga —Donal le hizo un gesto.

El hombre soltó el arma y se adelantó con los hombros encorvados. Recorrieron el camino de vuelta a través de la casa.

El fuego continuaba en el pasillo cuando retrocedieron; pero murió una vez que llegaron al corredor central. Dos de los cinco hombres que habían dejado atrás pudieron regresar por sus propios medios y otro consiguió alcanzar la nave con ayuda. Los dos restantes estaban muertos. Volvieron velozmente a la terraza, atravesaron el jardín y entraron de nuevo en el túnel, recogiendo al resto del grupo en el camino. Quince minutos más tarde, habían embarcado y la N4J se introducía en el espacio profundo.

En la sala, Donal permaneció de pie enfrente del hombre encapuchado, que estaba hundido en un flotador.

—Caballeros —dijo Donal—, contemplad al técnico social de William.

Ian y el Man, que se encontraban presentes, escrutaron a Donal... no tanto por sus palabras como por el tono en que las había pronunciado. Habló con una voz que, para ellos, resultó inesperadamente amarga.

—Éste es el hombre que sembró el remolino que los mundos civilizados están recogiendo ahora —continuó Donal.

Alargó una mano hacia la capucha negra. El hombre se apartó de su contacto, pero Donal asió la capucha y de un tirón se la quitó. Una lenta exhalación salió de los labios de Donal.

—Así que finalmente se vendió —dijo.

El hombre que había ante ellos era ArDell Montor.

Comandante en Jefe II

ArDell le devolvió la mirada con el rostro blanco, pero sus ojos no se inclinaron ante la dura mirada de Donal.

—Tenía que trabajar —comentó—. Me estaba suicidando. No me disculpo.

—¿Ésa fue la única razón? —preguntó Donal con ironía.

Entonces ArDell giró la cabeza.

—No... —murmuró. Donal permaneció en silencio—. Fue ella —continuó ArDell—. Él me la prometió.

—¡A ella! —El tono de la voz de Donal hizo que los otros dos Dorsai dieran un paso instintivo hacia él. Mas Donal permaneció inmóvil, bajo control—. ¿Anea?

—Quizá ella se hubiera apiadado de mi... —susurro ArDell con los ojos hacia el suelo de la sala—. Usted no lo entiende... vivir tan cerca de ella todos estos años... yo me sentía tan miserable, y ella... no pude evitar amarla...

—No —dijo Donal. Lentamente, el trueno repentino de su tensión lo abandonó—. No pudo evitarlo —se apartó—. Idiota —exclamó dándole la espalda a ArDell—. ¿No lo conocía lo suficiente como para descubrir cuando le mentía? La reservaba para sí mismo.

—¿William? ¡No! —ArDell se puso súbitamente de pie—. ¡El... con ella! ¡No puede ser... una cosa semejante!

—No lo será —repuso Donal con cansancio—. Pero no porque dependa de gente como usted el impedirlo —se volvió de nuevo y miró a ArDell—. Enciérrelo, capitán. —La dura mano de el Man se cerró en el hombro de ArDell y lo movió en dirección a la entrada de la sala—. Oh... capitán...

—¿Señor? —preguntó el Man mirándolo.

—Nos encontraremos con todas las unidades del comandante de la flota Llundrow tan pronto como sea posible.

Para cuando se pusieron en contacto con Llundrow y su flota, habían transcurrido casi cuatro días de la semana establecida previamente para permanecer incomunicados. Donal se dirigió a bordo de la nave insignia con Ian, y tomó el mando.

—¿Tiene alguna noticia? —Fue su primera pregunta a Llundrow cuando los dos se reunieron otra vez.

—Sí —respondió el comandante de la flota—. Mantuve una nave en secreto entre el Mundo de Dunin y nuestra posición. Estamos al tanto de todo.

Donal asintió. Éste era un problema diferente del que tuvo la N4J para encontrar a Llundrow. Una nave que estuviera entre un planeta cuya posición y dirección de movimiento fuera bien conocida, y una flota que conocía su propia posición y dirección, podía dirigirse a distancia de recepción de ese mismo planeta con un solo salto, y retornar con la misma facilidad, siempre que la distancia no fuera demasiado

grande —como a veces suele ser entre los planetas— para un cálculo preciso.

—¿Desea una transcripción... o le pongo al tanto personalmente? —inquirió Llundrow.

—Hágalo usted —dijo Donal.

Llundrow lo hizo. La histeria desatada después de la presentación de los cargos con que la Comisión acusó a Donal, y la desaparición de éste, produjo que los gobiernos existentes, ya de por sí tambaleantes y sacudidos por la disensión del mercado abierto, se desmoronaran en todos los mundos menos en los exóticos, los Dorsai, la Vieja Tierra y los dos pequeños planetas de Coby y el Mundo de Dunin. El perfecto vacío de poder resultante fue ocupado con agilidad por William y las unidades armadas de Ceta. Eran gobiernos temporales que gobernaban en representación del pueblo, pero que operaban directamente bajo las órdenes de William, los que se apoderaron de Nueva Tierra, Freilandia, Newton, Cassida, Venus, Marte, Armonía y Asociación, y que aún ahora permanecían bajo el rígido puño de la ley marcial. De la misma manera en que había actuado anteriormente en el comercio, poco antes de hacerse con el poder, William había arrinconado a las tropas de infantería de los mundos civilizados. Bajo el disfraz del entrenamiento, destinos nuevos, cesiones... y una docena más de maniobras legales, William tenía bajo contrato a ejércitos enteros en cada uno de los planetas dominados por el desorden. Todo lo que tuvo que hacer fue enviar pequeños contingentes, y oficiales para las unidades que ya había en los planetas, con las órdenes adecuadas.

—Reunión del Estado Mayor —dijo Donal.

Su Estado Mayor se congregó en la sala ejecutiva de la nave insignia. Estaba formado por Llundrow, comandante de la flota, Ian, comandante de campo... y media docena de oficiales superiores a sus órdenes.

—Caballeros —comenzó Donal cuando todos estuvieron sentados alrededor de la mesa—. Estoy seguro de que todos ustedes conocen la situación. ¿Alguna sugerencia?

Hubo una pausa. Donal recorrió la mesa con los ojos.

—Ponte en contacto con Freilandia, Nueva Tierra... o algún lugar donde tengamos partidarios —señaló Ian—. Envía un pequeño contingente de hombres e inicia una contraofensiva para minar el mando cetano —miró a su sobrino—. Tu nombre es conocido allí... por todos los profesionales de los dos bandos. Incluso tal vez consiguiéramos apoyo de las fuerzas enemigas.

—No funcionaría —comentó Llundrow desde el otro extremo de la mesa—. Es un proceso demasiado lento. Una vez que nos centráramos en un planeta determinado, William concentraría sus tropas allí —se volvió hacia Donal—. Si contamos cada nave, nosotros le superamos... pero su flota recibiría apoyo terrestre desde cualquier mundo en el que lucháramos; y nuestros ejércitos de infantería estarían totalmente ocupados estableciendo sus posiciones.

—Es cierto —repuso Donal—. ¿Entonces cuál es su sugerencia?

—Que retrocedamos a uno de los planetas que no han sido tocados: al de los exóticos, Coby, el Mundo de Dunin. O incluso al de los Dorsai, si nos aceptan. Allí permaneceríamos a salvo y en una posición fuerte, y entonces podríamos tomarnos nuestro tiempo mientras buscamos una oportunidad para contraatacar.

Ian sacudió la cabeza.

—Cada día que pasa... cada hora —expuso—, William se hace más fuerte en los mundos que ya ha tomado. Cuanto más esperemos, más grandes serán las probabilidades en contra nuestra. Hasta que al final él conseguirá la suficiente fuerza para venir tras nosotros... y vencernos.

—Bien, ¿pero qué quiere que hagamos? —demandó Llundrow—. Una flota sin una base planetaria no es un arma que sirva para atacar. ¿Y cuántos de nuestros hombres querrán jugarse el cuello con nosotros? Éstos son soldados profesionales... ¡no patriotas luchando por su mundo!

—¡Tenemos que usar nuestros ejércitos ahora o nunca lo haremos! —exclamó Ian sacudiendo la cabeza—. En estas naves disponemos de cuarenta mil soldados de infantería preparados para la batalla. Ellos son mi responsabilidad y los conozco. Inmovilícelos en algún planeta aislado y se resquebrajarán en dos meses.

—Sin embargo...

—De acuerdo. ¡De acuerdo! —Donal golpeó la mesa con sus nudillos para devolver el orden. Llundrow e Ian se reclinaron de nuevo en sus flotadores; todos dirigieron su mirada hacia Donal.

—Mi intención era que todos ustedes tuvieran una oportunidad de hablar —dijo—, ya que quería que pensaran que habíamos explorado cada posibilidad. La verdad de la cuestión es que ustedes dos, caballeros, tienen razón en las objeciones que hacen... de la misma manera que hay cierto mérito en sus planes. No obstante, los dos parecen juegos; juegos a largo plazo... desesperados.

Se detuvo y miró en derredor suyo.

—Me gustaría recordarles ahora mismo que cuando luchan con un hombre cuerpo a cuerpo, el último sitio donde le golpean es donde él espera ser golpeado. La esencia del combate que aspira al éxito es coger a tu enemigo desprevenido en una zona desprotegida... una en la que él no espera ser atacado.

Donal se incorporó en el extremo de la mesa.

—William —comentó—, en los últimos años, ha puesto todo el énfasis en el entrenamiento del soldado de campo... de infantería. Yo he estado haciendo lo mismo, pero por un motivo completamente diferente.

Colocó su dedo sobre una tecla que había en la mesa ante él y se puso de lado para contemplar la larga pared que tenía detrás suyo.

—Sin duda todos ustedes, caballeros, han oído el tópico militar que dice que no se puede conquistar un planeta civilizado. Éste es uno de esos antiguos dichos que yo personalmente encuentro irritantes; para cualquier persona *que* piense es obvio que, en teoría, todo puede ser conquistado... si se dispone de los recursos necesarios. La

hipótesis de conquistar un mundo civilizado, entonces, se convierte en algo perfectamente plausible. El único problema es suministrar todo lo requerido para llevar a cabo la operación.

«En los últimos años, esta fuerza que nosotros comandamos ha desarrollado los medios necesarios: algunos de los cuales se tomaron de otros ejércitos y otros son de reciente creación. Sus hombres conocen las técnicas, aunque nunca se les dijo de qué manera iban a aplicarlas. Ian, aquí presente, ha producido, a través de un entrenamiento riguroso, la pequeña unidad de fuerza de asalto altamente especializada: el Grupo, que bajo condiciones normales de batalla está compuesto por cincuenta hombres, pero que hemos perfeccionado hasta reducirlo sólo a treinta. Estos grupos han sido entrenados para desarrollar acciones totalmente independientes y sobrevivir, por sus propios medios, durante considerables períodos de tiempo. Este mismo perfeccionamiento se ha extendido a todas las unidades ordinarias, llegando incluso hasta los ejercicios de la flota realizados por algunos de ustedes y que fueron ordenados con la mente puesta en una determinada acción». Se detuvo.

—Todo esto nos conduce, caballeros —continuó—, al hecho de que vamos a demostrar que ese viejo tópico estaba equivocado... y que tomaremos en su totalidad un mundo civilizado. Lo haremos con los hombres y las naves de que disponemos en este momento, y que han sido elegidos y entrenados específicamente para este trabajo; de la misma manera que el planeta que vamos a conquistar ha sido elegido y cuidadosamente estudiado. —Les sonrió. Todos permanecían sentados en el borde mismo de sus flotadores—. Ese mundo —presionó entonces la tecla que había estado todo ese tiempo bajo su dedo; al instante, la pared que había detrás desapareció, revelando la representación tridimensional de un planeta verde y grande—, es el corazón del poder y de la fuerza de nuestro enemigo. Su base central... Ceta.

Era demasiado... incluso para oficiales superiores. Un coro de voces se alzó al unísono alrededor de la mesa. Donal no le prestó atención. Había abierto un cajón en el extremo que él ocupaba del escritorio y extrajo un grueso fajo de documentos que arrojó delante suyo sobre la mesa.

—Nos apoderaremos de Ceta, caballeros —expuso—. En un período de veinticuatro horas reemplazaremos a *todas* sus tropas, *toda* su policía, *todas* sus guarniciones y milicias, incluso sus corporaciones legales por nuestros propios hombres.

Señaló los documentos.

—Lo haremos de manera independiente y simultánea. Y cuando el pueblo despierte a la mañana siguiente, se encontrarán guardados, vigilados y aprisionados no por sus propias autoridades, sino por nosotros. Los detalles con respecto a los objetivos y asignaciones se hallan en estos papeles, caballeros. ¿Nos ponemos a estudiarlos?

Así lo hicieron. Ceta, que era un planeta grande y de baja gravedad, poseía enormes territorios vírgenes. Su parte civilizada podía dividirse en treinta y ocho

ciudades importantes, separadas por zonas agrícolas y residenciales. Tenía muchas instalaciones militares, muchas comisarías, arsenales, guarniciones de tropas... los detalles se separaron como partes de un mecanismo bien ideado, siendo reconstruido de nuevo con las piezas formadas por las unidades de la fuerza militar que estaba al mando de Donal. Era una obra maestra de estrategia de combate.

—Ahora —dijo Donal una vez que acabaron el estudio de la extensa documentación—, vayan a informar a sus tropas.

Tres horas más tarde se pusieron en camino. Ceta nunca había tomado muy seriamente la idea de un ataque enemigo. Aislado en su posición de único planeta habitable, no explorado ni explotado en todos sus recursos, que giraba alrededor del sol de Tau Ceti del tipo KO, y sintiéndose seguro en un laberinto interestelar de compromisos que hacían que cada gobierno interplanetario dependiera, hasta un cierto punto, de su buena voluntad, sólo tenía en órbita defensiva permanente unas pocas naves.

Estas naves (sus posiciones y movimientos habían sido completamente analizados por el servicio de inteligencia de Donal), fueron rodeadas y destruidas por la emergente flota de Donal casi antes de que pudieran dar la alarma. Y la señal que consiguieron enviar cayó en incrédulos y estupefactos oídos.

Pero por ese entonces las tropas de asalto descendían sobre el planeta, cayendo sobre instalaciones ciudadanas, militares y policiales amparadas por la cortina de la noche a medida que sobrevolaban el enorme planeta de rápida rotación.

En la mayoría de los casos se posaron casi sobre el objetivo, ya que las naves que los habían transportado por el cielo no fueron entorpecidas por el acoso enemigo. Y la reacción de aquellos que encontraron sobre la superficie del planeta fue en su mayor parte la que se podía esperar cuando tropas veteranas, completamente armadas y protegidas, toman el mando de la policía local, de soldados en fase de instrucción y de hombres relajados en su guarnición. Aquí y allí, se produjeron algunas luchas encarnizadas y amargas cuando una unidad de asalto encontró la oposición de tropas cedidas tan entrenadas en la guerra como ellos. Pero en esas situaciones se envió con celeridad refuerzos para acabar rápidamente con la resistencia.

El propio Donal descendió con el cuarto envío; y cuando el sol salió a la mañana siguiente, enorme y amarillo en el horizonte, el planeta estaba controlado. Dos horas más tarde, un ordenanza le trajo noticias de que el mismo William había sido localizado: estaba en su residencia fuera de la ciudad de Whitetown, a unos quince kilómetros de distancia.

—Yo mismo iré a buscarlo —repuso Donal. Miró en derredor suyo. Sus oficiales estaban ocupados, e Ian se encontraba en algún sitio con una parte de sus tropas de campo. Se volvió a Lee y le dijo—: Vamos, Lee.

Tomaron una plataforma para cuatro personas y emprendieron el viaje, con el ordenanza como guía. Cuando se posaron en el jardín de la residencia, Donal dejó al ordenanza al cuidado de la plataforma, le hizo un gesto a Lee para que lo acompañara

y entró en la casa.

Atravesó habitaciones silenciosas, ocupadas sólo por los muebles. Parecía que todos los residentes de la casa se hubieran desvanecido. Después de un rato, pensó que tal vez el informe era erróneo; y que también William se había marchado, cruzó un arco que lo condujo a una pequeña antesala y se encontró frente a Anea.

Ella le miró a los ojos; su rostro estaba pálido pero no descompuesto.

—¿Dónde está? —preguntó Donal.

Ella se volvió e indicó una puerta en el otro extremo de la habitación.

—Está cerrada —dijo—. Él se encontraba allí cuando sus hombres aterrizaron; y no ha salido. Nadie más quiso quedarse con él aquí. Yo... yo no podía abandonarlo.

—Sí —repuso Donal sombríamente. Examinó la puerta cerrada desde donde estaba—. No habrá sido fácil... para él.

—¿Se preocupa ahora por él?

La voz de Anea le hizo alzar rápidamente la cabeza. La miró, buscando algún signo de burla en su expresión. Pero no había ninguno. Le hacía una pregunta sincera.

—De alguna forma, me preocupo por cada hombre —contestó él.

Cruzó la habitación hasta la puerta y puso su mano sobre ella. En un impulso repentino, colocó su dedo pulgar en el lector de huellas... y la puerta se abrió.

Un frío súbito se extendió por su interior.

—Quédate con ella —le dijo a Lee por encima del hombro.

Abrió del todo la puerta y vio que detrás había otra más pesada. Ésta también se abrió ante su contacto y él la atravesó. Al final de una larga sala estaba sentado William ante un escritorio, ocupado por una masa de papeles. Cuando Donal entró se puso de pie.

—Finalmente ha llegado hasta aquí —dijo con calma—. Bien, bien.

Acercándose, Donal estudió el rostro y los ojos del hombre. No encontró nada que evocara una noción de derrota; sin embargo, Donal tuvo la abrupta sospecha de que William no se encontraba como debería estar.

—Fue un aterrizaje muy bueno. Muy bueno —repuso William con voz cansada—. Un truco inteligente. Como ve, lo reconozco. Le subestimé desde el primer día que le conocí. Lo admito abiertamente. He sido conquistado... ¿verdad?

Donal se aproximó al otro lado del escritorio. Contempló la tranquila y exhausta cara de William.

—Ceta se encuentra bajo mi control —respondió Donal—. Las fuerzas expedicionarias que tiene en los demás planetas están aisladas... y sus contratos no tienen más valor que el del papel en el que están redactados. Sin las órdenes que usted pueda emitir, todo ha acabado.

—Sí... sí, eso mismo pensé yo —replicó William casi en un suspiro—. ¿Sabe? Usted es mi perdición... sobrenatural. Debí reconocerlo antes. Una fuerza como la desarrollada por mí entre los hombres tenía que tener su contrapartida para lograr el equilibrio. Yo supuse que se vería equilibrada con la cantidad; pero no fue así —

observó a Donal con una expresión tan extraña e inquisitiva que los ojos de Donal se entrecerraron.

—Usted no se encuentra bien —comentó Donal.

—No, no estoy bien —William se frotó los ojos con aire de cansancio—. He estado trabajando mucho últimamente... y para nada. Los cálculos de Montor parecían infalibles; pero cuanto más perfecto era mi plan, más perfectamente salía siempre mal. ¿Sabe? Le odio —murmuró William sin ningún trazo de emoción y, dejando caer su mano, miró de nuevo a Donal—. Nadie en toda la historia del hombre ha odiado tanto como yo le odio a usted.

—Venga conmigo —dijo Donal dando la vuelta al escritorio, acercándose a él—. Le llevaré a ver a alguien que puede ayudarle...

—No. Espere... —William alzó la mano y se separó de Donal. Donal se detuvo—. Primero quiero que vea algo. Supe que éste sería el final en el momento que recibí los informes de que sus hombres aterrizaran sobre el planeta. Le he estado esperando casi diez horas. —Súbitamente tembló—. Una larga espera. Tuve que mantenerme ocupado en algo. —Dio la vuelta y con energía se acercó a unas puertas dobles que había al final de la habitación—. Eche una ojeada —invitó, y presionó un botón.

Las puertas se deslizaron a los costados.

Donal miró. Colgando en el centro del pequeño espacio vacío había algo que apenas era reconocible por lo que quedaba de su rostro. Era, o había sido, su hermano Mor.

Secretario de Defensa

Los destellos de la claridad comenzaron a retornar.

Durante algún tiempo, le habían llamado una y otra vez desde los oscuros corredores por los que caminaba. Pero había estado ocupado, demasiado ocupado para responder. Sin embargo ahora —lentamente— se permitió escuchar las voces, que a veces pertenecían a Anea y Sayona, y a Ian, y otras a gente que no conocía.

Con vacilación despertó a ellas, remiso a dejar los corredores de oscuridad que recorría. Aquí se encontraba el gran océano en el que siempre había dudado si entrar; pero ahora que se encontraba en su interior, éste le brindaba calor y lo hubiera poseído de no ser por las voces que lo reclamaban de vuelta a los asuntos mezquinos. Sin embargo, el deber yacía con ellas, y no con el océano... ese deber que le habían grabado desde sus más tempranos años. Todas las cosas no realizadas, todas las cosas mal hechas... y lo que le hizo a William.

—¿Donal? —inquirió la voz de Sayona.

—Estoy aquí —replicó.

Abrió los ojos; vio una habitación de hospital y la cama en la que se hallaba tendido, con Sayona, Anea y Galt de pie a su lado... junto con un hombre bajo que llevaba bigote y la larga chaqueta rosa que identificaba a los médicos psiquiatras de los exóticos.

Donal sacó las piernas por el borde de la cama y se incorporó. Su cuerpo estaba débil por el prolongado reposo, pero hizo a un lado la debilidad de la misma forma que un hombre aparta cualquier asunto irritante, pero pequeño y sin importancia.

—Debería descansar —aconsejó el médico.

Donal le miró con aire ausente. El médico apartó los ojos; y Donal sonrió, para que se sintiera cómodo.

—Gracias por curarme, doctor —repuso.

—Yo no le curé —respondió el médico con cierta amargura, aún sin mirarlo.

Donal posó sus ojos en los otros tres; sintió tristeza. En sí ellos no habían cambiado, y la habitación del hospital era como siempre habían sido estos cuartos. No obstante, de alguna manera, todos se habían encogido: la gente y el lugar. Estaban rodeados por una aureola pequeña y monótona, algo mezquina y limitada. Sin embargo, no era culpa suya.

—¡Donal! —comenzó Sayona con una nota extrañamente ansiosa e inquisitiva.

Donal observó al hombre mayor; y él, al igual que el médico, apartó de forma automática la vista. Donal cambió la dirección de su mirada hacia Galt, que también bajó los ojos. Sólo Anea, cuando la miró, le devolvió el gesto con la pureza de un niño.

—Ahora no, Sayona —dijo Donal—. Hablaremos sobre ello más tarde. ¿Dónde está William?

—Una planta más abajo... Donal... —Las palabras surgieron veloz y

repentinamente de los labios de Sayona—. ¿Qué le hizo?

—Le dije que sufriera —comentó de manera sencilla Donal—. Me equivoqué. Lléveme adonde se encuentra.

Salieron lentamente —y por parte de Donal, un poco tambaleante— y bajaron a una habitación de la planta inferior. Allí había un hombre que yacía rígido en una cama idéntica a la que ocupara Donal; fue difícil reconocerlo como William. A pesar de la asepsia del hospital, un ligero olor animal flotaba en la habitación; el rostro del hombre se hallaba rígido de forma inhumana por todo el dolor padecido. La piel de la cara estaba tensa sobre la carne y los huesos parecían una tela fina y transparente sobre una máscara de arcilla; los ojos no reconocían a nadie.

—William... —susurró Donal, acercándose a la cama. Los vidriosos ojos se movieron hacia el sonido de su voz—. El asunto de Mor ya está terminado.

Una leve comprensión parpadeó detrás del enfoque pavloviano de sus ojos. La rígida mandíbula se abrió y un ruido áspero y esforzado salió de la garganta. Donal apoyó la mano en la frente tensa.

—Todo se pondrá bien —musitó—. Ahora todo se pondrá bien.

Despacio, como lazos invisibles derritiéndose, la rigidez del hombre comenzó a fundirse delante de ellos. Gradualmente su apariencia cobró de nuevo la suavidad de la humanidad. Sus ojos, ya con signos claros de entendimiento, se dirigieron a Donal como si la alta figura de éste fuera la única luz en una caverna de oscuridad.

—Le aguarda trabajo —le dijo Donal—. Buen trabajo. Todo lo que usted siempre quiso hacer. Se lo prometo.

William suspiró profundamente. Donal retiró la mano de su frente. Los ojos se cerraron; y William durmió.

—No es su culpa —comentó Donal de manera ausente, contemplándolo—. No es su culpa, sino su naturaleza. Debí saberlo —giró un poco inseguro hacia los demás, que le miraban con ojos nuevos—. Se pondrá bien. Ahora quiero regresar a mis cuarteles generales en Cassida. Descansaré en el viaje. Hay mucho que hacer.

El trayecto desde el hospital maranita, donde Donal y William habían estado bajo observación, a Tomblecity, en Cassida, transcurrió como un sueño para Donal. Despierto o soñando, la mitad de su ser se encontraba inmersa en aquel océano en el cual, con la muerte de Mor, finalmente había penetrado, y las oscuras aguas ya nunca le dejarían por completo. Tendría que habituarse a vivir con ellas... con este mar de percepción a lo largo de cuya orilla había vagado todos los años jóvenes de su vida, y que ninguna otra mente humana comprendería, sin importar cuán detallada fuera su explicación. Ahora entendía la razón de su entendimiento... todo esto se lo trajo el impacto de la muerte de Mor. Se había comportado como cualquier cachorro animal, dudando al borde de lo desconocido, antes de que sus propios e inseguros deseos y la aguda llamada de las circunstancias le hicieran caer de cabeza en él.

Primero tuvo que aprender a admitirla, luego a vivir con ella, y, finalmente, a abrazar esa diferencia.

Fue necesario que esa parte única de Donal se viera amenazada —en primer lugar por los golpes psíquicos de los cambios de fase durante el ataque a Newton; y en segundo lugar por la muerte de Mor, de la cual sólo él sabía que la responsabilidad era verdaderamente suya— de modo que él se viera obligado a luchar por su supervivencia; y, al pelear, descubriera el colmillo y el uso de la garra. En aquella última batalla se había visto a sí mismo en toda su extensión en las desconocidas profundidades; y al fin se reconoció como lo que era... un reconocimiento que nadie más podría realizar jamás. Sólo Anea sabría sin necesidad de comprenderlo lo que él era; apreciar sin tener que saber es la antigua herencia de la Mujer. Sayona, William, y unos pocos como ellos, lo reconocerían a medias, pero nunca lo entenderían. El resto de la especie no lo sabría jamás.

Y él... él mismo, con ese conocimiento y comprensión, era como un hombre que al fin aprendiera a leer, sacando el primer tomo pequeño de una biblioteca cuyos estantes se extendieran hacia el infinito. Un niño en una tierra inmensa.

Anea, Sayona, Galt y los demás regresaron con él a Tomblecity. No tuvo que pedirles que lo hicieran. Ahora le seguían de manera instintiva.

Donal

El hombre había cambiado.

Unas cuantas personas lo comentaban ya. Y en este hecho yacían las semillas de una posible dificultad. Donal consideró que era necesario que se hiciera algo al respecto para que dicho reconocimiento se desvaneciera. Permanecía de pie en una postura que se había convertido casi en una costumbre últimamente en él, sólo en la terraza de su residencia en las afueras de Tomblecity, con las manos entrelazadas a su espalda como un soldado en posición de descanso en un desfile, la mirada puesta en la vía láctea y las estrellas desconocidas. Oyó que Anea se aproximaba por detrás.

—Sayona está aquí —le dijo.

No se volvió.

Y, después de un momento, ella volvió a hablar.

—¿Quieres que hable yo con él? —preguntó.

—Durante un rato —respondió Donal sin moverse aún.

Escuchó como las pisadas de ella se alejaban hacia la espaciosa sala. Nuevamente se perdió en las estrellas; y, pasados unos instantes, sonó la voz de un hombre y el murmullo de la conversación con Anea. A esta distancia, las palabras eran ininteligibles; pero Donal no tenía que escucharlas para saber lo que decían.

Habían transcurrido ocho meses desde que abriera los ojos hacia la visión completa del universo expuesta sólo a su contemplación. Ocho meses, pensó Donal. Y en ese breve espacio de tiempo, el orden se había restaurado en los mundos civilizados. Se formó un Parlamento de los Pueblos con un consejo elegido internamente de treinta y dos Representantes, dos por cada planeta. Hoy, aquí en Cassida, ese parlamento había votado la elección de un Ministro de Defensa permanente...

La mente de Donal se proyectó al exterior y abarcó el problema de lo que Sayona, en este momento, le estaría comentando a Anea.

—... Y en ese momento él recorrió la sala, poco antes de la votación —la voz de Sayona no era más que un murmullo en el salón que había detrás suyo—. Pronunció una palabra aquí, otra allá... nada importante. No obstante, una vez que acabó, los tenía a todos en la palma de su mano. De la misma forma que el mes pasado cuando se mezcló con los delegados para el parlamento.

—Sí —replicó Anea—. Me imagino cómo fue.

—¿Lo comprende? —inquirió Sayona, mirándola intensamente.

—No —repuso ella con serenidad—. Pero ya lo he visto. El resplandece... resplandece... como un fogonazo atómico en medio de un campo lleno de hogueras. Sus pequeñas luces se desvanecen cuando él está entre ellos y no quiere cegarlos.

—¿Entonces no siente pena...?

—¡Pena! —Su risa feliz despedazó su pregunta en estúpidos jirones.

—Ya sé —comentó Sayona con calma— el efecto que ejerce sobre los hombres.

Y me imagino el que causará en otras mujeres. ¿Está segura de que no lamenta nada?

—¿Cómo podría? —De repente, ella lo miró inquisitivamente—. ¿Qué quiere decir?

—Ésa es la razón de mi visita de esta noche —observó Sayona—. Debo decirle algo... si me permite hacerle una pregunta cuando finalice.

—¿Qué clase de pregunta? —inquirió ella de inmediato.

—Deje que primero se lo cuente —dijo él—. Luego, podrá responderme o no, como guste. No es algo que pueda afectarla... ahora. Pero creo que debí contárselo antes. Me temo que lo postergué hasta... bien, hasta que no hubo manera posible de seguir haciéndolo. ¿Qué es lo que conoce sobre su propia historia genética, Anea?

—Oh —lo miró—. Sé todo al respecto.

—Esta parte la desconoce —expuso Sayona—. Sabe que fue creada para ciertas cosas... —Puso una delgada y vieja mano en el borde del flotador de ella en un gesto que rogaba comprensión.

—Sí. Mente y cuerpo —contestó ella, observándolo.

—Y más —continuó Sayona—. Es difícil explicarlo en un momento. Sin embargo, usted conoce lo que había detrás de la ciencia de Montor, ¿verdad? Trataba a la especie humana como un todo, como una unidad social única, autoreparadora en el sentido de que a medida que sus componentes individuales morían eran reemplazados por el nacimiento de componentes nuevos. Semejante entidad es manipulable bajo ciertas presiones estadísticas, de una forma similar a como un ser humano puede ser manipulado bajo presiones físicas y emocionales. Aumente la temperatura de una habitación en la que se encuentre un hombre, y éste se quitará la chaqueta. Ésta fue la clave de William hacia el poder.

—Pero... —le interrumpió, mirándole—. Soy un ser individual...

—No, no. Aguarde —Sayona alzó una mano—. Ésa era la ciencia de Montor. La nuestra, la de los exóticos, posee una base similar, pero un punto de vista divergente. Contemplábamos a la especie como susceptible de ser manipulada a través de sus individuos, como una entidad en un constante estado de crecimiento y evolución gracias al nacimiento de individuos mejorados entre la masa de que esta constituida. Nosotros creíamos que la selección genética era la clave para ello... tanto de forma natural como accidental, y controlada.

—¡Y lo es! —exclamó Anea.

—No —Sayona sacudió lentamente la cabeza—. Estábamos equivocados. La manipulación de esa forma no es posible en realidad; sólo lo es el análisis y la explicación. Es correcto para un historiador, para un filósofo. Y eso es lo que hemos sido nosotros, los exóticos, Anea, por lo que nos resultó no sólo válido, sino completo.

»Pero la manipulación de ese modo únicamente es factible en pequeñas medidas... muy pequeñas. La especie no es controlable desde dentro de la misma especie; las selecciones genéticas como las que realizamos nosotros sólo podían

utilizar aquellas características que nosotros ya conocíamos y entendíamos. Así nosotros rechazábamos ciertos genes que detectamos y que no podíamos entender, y, por supuesto, nos era imposible trabajar con los que no sabíamos que existían o que podían existir.

»Nos encontrábamos, sin saberlo, mutilados en el principio y en el final del proceso; lo único que poseíamos era la fase intermedia. No concebimos las características hacia las cuales dirigimos —nuestras metas— que ya no se nos habían presentado y las cuales ya comprendíamos. Sin embargo, ése era el objetivo final adecuado: las características verdaderamente nuevas. Y el comienzo habría de partir, de forma necesaria, de genes totalmente nuevos, y las combinaciones de dichos genes.

»El problema fue expuesto hace mucho tiempo; y nosotros nos engañamos diciendo que tal declaración no tenía sentido. En resumidas cuentas, todo se reduce a esto: ¿podría un congreso de gorilas, reunido para planificar la creación de un súper gorila, planear un ser humano, descartando la línea de desarrollo de los músculos más poderosos, los dientes más fuertes y largos, la mayor especialización para dominar su entorno tropical?

»La manipulación de una especie desde dentro de esa misma especie es un proceso circular. Lo que nosotros podemos hacer, lo realmente válido, es estabilizar, conservar, y extender los valiosos dones genéticos que nos llegan desde el exterior de nuestro medio ambiente.

»William —y usted debió conocer esto mejor que nadie, Anea— pertenece a ese reducido y selecto grupo de personas que han sido los conquistadores de la historia. ¿Sabe que existe un nombre para estos raros y extraños individuos?... pero un nombre, en sí mismo, no significa nada. Sólo es un etiqueta adherida a algo que nunca entendimos por completo. Esos hombres son imparables... pueden generar mucho bien. Pero también, y de forma usual, una cantidad igual de daño, ya que son imposibles de controlar. Lo que intento es que comprenda algo bastante complejo. Nosotros, en los mundos exóticos, descubrimos a William por lo que él era cuando aún contaba veinte años. Fue en esa época cuando se tomó la decisión de seleccionar los genes que resultarían en su persona».

—¡Yo! —Súbitamente se puso rígida, observándolo.

—Usted —Sayona inclinó ligeramente la cabeza—. ¿Nunca se cuestionó el hecho de que usted siempre, y de forma instintiva, se oponía a William en cualquier cosa que realizara? ¿O por qué esa perversa insistencia en poseer su contrato? ¿O por qué, nosotros, en Kultis, permitimos que continuara una relación aparentemente tan desdichada?

Anea sacudió despacio la cabeza.

—Yo... supongo que lo hice. Mas no lo recuerdo...

—La intención de su propósito, en un sentido psicológico, fue ser el complemento de William —Sayona suspiró—. Así como los instintos de él se

centraban en la búsqueda del control sólo por amor a él, el suyo era hacia los objetivos, las metas, y poco le importaba quién controlara siempre que dicho control estuviera dirigido hacia esos propósitos. Su eventual matrimonio —que era lo que nosotros deseábamos— hubiera, o eso esperábamos, unido las dos naturalezas. Usted habría actuado como el gobernador que la personalidad de William necesitaba. El resultado habría sido beneficioso... o eso pensábamos.

Ella tuvo un escalofrío.

—Nunca me hubiera casado con él.

—Sí —dijo Sayona en un susurro—, lo habría hecho. Usted fue diseñada —si me permite esa palabra tan dura— para reaccionar, una vez alcanzara la total madurez, ante cualquier hombre de la galaxia que sobresaliera por encima de los demás —parte de la gravedad de Sayona se desvaneció por un momento y entrecerró los ojos—. Eso, querida mía, no fue difícil de conseguir; ¡habría sido casi imposible evitarlo! Con toda seguridad usted sabe que el más grande y antiguo de los instintos femeninos es encontrar y conservar la fuerza del varón más fuerte que pueda hallar. Y la conservación última es tener hijos.

—Pero... ¡estaba Donal! —comentó, y su rostro se iluminó.

—Así es —Sayona se rió entre dientes—. Si el varón más fuerte de toda la galaxia estuviera equivocadamente dirigido y abusara de su fortaleza... aún así, y por amor al valor que esa fuerza posee, usted se habría acercado a él. La fuerza y la capacidad son instrumentos muy importantes. De qué manera se usen es una cuestión totalmente diferente.

»No obstante, con Donal como parte integrante de la escena. Bueno, él fue el fracaso de todas nuestras teorías, de todos nuestros planes. Es el producto de uno de esos accidentes naturales, más allá de nuestros dominios, una combinación fortuita de genes incluso superior a la de William. La mezcla de una rama de grandes pensadores con una rama igualmente grande de hacedores.

»Yo no lo descubrí, ni siquiera cuando le hicimos pruebas —Sayona sacudió la cabeza como despejándola—. O... quizá nuestras pruebas simplemente no fueron capaces de calibrar las características realmente importantes en él. Nosotros... bueno, no lo sabemos. Eso es lo que me preocupa. Si fracasamos a la hora de descubrir una mutación verdadera... a alguien con un gran y nuevo talento que pudiera beneficiar a la especie, entonces nuestra equivocación ha sido crasa».

—¿Por qué? ¿Qué tenía que ver con ustedes? —preguntó ella.

—Pertenece al área en la que supuestamente nosotros poseemos conocimiento. Si un ingeniero cibernético no se da cuenta de que su compañero tiene un hueso roto, no es culpable de nada; pero si un médico comete el mismo error, merece un castigo grande.

«Sería nuestro deber reconocer ese nuevo talento, aislarlo y comprenderlo. Quizá Donal posea algo que él mismo no reconozca —la miró—. Y ésa es la pregunta que tengo que hacerle. Usted es la persona más cercana a él; ¿cree que Donal pueda tener

algo... algo decididamente diferente en él? No me refiero solamente a su genio superior; eso sería simplemente la constatación de un talento mayor pero de la misma clase que otros hombres han poseído; me refiero a una capacidad concreta por encima del humano corriente».

Anea permaneció inmóvil durante un buen rato, mirando más allá de Sayona. Luego le miró de nuevo y preguntó:

—¿Quiere que lo adivine? ¿Por qué no se lo pregunta a él?

No es que ella desconociera la respuesta; lo que no sabía era cómo o qué conocía, ni la manera de expresarlo. Pero la comprensión en su interior era la tranquila y total certeza de que Donal sabría lo que no debía ser dicho.

Sayona se encogió de hombros.

—Soy un tonto; yo no creo en lo que todo mi conocimiento me asegura. Era lógico que la Selecta de Kultis diera esa contestación. Temo preguntárselo; saberlo no hace que el temor disminuya. Sin embargo, usted tiene razón, querida mía. Se... lo preguntaré a él.

Ella alzó una mano.

—¡Donal! —llamó.

Afuera en la terraza él escuchó su voz. No apartó los ojos de las estrellas.

—Sí —respondió.

Oyó pasos detrás suyo, y luego la voz de Sayona.

—Donal...

—Tendrá que perdonarme —repuso Donal sin volverse—. No pretendí hacerle esperar, pero estaba enfrascado en ciertos pensamientos.

—Está bien —replicó Sayona—. Odio molestarle... sé todo lo ocupado que ha estado últimamente. Pero hay una pregunta que quería hacerle.

—¿Si soy un superhombre? —inquirió Donal.

—Sí, esencialmente es ésa —Sayona se rió entre dientes—. ¿Alguien más lo ha querido saber?

—No —Donal también sonreía—. Pero imagino que habrá unos cuantos que lo desearían.

—Bueno, no debe culparlos —dijo Sayona serio—. ¿Sabe? En un sentido, en realidad lo es.

—¿En un sentido?

—Oh —Sayona hizo un gesto despreocupado con la mano—. Me refiero a sus habilidades generales, comparadas con las del hombre corriente. Sin embargo, ésa no es la pregunta...

—Creo que usted fue el que comentó que un nombre no posee ningún sentido en sí mismo. ¿Qué quiere dar a entender con «superhombre»? ¿Puede su pregunta ser contestada si esa etiqueta no tiene significado ni definición?

»¿Y quién querría ser un superhombre? —inquirió Donal con un tono entre la ironía y la tristeza, sus ojos fijos en las profundidades que se encontraban más allá del

espacio estelar—. ¿Qué hombre desearía educar a sesenta mil millones de niños? ¿Quién podría arreglárselas con tantos? ¿Cómo realizaría las necesarias elecciones entre ellos cuando los ama a todos por igual? ¡Piense en la responsabilidad de negarles dulces aunque ellos no debieran —pero podrían— tenerlos, ocupándose de llevarlos al dentista contra su voluntad! Cuando el significado de “superhombre” afecta a un solo individuo... piense en los sesenta mil millones de niños para educar y en la ausencia de algún amigo con quien poder relajarse, a quien contarle los problemas y con quien desahogarse, de manera que las tareas del día siguiente fueran más llevaderas.

»¿Y si su “superhombre” no fuera súper, quién podría obligarlo a agotar sus energías limpiando sesenta mil millones de narices y la suciedad que producirían sesenta mil millones de crios petulantes? Imagino que un superhombre encontraría un uso más satisfactorio para sus grandes talentos». —Sí, sí —repuso Sayona—. Por supuesto, yo no pensaba en algo tan a largo plazo —miró a Donal con una ligera irritación—. Sabemos lo suficiente en este momento sobre genética para darnos cuenta de que no podríamos tener, de repente, una versión completamente nueva del ser humano. Cualquier cambio debería surgir bajo la forma de un talento nuevo y experimental cada vez.

—¿Y si fuera un talento imposible de descubrir?

—¿Imposible?

—Suponga —dijo Donal— que yo poseo la capacidad de ver un extraño color nuevo. ¿Cómo se lo describiría a usted... que no puede percibirlo?

—Oh, lo localizaríamos de todas formas —replicó Sayona—. Experimentaríamos con todas las formas posibles de radiación hasta que halláramos una que usted pudiera identificar como el color que veía.

—No obstante, ustedes aún serían incapaces de verlo.

—Bueno, sí —aceptó Sayona—. Mas ello apenas sería importante, si sabíamos lo que era.

—¿Está seguro? —insistió Donal sin volverse—. Suponga que hay alguien con un nuevo esquema de pensamiento, alguien que en su infancia se obligó a establecer su proceso mental fuera del marco de la lógica... ya que ésa era la única forma en que pensaba la gente que le rodeaba. Sin embargo, gradualmente, a medida que crece, descubre que él percibe relaciones que para las otras mentes no existen. Si sabe, por ejemplo, que si yo cortara ese árbol que hay debajo nuestro, en mi jardín, dentro de unos años, y a años luz de distancia, la vida de otro hombre cambiará. Pero él no puede explicar su conocimiento en términos lógicos. ¿De qué le serviría a usted saber cuál era su talento?

—De nada, por supuesto —comentó Sayona con buen humor—, pero, por otro lado, tampoco a él le serviría, ya que vive dentro de una sociedad lógica y es parte de ella. De hecho, le serviría de tan poco, que, sin lugar a dudas, él nunca descubriría su talento; y la mutación, al ser un fracaso, moriría al nacer.

—No estoy de acuerdo con usted —dijo Donal—. Porque yo mismo soy un superhombre intuitivo. Poseo un proceso consciente intuitivo. Uso la intuición conscientemente, de la misma forma que usted utilizaría la lógica, para llegar a una conclusión. Puedo contrastar una intuición con otra y descubrir cuál es la correcta; también puedo construir una estructura intuitiva basada en una conclusión intuitiva. Éste es un talento único e individual... pero multiplica el significado y el poder de todos los conocidos, a la vez que les añade propiedades específicas.

Sayona se rió a carcajadas.

—¡Y ya que, de acuerdo con mi propio argumento, esta capacidad le serviría de tan poco que ni siquiera sería capaz de descubrirla, hace que a usted le resulte imposible responderme de manera afirmativa cuando le pregunto si es un superhombre! Extraordinario, Donal. Hace tanto tiempo que no usan en mi contra el método socrático que ni siquiera lo reconocí al principio.

—O tal vez, de forma instintiva, usted prefiera no reconocer mi talento —observó Donal.

—No, no. Con eso basta —dijo Sayona aún riéndose—. Usted gana, Donal. De todas formas, gracias por proporcionar paz a mi mente. Si nosotros hubiéramos pasado por alto una posibilidad real, yo me habría considerado personalmente responsable de ello. Ellos hubieran aceptado mi palabra al respecto... y la mía habría sido una actitud negligente. —Sonrió—. ¿Le importaría decirme cuál fue el secreto verdadero de su éxito, ya que no se trata de un talento nuevo?

—Soy intuitivo —contestó Donal.

—Cierto que lo es —dijo Sayona—. Ciertamente lo es. Pero ser meramente intuitivo... —se rió entre dientes—. Bueno, gracias, Donal. No sabe la tranquilidad que me ha dado en este asunto en particular. No le entretendré más —dudó, no obstante Donal no se dio la vuelta—. Buenas noches.

—Buenas noches —repuso Donal. Escuchó los pasos del hombre mayor alejándose de él.

—Buenas Noches —le llegó la voz de Sayona desde la sala que había detrás suyo.

—Buenas noches —contestó Anea.

Los pasos de Sayona se distanciaron hasta que sólo quedó el silencio. Donal todavía no se había vuelto. Era consciente de la presencia de Anea, que esperaba en la habitación a su espalda.

—Meramente intuitivo —se repitió a sí mismo en un susurro—, meramente...

Una vez más alzó el rostro a las desconocidas estrellas, de la misma manera que un hombre alza el rostro desde el calor agobiante del valle hacia el frescor de las colinas al comienzo del largo día de trabajo que le aguarda, cuando la libertad del anochecer aún se encuentra lejos. Y el aspecto de su cara ofrecía una imagen que ninguna persona viva —ni siquiera Anea— había visto. Con lentitud, bajó los ojos, y con la misma lentitud se volvió; y, al hacerlo, la expresión desapareció de sus facciones. Tal como Anea dijera, él cubría con cuidado el resplandor de su luz para

no cegarlos; y cuando por fin dio toda la vuelta, una vez más entró, por poco tiempo, en la morada del hombre.

FIN



Gordon Rupert Dickson nace en Edmonton, Alberta (Canadá) el 1 de noviembre de 1923 y a la edad de 13 años se muda a Estados Unidos. Durante la Segunda Guerra Mundial sirve tres años en el ejército, a la vuelta de los cuales retoma sus estudios en la Universidad de Minnesota y comienza a escribir. Fue director de la SFWA desde 1969 a 1971. Muere el 31 de enero de 2001. Poco antes de su muerte había sido incluido en el Salón de la Fama de la ciencia ficción.

Escribió numerosas historias que fueron publicadas en diferentes revistas y por las que ganó tres veces el premio Hugo.

Su principal aportación fue el ciclo childe o ciclo de dorsai, iniciado con *El general genético* (1960) (reeditada en 1976 como *Dorsai!*) y que trata sobre la carrera militar de un joven soldado en una civilización alienígena y que se extiende a lo largo de sus principales obras hasta su novela póstuma, *Antagonist*.

Colaboró con autores como Poul Anderson, Keith Laumer y Harry Harrison.